

Por fin, libres

Educación democrática en Sudbury Valley School



Daniel Greenberg

Por fin, libres

Educación democrática en Sudbury Valley School

Título de la edición original:
Free at last, 1987, Framingham, Mass., EE.UU.

© The Sudbury Valley School

Traducción: Javier Herrero

Edición a cargo de:
Marién Fuentes - Javier Herrero
C/ Antonio Tapies, 4
03730 Javea (Alicante)
Telf.: 966 472 006 - 965 583 499
autodidacto@wanadoo.es

Depósito legal: A-584-2003

ISBN: 84-607-7998-X

Imprime: Avellà Gràfiques • Pedreguer



A Hanna.

Juntos hemos sido uno solo,
convirtiendo sueños en realidades.



1862

“¿Qué quiere decir que la escuela no interfiera en el aprendizaje? ... [Significa] conceder a los estudiantes total libertad para sacar partido de la enseñanza que responda a sus necesidades; la que ellos quieran -y sólo hasta el punto que necesiten y deseen. Y eso significa no forzarlos a aprender lo que no necesitan ni quieren...

Dudo si [la clase de escuela de la que estoy tratando] será común en otro siglo. No es probable... que las escuelas basadas en la libertad de los estudiantes para elegir arraiguen incluso dentro de cien años.”

Conde Leon Tolstoi
“Educación y cultura”

1968

El propósito para el que se forma esta corporación es establecer y mantener una escuela -para la educación de los miembros de la comunidad- que esté fundada sobre el principio de que la mejor manera de fomentar el aprendizaje es la automotivación, la autorregulación y la autocrítica.

Estatutos de
Sudbury Valley School

Indice

Prólogo a la edición en español	13
Introducción	17
Prefacio: <i>Nadie necesita solicitud</i>	25

Parte I: Aprender

1	La aritmética	31
2	Clases	35
3	Persistencia	39
4	El aprendiz de hechicero	43
5	Las otras erres	47
6	Pescar	52
7	El arca de Noé	55
8	Química	58
9	Vamos de caza	61
10	Gastos especiales	65
11	Novedades y modas	69
12	Corporaciones escolares	73
13	Cuentas discrecionales	77
14	Cocinar	79
15	La mezcla de edades	83
16	El juego	88
17	La biblioteca	92
18	Suficiente tiempo	96
19	Aprender	100
20	Evaluación	104
21	El pararrayos	108

Parte II: La vida en la escuela

22	La Asamblea Escolar	113
23	Riesgos	117
24	El sistema de honor	121
25	La escena deportiva	124
26	Acampada	128
27	Comités y responsables	132
28	Limpieza	136
29	El presupuesto milagroso	141
30	El equipo	146
31	Los pequeños	153
32	"Buenos chicos" y "agitadores"	156
33	Los padres	161
34	Visitantes	164
35	Con libertad y justicia para todos	169
36	El meollo de la cuestión	178
	Epílogo: <i>La prueba del nueve</i>	183

Prólogo a la edición en español

Es una necesidad obvia para el grupo de familias del que formamos parte poder mostrar a otras familias que es posible hacer las cosas de otra forma. Nuestros hijos son una fuente de motivación tan potente que nos hemos decidido a buscar una solución -una salida educativa- basada en el respeto.

En nuestro proceso de investigar modelos cuyos planteamientos supongan un respeto profundo por los seres humanos, nos topamos con este libro. Lola, una amiga, nos lo regaló diciendo: "Este es el colegio de mis sueños." Y lo que leímos nos pareció -efectivamente- un sueño. En otoño de 2001, un mes después de la masacre de las torres gemelas, visitamos Sudbury Valley School. Y -efectivamente- era un sueño... ¡hecho realidad!

La educación tiene un papel esencial en la conformación de nuestro futuro. Buscamos un futuro que permita oportunidades de vivir en el respeto y en la democracia. Los retos que legamos a nuestros hijos no son pequeños. Tenemos la responsabilidad de ofrecerles oportunidades para que puedan desarrollarse plenamente. Nuestra intuición de que los modelos educativos basados en el respeto al otro -incluso cuando el otro es un niño- se confirman cuando profundizamos en ellos. Sudbury Valley School -al igual que otras experiencias que hemos visitado- tiene décadas de experiencia. Es un experimento que no sólo es realidad sino que se mantiene en el tiempo. Las primeras promociones de estudiantes que han vivido su educación en este paradigma educativo ya están integradas en la sociedad. Y hemos comprobado -y se han publicado investigaciones- sobre los resultados de la educación basada en el respeto a los seres humanos; sobre lo que sucede cuando se

vive la infancia, la escuela, la educación, en un entorno netamente democrático; cuando cada estudiante es dueño de su propio destino, toma las riendas de su propia vida y tiene la oportunidad de decidir por sí mismo en todo aquello que a su propia educación se refiere.

Ofrecemos este relato, esta descripción, de la vida de Sudbury Valley School a modo de ejemplo de que es posible educar desde el más profundo de los respetos, de que el respeto sólo se puede aprender desde la vivencia de ser respetado, de que sólo viviendo la democracia es posible aprender a convivir en democracia. No se aprende democracia y respeto en los libros de texto.

Los niños que han sufrido maltratos maltratan después a sus hijos. Los niños de los que se ha abusado, después abusan de los niños. ¿Cómo harán con los niños los que vivan la experiencia de una infancia, de una educación, profundamente democrática, respetuosa? Nosotros ya conocemos la respuesta. Allá donde hemos ido y hablado con las personas que más profundamente han participado en la gestación de estas escuelas, allá donde hemos podido conversar con quienes han vivido este tipo de experiencias educativas, nos hemos encontrado con personas de gran madurez, seguras de sí mismas, con una sólida iniciativa, que saben lo que quieren en la vida y que cuando deciden que quieren algo, van a por ello y persiguen sus sueños con toda la intensidad de que son capaces.

La sociedad global y postindustrial en la que ya hemos entrado plantea nuevos, novísimos retos que requieren de soluciones innovadoras y creativas. No es posible enseñar a ser creativo. Todos los somos. Todos somos genios creativos. Esa confianza en el ser humano, esa confianza en la vida, esa confianza en nosotros mismos, nos impulsa a intentar soluciones innovadoras para la educación. Creemos que ya es hora de ponerse manos a la obra desde nuestra responsabilidad y nuestros derechos como madres y padres. Es imprescindible también ganarnos la libertad para la educación... la libertad para otras formas de hacer, de entender, de crecer, de relacionarnos

con los niños, con los hijos. En el ámbito del estado español, en el ámbito de la Unión Europea, en el ámbito internacional, hay decenas de miles de personas, organismos, instituciones, escuelas que ya están desarrollando distintos modelos educativos basados en el respeto y la democracia.

Para convertir cualquier sueño en realidad es necesario dar el primer paso.

Los editores.



Introducción

Cualquier educador que piense se ha enfrentado con las cuestiones básicas que han perseguido a la profesión desde los tiempos más lejanos: ¿Cuál es la mejor manera de enseñar? ¿Qué materias deben aprender los niños? ¿Hasta qué punto son responsables los niños? ¿Qué grado de participación deben tener en lo que hacen? ¿Cómo deben funcionar las escuelas en una sociedad democrática? Para la mayoría de nosotros estas cuestiones pertenecen a la teoría. Hemos heredado un sistema educativo y no podemos plasmar nuestras fantasías en el mundo real. Debemos preservar lo mejor de lo que tenemos y no intentar forzar siquiera ligeramente el orden existente.

Ocasionalmente un grupo de personas, desinhibidas frente a la tradición, se plantea estas preguntas – y propone nuevas y radicales respuestas, en un “invernadero” montado para que todos puedan verlo. Tales experimentos son especialmente valiosos para proporcionar una mirada completamente nueva a las doctrinas aceptadas y ayudarnos a intentar otras nuevas.

En 1968, una escuela experimental única se estableció en Framingham, Massachusetts. The Sudbury Valley School -que está abierta para estudiantes con edades entre 4 y 19 años- ha sido pionera en un conjunto de prácticas altamente innovadoras. Su trabajo ha ganado amplio reconocimiento y tiene la distinción de ser la primera escuela de este tipo en ser completamente reconocida.

Uno de los aspectos más interesantes de Sudbury Valley es su actitud hacia el aprendizaje. La escuela arranca de una premisa planteada por Aristóteles hace más de 2.000 años en su famosa introducción a la *Metafísica*: “Los seres humanos son curiosos por naturaleza.” Esto supone que las personas apren-



den constantemente, es parte inherente de su vida. Esto significa también que los niños aprenderán siguiendo sus inclinaciones naturales, haciendo lo que quieren con su tiempo, todo el día, todos los días. Independientemente de su edad, desde el momento que los estudiantes entran en la escuela se ven forzados a asumir por sí mismos, sin ayuda, su responsabilidad y a tomar todas las difíciles decisiones que condicionarán el curso de sus vidas. La escuela -con el equipo de adultos, el edificio, el equipamiento y la biblioteca- es un recurso que está disponible cuando se pide y pasivo cuando no se solicita. La idea es simple: impulsados por su curiosidad innata -que es la esencia de la naturaleza humana- los niños harán enormes esfuerzos para explorar y dominar el mundo a su alrededor.

¿Qué sucede en la realidad? Todo el mundo aprende lo básico; pero a su propio ritmo, en su momento y a su manera. Algunos niños aprenden a leer a los cinco años; otros a los diez. Algunos aprenden mejor de los profesores o de otros estudiantes; otros aprenden mejor por sí mismos. Un día cualquiera se puede ver a los estudiantes de todas las edades aprendiendo juntos, hablando, jugando -creciendo. A medida que crecen, desarrollan un fuerte sentido de identidad y se proponen metas para el futuro. Cuando abandonan la escuela continúan en una enorme variedad de actividades - profesiones, comercio, negocios, universidades- a lo largo de todo el país. Todo esto tiene lugar en un entorno educativo en el que los estudiantes son los jueces de lo que deben hacer y cómo deben progresar.

Otra de las muchas y fascinantes innovaciones está en la estructura organizativa. La escuela está gobernada como una democracia pura -a través de la Asamblea Escolar- en la que cada estudiante y cada miembro del equipo tiene un voto. Todos los aspectos de la escuela operan de esta forma, sin excepción: las reglas, el presupuesto, la administración, los contratos, los despidos y la disciplina. El resultado es una institución que funciona fluidamente y en la que todos tienen interés, un edificio que prácticamente no ha sufrido vandalismo ni pinta-

das y una atmósfera de apertura y confianza sin precedentes en escuelas de cualquier tamaño en estos días. Con todo, la escuela funciona sin ningún tipo de ayuda ni del estado ni de fundación alguna y con una matrícula que está en torno a la mitad del gasto por alumno de las escuelas públicas y muy por debajo de las de las escuelas independientes privadas.

Quizá la manera más sencilla de explicar la escuela sea explicar lo que buscamos en una institución educativa, y cómo hicimos para lograrlo. En realidad, deseábamos unas cuantas cosas diferentes y nos encontramos con que todas ellas encajaban en un único y completo modelo.

En lo que al aprendizaje y la enseñanza se refiere, queríamos personas que fueran capaces de aprender sólo lo que ellos estaban deseosos de aprender -lo que se propusieran aprender por su propia iniciativa, lo que insistieran en aprender y en lo que estuvieran dispuestos a trabajar con ahínco. Los queríamos enteramente libres para elegir sus propios materiales, libros y profesores. Sentíamos que el único aprendizaje que siempre cuenta en la vida sucede cuando las personas que aprenden se lanzan a un tema por sí mismas, sin coacción, ni sobornos ni presiones. Y estábamos seguros de que los profesores que trabajasen con estudiantes deseosos, decididos y persistentes experimentarían una satisfacción inusual. De hecho, pensábamos que tal ambiente sería un paraíso tanto para los estudiantes como para los profesores.

Para ser honestos con nosotros mismos, teníamos que alejarnos de cualquier idea de currículum o programa de inspiración escolar. Teníamos que dejar que todo el impulso viniera de los estudiantes y que la escuela estuviera comprometida para responder solamente a este impulso. Toda la responsabilidad de las actividades de cada persona tenía que recaer en sí misma, y no en otra con una posición de autoridad. Este es el motivo por el que nosotros nunca hemos tenido ningún tipo de exigencia de estudios en ningún nivel, nunca. Nos figuramos que todos, con la ayuda que pudieran reunir en la escuela, po-

drían descubrir por sí mismos qué era necesario -y qué no- para lograr lo que deseaban en la vida.

Esto encajaba bastante con los rasgos de carácter que esperábamos fomentar. Tú -y sólo tú- debes tomar tus propias decisiones y debes vivir con ellas. Nadie debe pensar por ti y nadie debe protegerte de las consecuencias de tus acciones. Esto, sentíamos, es esencial si quieres ser independiente, autodirigido, el dueño de tu propio destino.

La responsabilidad individual también implica una igualdad básica entre todas las personas. Cualquier autoridad que exista debe existir gracias al libre consentimiento de todas las partes. Esto no es nada nuevo, por supuesto -nuestro país fue fundado sobre este principio. Para nosotros, esto era una guía en nuestro quehacer cotidiano.

Muchos conceptos están involucrados en la idea de un individuo responsable, y todos ellos están ligados con aprender el arte de ser una persona libre e independiente. La escuela que teníamos en mente tenía que estar enraizada en esta idea. No podíamos estar satisfechos con menos que toda la responsabilidad para cada persona, independientemente de su edad, de su conocimiento o sus logros. Sabíamos que la gente cometería errores en este camino -pero sabrían que eran sus errores y así sería más probable que aprendieran de ellos. Sentíamos que la gente sana siempre encontraría la forma de beneficiarse de sus fallos, así como de sus aciertos. Creíamos que era bueno dejar que la gente intentara lo que deseara, estuvieran seguros o no de tener éxito, de modo que estuvieran mentalmente preparados para encontrarse con un desafío inesperado o aprovecharse de una oportunidad imprevista.

Los rasgos de carácter que queríamos fomentar formarían parte de una atmósfera general que esperábamos impregnar la escuela. Sobre todo, buscábamos un ambiente que fuera abierto, honesto, digno de confianza y libre de temor. Nuestra meta era tener una escuela donde nadie estuviera asustado, al menos no por algo que nosotros hiciéramos.

El miedo al poder y a la autoridad era lo que queríamos abolir en la escuela. No nos preocupaban las personas que tuvieran autoridad. La autoridad en sí misma puede ser buena o mala, dependiendo de muchos factores. Algunas situaciones necesitan personas con autoridad -una situación con un aprendiz, por ejemplo, o un negocio.

La cuestión principal es cómo las personas logran la autoridad y la controlan una vez que la consiguen. Uno no se asusta de una persona con una posición de poder, si aquella entiende por qué está ahí, si tiene posibilidad de participar en colocarle ahí y si puede fiscalizar todo lo que ésta hace. Lo que asusta es la autoridad arbitraria, la autoridad que nos excluye de la participación, aquella sobre la que no se tiene control. Nosotros estábamos decididos a que ninguna persona en la escuela -ya fuera estudiante o del equipo o padre o invitado- tuviera ningún motivo para temer la autoridad de nadie vinculado con la escuela. Esto, más que ninguna otra cosa, haría posible que una persona mirara directamente a los ojos de otra independientemente de la edad, el sexo, la posición, el saber o la experiencia.

Para nosotros, la democracia es la mejor forma de gobierno que las personas han conseguido nunca para gestionar sus asuntos. Esto permite a todos tener el mayor margen de acción posible para ser independiente y, al mismo tiempo -en cuestiones que necesitan de la acción conjunta-, permite a cada persona tener plena participación en la toma de decisiones. Sentimos que el tipo de democracia popular practicada en las asambleas ciudadanas de Nueva Inglaterra durante más de trescientos años era una buena forma de gobierno, difícil de mejorar. El tipo de escuela que teníamos en mente estaría organizada totalmente siguiendo el modelo de la asamblea ciudadana. Nadie sería ignorado.

Pensamos que tendría sentido para una escuela que funcionase democráticamente en un país en el que todas sus formas de gobierno son democráticas. Desde la más pequeña ciudad hasta la esfera federal, todas nuestras instituciones han

sido diseñadas para ser controladas democráticamente de una u otra forma. Nos preguntábamos por qué las escuelas no deben funcionar así también, y cuanto más pensábamos en ello, más pensábamos que debían funcionar así. En una escuela democrática, los miembros adultos de la comunidad podrían aplicar a la escuela los mismos criterios de ciudadanía que aplicaban en sus vidas en el exterior. Y los niños en la escuela se nutrirían de los principios y prácticas que forjan la vida democrática. Con el tiempo llegarán a ser adultos, ser ciudadanos responsables sería algo natural en ellos porque habrían vivido así mucho tiempo.

Cuando hicimos inventario de todas las cosas diferentes que subyacían a la escuela, nos dimos cuenta de que todas ellas equivalían a una idea esencial a partir de la cual se deriva naturalmente todo lo demás.

La idea era la de una escuela donde las personas gestionaran sus propios asuntos sin ninguna interferencia exterior, donde gestionaran sus asuntos compartidos –los asuntos de la escuela– a través de una especie de asamblea ciudadana.

Era tan simple como eso, y esto contenía la idea de aprendizaje detrás de la que íbamos; fomentaba los rasgos de carácter que deseábamos que emergieran, encarnaba la atmósfera que buscábamos y tenía la estructura que queríamos.

Antes de que la escuela comenzara de verdad, en 1968, muchas personas nos dijeron que éramos unos soñadores, que nuestra visión de la escuela era utópica. Pero ahora existe desde hace años, para que todo el mundo lo pueda ver.

¿Cómo se siente uno al visitar Sudbury Valley School? El edificio principal es una mansión de piedra construida hace más de un siglo con granito local. A su alrededor hay unos cuarenta mil metros cuadrados de césped, árboles y arbustos. En un extremo del campus hay un gran granero y un establo, adaptados para uso escolar. En el otro extremo, mirando hacia el estanque, hay una presa y un molino de granito, próximos a

un dique de tierra y piedra sobre el que se extiende un viejo puente de piedra techado. Alrededor del campus, hasta donde alcanza la vista están los cientos de hectáreas de tierras protegidas y de un parque estatal, campos y bosques, pantanos y suaves colinas, las cuales reflejan en los cambiantes colores de sus follajes las diferentes estaciones del año.

El lugar no parece ni se siente como una escuela. Los “indicios escolares” habituales no se ven. Parece más como una casa, con muchas personas ocupadas en sus diferentes actividades de una forma decidida, aunque relajada. El mobiliario, las personas y el ambiente no son lo que uno podría esperar. Los visitantes a menudo se sienten desconcertados; van buscando lo que se suele ver en las escuelas y aquí no lo encuentran.

Este libro es un intento de ayudar a todo el mundo a “ver” Sudbury Valley. Proporciona abundancia de experiencias personales, recogidas en los primeros veinte años de la escuela. No es un tratado de filosofía o práctica educativa, ni es una historia formal de la escuela. Más bien, es la historia humana de un experimento absolutamente único en los anales de la educación.

The Sudbury Valley Press



Prefacio

Nadie necesita solicitud

No había citas disponibles.

En Diciembre, todos los que esperaban ingresar en la Universidad Wesleyan en Middletown (Conneticut) hacía tiempo que habían presentado sus solicitudes y realizado los trámites para una entrevista de ingreso. Diciembre era tarde para solicitar la admisión, casi con toda certeza demasiado tarde para ver a nadie.

Eso no frenó a Lisa. Todas las mañanas, un poco antes de las 9:00, descolgaba el teléfono y marcaba el número de admisiones de Wesleyan. Todas las mañanas, una secretaria contestaba su llamada y decía: "No hay plazas." Pronto su voz y su persistencia fueron conocidas por todo el personal de admisiones. Charlaba con ellos, los engatusaba, les rogaba. Semana tras semana.

Por qué no lo había solicitado a tiempo, preguntaban. Lo había hecho -respondía- pero no a Wesleyan. Sus otras solicitudes habían sido realizadas hacía ya tiempo. Pero justo ahora, un amigo y un profesor le habían dicho que debía probar Wesleyan, la facultad perfecta para ella. Había visitado el campus, hablado con la gente de allí y se había dado cuenta de que su amigo tenía razón. Wesleyan *era* para ella. Lo sabía, y no importaba que su solicitud llegara tarde, estaba decidida a que Wesleyan también la conociera a ella.

Una entrevista era esencial. Al entrar, tendrían que evaluarla directamente, mirarla a los ojos, ver qué y quién era ella en realidad. Por supuesto, había escrito los rutinarios ensayos y las respuestas a los formularios impresos. Pero, de alguna manera, su solicitud era espantosamente diferente.

No tenía notas, ni expedientes, ni evaluaciones escritas. Ninguna, ni una, en todos sus años de escuela.

Lisa había ido a Sudbury Valley School. Había aprendido muchas cosas, pero, sobre todo, lo que había aprendido era que tenía que hacerlo por sí misma.

8 de Enero. “Tenemos una cancelación. ¿Puedes venir el próximo jueves a las 9:00 de la mañana? El Decano de Admisiones mismo te verá.” Extasis. Por supuesto que puede ir el próximo jueves, cualquier día, a cualquier hora.

Llega a la oficina de Wesleyan. Todo el mundo se vuelve para mirarla. Así que ésta es la chica que nunca paraba de llamar, la que nunca se rindió. Todos la sonríen, le dan la bienvenida cálidamente. El decano la ve.

Desaparece hacia la oficina del Decano para su audiencia de quince minutos. Los otros solicitantes están esperando su turno a la hora convenida. Pasa un cuarto de hora. Lisa no aparece. Media hora. Tres cuartos de hora. ¿Qué pasa allí dentro? Finalmente, después de una hora, el Decano emerge con ella, ambos riendo. Se acercan a la madre, expectante, y el Decano dice: “Espero que Lisa decida venir. Creo que es el lugar adecuado para ella.”

La solicitud y la entrevista han funcionado. Doce años de escolaridad, destilados en una poderosa esencia, han logrado lo que se proponían. La han invitado a ingresar. Y ella acepta.

Todos los graduados de Sudbury Valley que quisieron acudir a la universidad tienen una historia similar que contar. Todos fueron aceptados, la mayoría en las universidades de su primera elección. Muchos fueron invitados. Ninguno tenía expedientes o ninguna de las evaluaciones habituales o cartas de recomendación.

Tenían más. Tenían su propia fuerza interior, su autoconocimiento, su determinación. Y en cada momento, en todas las oficinas de admisión de todas las universidades donde lo solicitaron, la gente se preguntaba: “¿Qué clase de escuela es ésta que produce gente así? ¿Qué es Sudbury Valley?”

Este libro es la historia de una escuela, diferente a cualquier otra que haya habido. Tomó lo mejor de un montón de sitios, pero el resultado neto ha sido algo muy distinto, al mismo tiempo antiguo y moderno, e interminablemente intrigante.

Esta es una furtiva mirada a un semillero de recio individualismo, libertad personal y democracia política – un semillero de valores americanos, floreciendo en una vieja ciudad de Nueva Inglaterra.

Primera Parte
Aprender

1

La aritmética

Había una docena de chicos y chicas, entre nueve y doce años, sentados ante mí. Una semana antes, me habían pedido que les enseñara aritmética. Querían aprender a sumar, restar, multiplicar, dividir y todo lo demás.

“En realidad, no queréis aprenderlo,” dije, cuando se me acercaron por primera vez.

“Sí, queremos, estamos seguros,” fue su respuesta.

“No, no queréis,” persistí. “Vuestros amigos del barrio, vuestros padres, vuestros familiares probablemente quieren, pero vosotros estaríais mucho mejor jugando o haciendo cualquier otra cosa.”

“Sabemos lo que queremos; y queremos aprender aritmética. Enséñanos y te lo demostraremos. Haremos todos los deberes y trabajaremos tanto como seamos capaces.”

Tuve que ceder, no sin escepticismo. Sabía que la aritmética llevaba seis años en la escuela convencional y estaba seguro de que su interés decaería después de unos pocos meses. Pero no tenía elección. Presionaban fuerte y me acorralaron.

Me cogieron por sorpresa.

Mi principal problema era el libro de texto que usaría como guía. Había estado involucrado en el desarrollo de la “nueva matemática” y había llegado a odiarla. En aquellos tiempos – jóvenes académicos de la era post-sputnik de Kennedy –, teníamos pocas dudas. Estábamos embriagados con la belleza de la lógica abstracta, la teoría de conjuntos, la teoría del número y todos los demás exóticos juegos que los matemáticos habían

practicado durante milenios. Me parece que si nos hubieran encargado el diseño de un curso de agricultura para granjeros en ejercicio, habríamos comenzado por la química orgánica, la genética y la microbiología. Afortunadamente para los hambrientos del mundo nunca nos lo pidieron.

Había llegado a odiar lo pretencioso y abstruso de la "nueva matemática." Ni uno de cada cien profesores de matemáticas sabía de lo que iba; ni uno entre mil, de los estudiantes. La gente necesita la aritmética para calcular; quieren saber cómo utilizar las herramientas. Eso era lo que mis estudiantes querían ahora.

Encontré un libro en nuestra biblioteca. Perfectamente adecuado para el asunto que tenía entre manos. Era un texto de matemática elemental escrito en 1898. Pequeño y grueso. Estaba repleto con miles de ejercicios, pensado para entrenar las mentes jóvenes a ejecutar las destrezas básicas de forma adecuada y rápida.

Las clases comenzaron -a la hora en punto. Era parte del trato. "¿Decís que vais en serio?," pregunté, desafiándoles; "entonces espero veros en la clase a la hora -11:00 en punto de la mañana, todos los martes y jueves. Si llegáis cinco minutos tarde, no hay clase. Si faltáis a dos clases, no hay más enseñanza." "Es un trato," habían dicho con un destello de placer en sus ojos.

La suma básica nos llevó dos clases. Aprendieron a sumar de todo -largas y estrechas columnas, columnas cortas y gruesas. Hicieron docenas de ejercicios. La resta nos llevó otras dos clases. Podría habernos llevado sólo una, pero el "llevarse" necesitaba una explicación extra.

Luego, la multiplicación; y las tablas. Se le preguntaron a cada persona una y otra vez en clase. Después, vinieron las reglas. Después, la práctica.

Estaban eufóricos, todos ellos. Navegando solos, dominando todas las técnicas y algoritmos, pudieron sentir cómo la materia penetraba hasta la médula de sus huesos. Cientos y

cientos de ejercicios, de preguntas en clase, de exámenes orales, hasta que aprendieron la materia.

Y todavía seguían viniendo, todos. Se ayudaban mutuamente cuando tenían que hacerlo, para que las clases avanzaran. Los de nueve y los de doce, los leones y los corderos, sentados pacíficamente juntos en armoniosa cooperación, sin bromas, ni vergüenza.

División; divisiones largas. Fracciones. Decimales. Porcentajes. Raíces cuadradas

Venían a las 11:00 en punto, permanecían una media hora y se llevaban trabajo a casa. Y volvían al día siguiente con todo el trabajo hecho. Todos ellos.

En veinte semanas, después de veinte horas de contacto, habían cubierto toda la materia. El equivalente a seis años. Todos y cada uno de ellos dominaba la árida materia.

Celebramos el final de las clases con una calurosa fiesta. No era la primera vez -y no sería la última- que me sorprendía del éxito de nuestras apreciadas teorías. Habían funcionado sin ningún género de duda.

Quizá debía haber estado preparado para lo que sucedió, para lo que me parecía un milagro. Una semana después de que todo hubiera terminado, hablé con Alan White, que había sido un especialista en matemáticas elementales durante años en la escuela pública y conocía todos los últimos y mejores métodos pedagógicos.

Le conté la historia de mi clase.

No le sorprendió.

"¿Por qué no?," pregunté, sorprendido de su respuesta. Yo estaba todavía tambaleándome por el ritmo y la profundidad con la que mi "pandilla" había aprendido.

"Porque todo el mundo sabe," respondió, "que esa materia en sí misma no es difícil. Lo que es difícil, prácticamente imposible, es meterlo en las cabezas de los jóvenes que lo odian hasta en sus más pequeños detalles. La única forma en que podemos tener una sombra de oportunidad es machacarlo poco

a poco todos los días durante años. E incluso así, no funciona. La mayoría de los que finalizan la primaria son analfabetos matemáticos. Dame un crío que *quiera* aprender la materia; bueno, veinte horas o así tiene sentido.”

Creo que lo tiene. Nunca nos llevó más de ese tiempo en ocasiones posteriores.

2 Clases

Tenemos que ser cuidadosos con las palabras. Incluso es un milagro que signifiquen lo mismo para dos personas. No es frecuente. Palabras como “amor”, “paz”, “confianza”, “democracia” –todo el mundo aporta a esas palabras una vida entera de experiencias, una visión del mundo. Y sabemos qué pocas veces éstas son comunes con los otros.

Tomemos la palabra “clase.” No sé lo que significa en las culturas donde no hay escuelas. Quizá ni siquiera tienen esa palabra. Para la mayoría de la gente que esté leyendo esto, la palabra evoca un torrente de imágenes: una sala con un “profesor” y “alumnos”; los alumnos sentados en sus pupitres recibiendo la “instrucción” del profesor, que está sentado o de pie frente a ellos. Pero evoca mucho más: un “tiempo de clase”, el tiempo establecido en el que la clase tiene lugar; deberes; un libro de texto, que es la materia de la clase expuesta con claridad para los estudiantes.

Y evoca más aún: aburrimiento, frustración, humillación, éxito, fracaso, competición.

En Sudbury Valley, esa palabra significa algo muy diferente.

En Sudbury Valley, una clase es un acuerdo entre dos partes. Comienza con alguien, o algunas personas, que deciden que quieren aprender algo específico –digamos, álgebra o francés o física u ortografía o cerámica. Un montón de veces, descubren cómo hacerlo por sí mismos. Encuentran un libro, o un programa de ordenador u observan a otro. Cuando eso ocurre,

no es una clase. Es -simple y llanamente- aprendizaje.

Pero hay veces que no pueden hacerlo solos. Y buscan a alguien para que les ayude, alguien que estará de acuerdo en darles exactamente lo que desean para que el aprendizaje suceda. Cuando encuentran a ese alguien, conciertan un acuerdo: "Nosotros haremos esto y aquello y tú harás esto otro, ¿de acuerdo?" Si todas las partes están de acuerdo, han formado una clase.

Los que iniciaron el trato se llaman "estudiantes." Si ellos no se ponen en marcha, no hay clase. La mayor parte del tiempo, los chicos y chicas de la escuela descubren lo que quieren aprender y cómo aprenderlo, todo por sí mismos. No utilizan mucho las clases.

El que concierta el trato con los estudiantes se llama "profesor". Los profesores pueden ser otros estudiantes de la escuela. Normalmente, son personas contratadas para hacer ese trabajo.

Los profesores en Sudbury Valley tienen que estar preparados para concertar tratos que satisfagan las necesidades de los estudiantes. Tenemos un montón de personas que escribieron a la escuela pidiendo ser contratadas como profesores. Muchos de ellos nos cuentan extensamente cuánto tienen para "dar" a los niños. La gente a la que le gustan las cosas así, no encaja muy bien en la escuela. Lo que es importante para nosotros es lo que los estudiantes quieren recibir, no lo que los profesores quieren dar. Eso es difícil de comprender para un montón de profesores profesionales.

Los acuerdos para clases tienen todo tipo de condiciones: materia, horarios, obligaciones para cada parte. Por ejemplo, para llegar al trato, el profesor tiene que estar conforme en estar disponible para encontrarse con los estudiantes en ciertos momentos. Estos momentos pueden ser periodos fijos: media hora todos los martes a las 11.00 de la mañana. O pueden ser flexibles: "cuando tengáis preguntas, nos vemos los lunes por la mañana a las 10.00 para trabajar sobre ello. Si no hay preguntas, saltamos hasta la semana siguiente." Algunas

veces se elige un libro que sirva como punto de referencia. Los estudiantes tienen que cumplir el trato hasta el final. Acuerdan estar a la hora, por ejemplo.



Las clases terminan cuando cada parte ha tenido suficiente. Si los profesores descubren que no pueden comunicar más, pueden renunciar —y los estudiantes tienen que encontrar un nuevo profesor si todavía quieren una clase. Si los estudiantes descubren que no desean continuar, los profesores tienen que encontrar alguna otra forma de ocuparse en la hora señalada.

A veces, hay otro tipo de clase en la escuela. Se da cuando la gente siente que tiene algo nuevo y único que decir, algo que no puede encontrarse en los libros y que piensa que puede interesar a los demás. Ponen un anuncio: "Cualquiera interesado en X puede encontrarme en la sala del seminario los jueves a las 10:30 de la mañana." Entonces esperan. Si la gente aparece, continúan adelante. En caso contrario, así es la vida. La gente puede aparecer la primera vez y, si hay una segunda ocasión, decidir no volver.

Yo lo he hecho en algunas ocasiones. La primera sesión, normalmente, hay una multitud: "Vamos a ver de qué va." La

segunda sesión vienen menos. Al final, tengo una pequeña pandilla que tienen verdadera curiosidad por lo que tengo que decir sobre la materia que me traigo entre manos. Es una forma de entretenimiento para ellos y para mí (y para otros) una forma de compartir lo que pensamos.

3 Persistencia

De nuevo, un problema con las palabras. De la manera en que lo describo, el aprendizaje suena fortuito, relajado, tranquilo. Llega con facilidad y con facilidad se va. Aleatorio. Caótico. Indisciplinado.

A menudo me gustaría que fuera así.

Cuando la escuela abrió por primera vez, Richard, de trece años, se matriculó y rápidamente se vio absorbido por la música clásica y la trompeta. Richard pronto estuvo seguro de que había encontrado el interés de su vida. Junto con Jan, que tocaba el trombón, y estaba disponible en el equipo para ayudarlo, Richard se lanzó por sí mismo a sus estudios.

Richard practicó la trompeta durante horas todos los días. Difícilmente podíamos creerlo. Le sugerimos otras actividades, sin resultado. Cualquier cosa que hiciera Richard —e hizo un montón de cosas— siempre encontraba horas y horas para tocar.

Venía de Boston, a una hora y cuarto de trayecto, y a menudo media hora o más a pie desde la estación de autobuses de Framingham. Como el proverbial cartero, “con lluvia o sol, granizo o nieve”, Richard llegaba a la escuela y a nuestros tímpanos.

No pasó mucho tiempo hasta que descubrimos las virtudes de la vieja presa del molino sobre el estanque. Construida en granito y cubierta con pizarra, acurrucada en una esquina, alejada del campus, el viejo y descuidado edificio cobró de repente una nueva belleza ante nuestros ojos. Y a los de Richard. En casi nada de tiempo lo convertimos en un estudio de música, donde Richard pudo practicar a placer.

Practicó.

Cuatro horas al día, o más. Durante cuatro años.

Al poco de graduarse en la escuela, después de completar sus estudios avanzados en un conservatorio, Richard llegó a ser la primera trompa de una orquesta sinfónica principal.

Richard pronto fue secundado por Fred, cuyo amor eran los tambores. Tambores por la mañana, tambores por la tarde, tambores por la noche. Se tuvo que poner en marcha una acción de emergencia. Acondicionamos una sala para los tambores en el sótano y le dimos las llaves de la escuela, de modo que pudo tocar temprano, tarde y en fines de semana.

Descubrimos que el sótano no estaba tan aislado acústicamente del resto de edificio. Con frecuencia era como vivir cerca de un pueblo en la selva con el constante sonido de los tambores de fondo.

Fred continuó su viaje a los dieciocho, después de dos años. Le queríamos, pero muchos de nosotros le deseamos buena suerte.

No es sólo la música lo que despierta la tenaz persistencia que todos llevamos dentro. Cada niño pronto encuentra un área o dos o más que busca implacablemente.

A veces, lo que disfrutan ni siquiera es material. Año tras año, los estudiantes más antiguos con sus ojos puestos en una universidad se dirigen por sí mismos con determinación hacia el SAT^(*), el infame test de "actitud" que mide la habilidad de los chicos para pasar el test SAT y del cual universidades de todos lados se sirven como ayuda para tomar sus difíciles decisiones de admisión. Normalmente, los chicos encuentran a un miembro del equipo que les ayuda en los puntos más ásperos. Pero el trabajo es suyo. Los gruesos libros de exámenes se arrastran de habitación en habitación, se enfrascan en ellos y los trabajan página a página. El proceso siempre es intenso. Es

(*) N.T.: SAT (Scholar Attitude Test) Prueba de Actitud Universitaria: el equivalente a la Selectividad.

infrecuente que el proceso lleve más de cuatro o cinco meses desde el principio hasta el final, a pesar de que para muchos éste es el primer vistazo al material.

Hay escritores que se sientan y escriben horas y horas todos los días. Hay pintores que pintan, o ceramistas que modelan piezas, cocineros que cocinan y deportistas que juegan.

Hay gente con intereses comunes y cotidianos. Y hay otros con intereses exóticos.

Luke quería ser funerario. No es la más común de las ambiciones en un chico de quince años. Tenía sus razones. En su imaginación podía vislumbrar claramente su funeraria atendiendo las necesidades de la comunidad -y a sí mismo consolando a los afligidos familiares.

Luke se lanzó a sus estudios con pasión: ciencia, química, biología, zoología. A los dieciséis, estaba preparado para el trabajo de verdad. Le sacamos al mundo real. El jefe de patología de uno de los hospitales regionales dio la bienvenida en su laboratorio al entusiasmado y trabajador estudiante. Día tras día, Luke aprendió más procedimientos y los dominaba para deleite de su jefe. Un año después, estaba realizando autopsias en el hospital, sin ayuda, bajo la supervisión de su mentor. Fue la primera vez que sucedía algo así en el hospital.

Cinco años después, Luke era un funerario. Ahora, años más tarde, su funeraria ha llegado a ser una realidad.

Después vino Bob.

Una día, Bob se me acercó y me dijo, "¿Me enseñarás física?" No había razones para que yo fuera escéptico. Bob ya había hecho tantas cosas tan bien que todos sabíamos que podía llevar a cabo las cosas hasta el final. Había dirigido la editorial de la escuela. Había escrito un libro (publicado) en el que había investigado minuciosamente el sistema judicial de la escuela. Había dedicado incontables horas a estudiar el piano.

De modo que rápidamente estuve de acuerdo. Nuestro trato fue simple.

Le di un libro de texto universitario, grueso y pesado, una introducción a la física. Yo había enseñado con él a menudo en el pasado, incluso utilicé una versión anterior cuando era un principiante. Sabía los riesgos. "Sigue el libro página a página, ejercicio a ejercicio," le dije a Bob, "y ven a verme tan pronto como tengas el más mínimo problema. Mejor atajarlas pronto que dejarlas crecer y que se conviertan en obstáculos mayores." Pensé que sabía exactamente donde tendría Bob su primer tropiezo.

Pasaron las semanas. Meses.

Bob no aparecía.

No era propio de él abandonar antes —o después— de meterse en algo. Me preguntaba si habría perdido el interés. Mantuve la boca cerrada y esperé.

Cinco meses después de que hubiera comenzado, Bob pidió verme. "Tengo un problema en la página 252," dijo. Traté de no parecer sorprendido. Tardamos cinco minutos en aclarar lo que resultó ser una dificultad menor.

Nunca más volví a ver a Bob con motivo de la física. Terminó el libro completo por sí mismo. Hizo álgebra y cálculo sin ni siquiera preguntar si podría ayudarle. Supongo que sabía que lo hubiera hecho.

Hoy, Bob es matemático.

4 El aprendiz de hechicero

Cuando Luke se fue a trabajar para el patólogo del hospital resultó ser, oficialmente, el primer aprendiz externo de Sudbury Valley.

No había forma de que pudiéramos organizarlo para que Luke pudiera realizar autopsias en el campus. Al margen de lo complejas que pudieran ser las instalaciones del laboratorio, no podíamos tener cadáveres humanos.

A los quince años, Luke pudo haber tomado una de estas dos alternativas. O bien esperaba seis o siete años hasta que fuera suficientemente mayor y, por medio de la universidad, continuar con el campo elegido; o podría seguir adelante cuando estuviera preparado; esto es, inmediatamente.

Nosotros no veíamos motivo alguno por el que debiera esperar. Fuimos a los doctores locales y les presentamos nuestra propuesta, hasta que dimos con uno que veía las cosas como nosotros. Concretamos un acuerdo con él, sobre todo los convenios de enseñanza concertados con la escuela: Aceptas a Luke como ayudante, sin coste, puesto que es parte de su educación y, a cambio, le ofreces a Luke éste y aquel entrenamiento específico. El entrenamiento era descrito en detalle. Todos los implicados aceptaban las condiciones y así comenzaba el primer programa oficial de aprendizaje de la escuela.

La idea cuajó. Cuando Jill desarrolló interés por el teatro, pronto estuvo lista para ir más allá de la escuela. La producción final era su interés —maquillaje, vestuario, decorado, iluminación. Ella se fue como aprendiz al Teatro Loeb en Cambridge mucho antes de que fuera contratada para ayudar

en teatros profesionales por todo el país. Su recién estrenado oficio le ayudó a pagar la universidad, en donde se licenció en teatro haciendo avanzar así su carrera.

¿Cuándo permanecer en el campus?, ¿cuándo salir? Con frecuencia ha sido una cuestión difícil de decidir. A los catorce años, Saúl comenzó a sentirse absorbido por la fotografía. Mucho antes, había estado utilizando el cuarto oscuro de la escuela, dominando el abecé de un fotolaboratorio. Pronto comenzó a sentirse insatisfecho con las instalaciones de la escuela, pero en vez de mirar hacia otro lado, decidió mejorar lo que había. Lenta y laboriosamente, aprendió carpintería en el taller. Estudió manuales de fotografía técnica. En el transcurso de un año, reconstruyó completamente el laboratorio, comprando el equipo necesario de segunda mano. Puesto que era la cuarta persona en la escuela que se enamoró de la fotografía y reconstruyó la sala oscura, en ese tiempo el lugar en era realmente espléndido.

Incluso eso no fue suficiente cuando cumplió los dieciséis años. Necesitaba el entrenamiento activo de un maestro. Semana tras semana, Saúl atravesó penosamente todo Boston buscando un fotógrafo comercial que le aceptara como aprendiz. Las respuestas no eran muy alentadoras. "Ve a la universidad," dijo uno. "Trabaja en un laboratorio de revelado rápido," dijo otro.

Con el tiempo, encontró a Joe, él sí sabía como defender su caso. Las objeciones se solventaron, una tras otra. Pero Joe no quería arriesgarse a entrenar a un chico joven. "Ya he tenido relaciones con adolescentes," dijo, "y todos son unos irresponsables. Llegan tarde, son desordenados y se escaquean del trabajo." Saúl persistió. La escuela le respaldó y se comprometió en firme. Dos días por semana, Saúl cogía el autobús a Boston y trabajaba para Joe.

Partió de cero. Al final del primer año, terminó su aprendizaje y le pidieron continuar y llevar el laboratorio de Joe.

Hoy, Saúl es un fotógrafo artístico y un hábil técnico profesional en la rama comercial de ese campo.

Hasta el momento, sólo un aprendiz falló. Sucedió cuando el Maestro resultó demasiado irresponsable como para mantener el acuerdo hasta el final. Después de un tiempo, el estudiante se rindió y miró hacia otro sitio.

Hay un hombre que ha entrenado a más aprendices que nadie durante todos estos años.

Alan White es contratista. Cuando la escuela abrió por primera vez, era director de una escuela pública y dirigía el área administrativa. Alan tiene el talento ideal para ser un administrador de éxito. Tiene un gran cerebro, pero no alardea. Tiene temperamento y nunca olvida su tranquilidad. Es justo, dulce, razonable, organizado.

Cuando abrimos, Alan era el único administrador de la escuela pública en todo el área metropolitana de Boston que respondió a nuestra invitación directa para ver lo que estábamos haciendo. Tenía curiosidad.

Su curiosidad casi le arruina.

No mucho tiempo antes, Alan —que ahora es supervisor de escuela en una ciudad local— se involucró profundamente en la reforma escolar. Sudbury Valley empezó a ser su hobby. Cuanto más veía nuestra escuela, más se sentía impulsado a realizar cambios, aunque pocos, en la escuela pública.

Su ciudad pronto se vio dividida por una furiosa controversia. Su modelo de escuela pública alternativa, recordada vívidamente y amada quince años después por los que estuvieron y trabajaron allí, pronto se vio forzada a regresar a redil.

Alan abandonó la escuela pública. Abandonó su plaza en propiedad, sus crecientes subsidios para la jubilación, sus beneficios. Volvió a un viejo amor, la carpintería y, al poco, se hizo contratista.

A lo largo de los años, Alan nunca ha dejado de estar a nuestro lado. Siempre estuvo para ayudar, aconsejar y consolarnos. Desde el primer año, ha sido reelegido año tras año como Presidente de la corporación escolar.

Y cuando alguien en la escuela está interesado en carpintería o construcción, pronto encuentra un acuerdo de aprendizaje con Alan. Cuatro estudiantes pasaron por las manos de Alan, aprendieron el negocio y continuaron su práctica como profesionales.

El programa de aprendizaje le permitió a Alan permanecer en la educación, en el sentido auténtico de la palabra. Y nos ha dado a muchos otros la emoción de trabajar como Maestros con aprendices apasionados y energéticos.

5 Las otras ~~tres~~ ^{erres} (*)

En casi dos décadas de vida de Sudbury Valley, no ha habido ni un solo caso de dislexia. Nadie sabe exactamente por qué. La causa de la dislexia, la naturaleza de la dislexia, la propia existencia de la dislexia es un verdadero desorden funcional que levanta gran controversia. Algunas autoridades dicen que en torno al 20% de la población sufre de este supuesto desorden.

El hecho es que nosotros no lo hemos visto jamás en la escuela. Pudiera ser porque nunca hicimos a nadie aprender a leer.

La lectura nos lo puso difícil. Como con todo lo demás, dejamos que la iniciativa viniera de los niños. No estimulamos. Nadie dice: "¡Aprende a leer ahora!" Nadie pregunta: "¿Te gustaría aprender a leer ahora?" Y nadie ofrece, con fingida emoción: "¿No sería divertido leer?" Nuestra convicción es: espera a que el estudiante dé el primer paso.

Es fácil justificar tus opiniones cuando las cosas salen como a uno le gustaría. Tomemos mi propia familia. Nuestro hijo mayor empezó a interesarse por la lectura a los cinco años. A los seis, ya leía. Sin problemas. Todo "funcionó" bien.

Entonces llegó nuestra hija, dos años y medio menor. Como con todos los demás en la escuela, esperamos a que pidiera

N.T.: La expresión "las tres erres" hace referencia a las tres habilidades instrumentales básicas: lectura, escritura y aritmética (Reading, wRiting and aRithmetic).

que le enseñáramos a leer —o aprendiera ella misma. Esperamos. Y esperamos. Y esperamos.

Que no leyera a los seis era normal, en el mundo exterior.

Que no leyera a los siete no estaba tan mal para la gente. Abuelos, conocidos comenzaron a preocuparse y a lanzarnos indirectas.

Que no leyera a los ocho fue un escándalo con la familia y los amigos. Nos veían como padres delincuentes. ¿La escuela? Bueno, la escuela difícilmente podía ser una escuela adecuada si permitía que niños de ocho años permanecieran analabetos sin hacer algo para ponerle remedio.

En la escuela, nadie parecía darse cuenta. La mayoría de sus amigos de ocho años sabían leer. Algunos no podían. A ella ni le importaba. En la escuela estaba muy atareada y feliz.

A los nueve, decidió que quería leer. No sé por qué tomó esa decisión; ella no lo recuerda. A los nueve y medio sabía leer perfectamente. Podía leer cualquier cosa. Ahora ya no era un "problema" para nadie. Por supuesto, nunca había sido un problema.

No hubo nada atípico en nuestra experiencia personal. En la escuela, algunos niños leían antes; otros, más tarde. Todos leyeron cuando estuvieron preparados, ni un minuto antes. Con el tiempo, todos aprendieron.

Algunos de los más tardíos se revelaron como ratones de biblioteca. Algunos de los más precoces dominaron la destreza y, luego, pocas veces abrieron un libro.

En la escuela, no tenemos un único libro de texto de lectura elemental. No tenemos el primer curso, el segundo o el tercer texto elemental. Me pregunto cuántos adultos, además de los profesores profesionales, han echado un vistazo a un libro de lectura elemental. Son asombrosamente tontos, aburridos e irrelevantes. Al niño moderno, pícaro y con acceso a la TV, estos libros sólo pueden parecerle idiotas. Desde luego, nunca he visto a un niño coger uno para leerlo por placer.

De hecho, nadie en la escuela se preocupa mucho por la lectura. Sólo unos pocos buscan ayuda cuando deciden apren-

der. Cada niño busca su propio método. Algunos aprenden mientras les leen, memorizan las historias y después, al final, las leen. Algunos aprenden con las cajas de cereales, otros con las instrucciones de los juegos, otros por las señales de la calle. Algunos aprenden los sonidos de las letras, otros de las sílabas, otros de palabras completas. Para ser sincero, pocas veces sé cómo aprenden y ellos pocas veces pueden decírnoslo. Un día le pregunté a un niño que justo acababa de aprender: "¿Cómo aprendiste a leer?" Su respuesta fue: "Era fácil. Leí en voz baja. Leí en voz alta. Y luego ya sabía leer."

Resulta que aprender a leer es muy parecido a aprender a hablar para los niños. La sociedad no pone a los niños en clases para aprender a hablar. (Probablemente eso es porque virtualmente todos aprenden a hablar antes de que las escuelas se hagan cargo de ellos. Me pregunto si un niño de un año fuera a la escuela, también habría clases para hablar, junto con una completa panoplia de recién descubiertos "trastornos del habla.") Muy pocos niños son los desafortunados que tienen trastornos funcionales del habla que requieran tratamiento. La abrumadora mayoría, de algún modo —y nadie sabe cómo— aprender por sí mismos a hablar.

¿Por qué los niños aprenden a hablar? El hecho es que los niños están rodeados de un mundo de humanos que se comunican a través del habla. No hay ninguna cosa en el mundo que los niños quieran aprender más. ¡Intenta impedirselo! La lucha de un niño por aprender a hablar es una epopeya de determinación y persistencia.

Lo mismo ocurre con la lectura en Sudbury Valley. Cuando se les deja con sus propios recursos, ven por sí mismos que en nuestro mundo la palabra escrita es una palabra mágica para el conocimiento. Cuando la curiosidad finalmente les dirige a desear esa clave, van a por ella con el mismo gusto que demuestran en todos sus otros intereses.

Y es mucho más fácil para ellos que aprender a hablar. Son más mayores y tienen más experiencia en aprender cosas nuevas. Saben lo que es lenguaje, cómo funciona, lo que son las



palabras. Aprender a leer lleva sólo una parte del tiempo y del esfuerzo que lleva aprender a hablar.

Escribir es —otra vez— algo diferente.

Muchos niños quieren no sólo escribir, sino escribir bonito. Es una cuestión de estética. De modo que acuden a alguien para aprender a escribir perfectamente. Es como pintar. O bordar.

La percepción de la escritura como una destreza estética puede algunas veces conducir a extrañas realidades. No es normal ver a niños pequeños pasando horas aprendiendo caligrafía. ¡Pero resulta extraño cuando la mitad de ellos no saben leerlo!

“¿Por qué estás aprendiendo caligrafía si no sabes leer?” he preguntado muchas veces.

“Porque es bonito”, responden.

Algunos chicos aprenden la escritura manual como un arte, después encuentran otra cosa y se olvidan. Unos pocos años después aprenden a leer, ¡y aprenden a escribir a todas horas de nuevo!

Supongo que repetir es valioso. En Sudbury Valley, ningún niño ha sido empujado, forzado, urgido, engatusado o sobornado para aprender a leer. No tenemos dislexia funcional. Ninguno de nuestros graduados es analfabeto real ni funcional. Algunos con ocho años lo son; algunos con diez años lo son; incluso alguno, ocasionalmente, con doce años. Pero cuando nos dejan, no pueden distinguirse. Nadie que se encuentre con nuestros más antiguos estudiantes podría suponer la edad a la que fueron capaces de aprender, por primera vez, a leer o escribir.

Todos los años a principios de junio, John venía a la escuela para charlar conmigo sobre su hijo. John era un hombre amable e inteligente, que apoyaba cálidamente a su hijo Dan, que acudía a la escuela.

Pero John también estaba preocupado. Sólo un poco. Lo suficiente como para venir a tranquilizarse una vez al año.

Así es cómo transcurría la conversación.

J.F.: "Conozco la filosofía de la escuela y la comprendo. Pero tengo que hablar contigo. Estoy preocupado."

Yo: "¿Cuál es el problema?" (Por supuesto, yo sabía que ambos lo sabíamos. Era un ritual, porque los dos decíamos las mismas cosas todos los años, durante cinco años seguidos.)

J.F.: "Todo lo que Dan hace en la escuela durante todo el día es pescar."

Yo: "¿Cuál es el problema?"

J.F.: "Todo el día, todos los días, otoño, invierno, primavera. Lo único que hace es pescar."

Le miro y espero la siguiente frase. La que será mi pista.

J.F.: "Me preocupa que no aprenda nada. Se hará mayor y no sabrá nada."

En este punto venía un pequeño discurso, que es lo que él venía a escuchar. Todo está bien, comenzaba. Dan ha aprendido un montón. Lo primero, es un experto en pesca. Sabe más sobre peces —especies, sus hábitats, su comportamiento, su biología, sus gustos y sus fobias— que nadie que yo conozca y, desde luego, más que nadie de su edad. Quizá será un gran pescador. Quizá escribirá la próxima edición de "El pescador perfecto" cuando sea adulto.

Cuando alcanzaba esta parte de mi rollo, se sentía un poco incómodo. El no era un esnob. Pero la imagen de su hijo como una autoridad destacada en pesca le parecía, de alguna manera, creíble. Yo, continuaba calentando el tema.

Principalmente, decía, Dan ha aprendido otras cosas. Ha aprendido a concentrarse en algo y no dejarlo escapar. Ha aprendido el valor de la libertad de perseguir sus propios intereses tan intensamente como desea y adondequiera que le conduzcan. Y ha aprendido cómo ser feliz.

De hecho, Dan es el chico más feliz de la escuela. En su rostro siempre hay una sonrisa, así como en su corazón. Todo el mundo, jóvenes y viejos, chicos y chicas, quieren a Dan.

Ahora, mi conversación llegaba a su fin. "Nadie puede quitarle esas cosas," decía. "Algún día, algún año, si pierde el interés por la pesca, pondrá el mismo esfuerzo en cualquier otra cosa que quiera. No te preocupes."

John se levantaba, me daba las gracias calurosamente y se iba. Hasta el año siguiente. Su mujer, Dawn nunca le acompañó. Ella estaba feliz con Sudbury Valley, porque tenía un hijo que irradiaba alegría.

Un año, John no vino para nuestra charla.

Dan había dejado de pescar.

A los quince años, se enamoró de los ordenadores. Con dieciséis, estaba trabajando como experto en mantenimiento para una empresa local. Con diecisiete, él y dos amigos abrieron su propia y exitosa empresa de venta y reparación de ordenadores. Con dieciocho, ya había terminado en la escuela y continuó estudiando informática en la universidad. Había ahorrado suficiente dinero para su matrícula y gastos. Durante sus años en la universidad, trabajó como un apreciado experto en Honeywell.

Dan nunca olvidó lo que había aprendido en sus muchos años de pesca.

Mucha gente ha escrito libros sobre las maravillas y la belleza de la pesca. Nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos en la escuela. A los niños les encanta pescar. Es rela-

jante y desafiante. Es al aire libre —llueva o luzca el sol. Parado sobre el borde del molino del lago, uno está rodeado del susurro de los árboles, el suave gris de los edificios de granito, la corriente veloz bajo la presa del molino. La mayoría de los niños que pescan captan esta belleza. Todos la sienten.

Pescar es una actividad social. Uno pesca con amigos, o aprende de sus mayores. Todos los años, vemos una nueva generación de críos de cinco o seis años luchando para aprender las amarras.

Pescar también puede ser asocial. Puedes estar solo, si quieres. Nadie te molestará. Es el código. A menudo, alguien saldrá un día con una caña y una bobina simplemente para estar solo, para pensar, para meditar.

La pesca, en silencio, es una parte importante de la escuela. Con frecuencia me sorprende de cuán afortunados somos de haber encontrado un campus con un lago.

Mi experiencia con Dan y John sucedió en los primeros días de la escuela. Me hizo pensar sobre la escuela y lo que significa. De modo que pude estar completamente a gusto cuando mi hijo pequeño comenzó a pescar a lo largo de todo el día. Era *deja vu*.

Y yo sabía que él sabía lo que estaba haciendo.



El arca de Noé

Siempre pensamos en que los edificios que compráramos para la escuela incluyeran establos y una cuadra de caballerías. Eran preciosos y podrían proporcionarnos un espacio para ganado.

Comenzamos inocentemente. Molly, una amazona con prestigio en estas lides, preguntó si podía enseñar a montar fuera del establo. No lo dudamos, aunque nos llevó muchas horas de discusión ponernos de acuerdo sobre las condiciones más razonables. Cuando la escuela abrió el 1° de julio de 1968, estábamos en condiciones de ofrecer clases de equitación con un ligero incremento extra en la cuota.

El 2 de julio, descubrimos que Molly había tomado posesión de las caballerizas con todas las de la ley ¡No tenía donde vivir! Dado que no había ni baño ni cocina, comenzaron a asaltarnos las dudas. Los caballos se alojaron en el establo. No se hizo ninguna previsión para mantenerlo limpio. Día tras día, una montaña de estiércol de caballo comenzó a amontonarse en las paredes del establo. Eso no era todo lo que estaba en contra. También era contra las regulaciones higiénicas y las de prevención de incendios.

Durante los días posteriores a la apertura, ésta fue la más pequeña de nuestras preocupaciones. Afortunadamente, la mayoría de los estudiantes no sabían distinguir un caballo de un hipopótamo. Molly no pudo concretar ninguna clase y pronto se fue.

Pero su herencia aún vive.

“Nos gustaría criar gansos en el establo y la cuadra”, dije-

ron los hijos de los Wilson. Argumentaban enérgicamente en la Asamblea Escolar, donde se toman las decisiones. Intentamos pensar en todas las objeciones que pudimos.

“Tendréis que cuidar de ellos los fines de semana y durante las vacaciones”, dijimos.

“No hay problema”, replicaron. Eran cuatro –tres chicos y una chica- y se dividirían el trabajo.

“No sabéis nada sobre la cría de gansos”, argumentamos.

“No es cierto. Hemos leído y ayudado a criar algunos. Ahora queremos aprender a criar los nuestros. Nuestra madre nos ayudará.” La madre era una profesora de la escuela.

Oh, bien, pensamos- es una petición educativa legítima.

No cabe duda de que el aprendizaje sucedió.

Y mucho. Para los principiantes empezó a ser un poco menos placentero utilizar nuestros preciosos terrenos, porque los gansos defecan por todas partes. Parece que a todo momento uno de los Wilson – o algunos de los muchos y entusiasmados ayudantes que se agenciaron- sacaban a los gansos de paseo; las pequeñas criaturas dejaban un rastro evidente. Sin olor, es cierto. Aún así no es lo que más deseas cuando vas a sentarte para una amistosa charla.

Luego vinieron las fugas. Los gansos están vivos, son ágiles y decididos. De alguna forma, trataban de liberarse una vez por semana. Ahora que miro hacia atrás, no estoy seguro que fuera siempre accidental. Las fugas causaban un delicioso caos en la escuela. Todo el mundo corría para ayudar a capturarlos de nuevo u observaba a alguien intentándolo. En medio de muchos gritos, carreras y chillidos, el trabajo terminaba haciéndose. Algunas veces se extendió a alguna propiedad vecina. Esto difícilmente mejoró nuestra imagen pública.

Finalmente, los Wilson acabaron cansándose de los gansos. Mucho después que los demás.

Entonces vinieron los conejos.

“Queremos aprender cómo criar conejos para vender”, dijeron. Esta vez eran los tres Wilson varones y su amigo Andy. La banda de los Wilson, les llamaban.

Nuevamente, sacamos todas nuestras viejas objeciones. Fue inútil. Sabíamos que serían vencidas.

Habían demostrado que podían cuidar a los animales. Los conejos estaban enjaulados –sin fugas. Sabíamos que no habría fugas porque difícilmente nadie puede capturar un conejo.

La cuadra se convirtió en una factoría de conejos. Hasta que la banda de los Wilson se cansó de los conejos.

La devoción de los estudiantes hacia sus animales dió ocasión para llegar a aventuras épicas. Como el día de la ventisca del 75. Las carreteras estaban impracticables, las escuelas y los negocios cerraron. Estaba fuera de cuestión para Margue, llevar a Chris y a Amy al establo ese día para cuidar de sus animales. “Por favor, mamá,” rogaron, “los gansos necesitan comida y agua.”

“Simplemente, no puedo llevaros en coche,” contestó ella. “Se supone que los coches no pueden salir a las carreteras.”

Sin más, los dos salieron en medio de la tormenta y se hicieron una caminata de siete millas hasta la escuela. Cuidaron a los gansos cariñosamente y seis horas después volvieron con su ansiosa madre.

La cuadra de entonces ha sido reformada y quitamos las casillas de los animales. Pero el establo aún permanece. Todavía es posible criar caballos en la escuela, y de vez en cuando algún estudiante seguro que lo intentará. Hasta los animales se pasan totalmente de moda entre los chicos.

De todas formas, las cosas se pasan de moda todo el tiempo.

En mi juventud, los vecinos "geniales" siempre eran químicos. Tenían laboratorios en los sótanos, donde pasaban la mayor parte del tiempo. De vez en cuando, oíamos de un incendio o de una explosión causados por un joven científico loco que había mezclado los componentes equivocados.

Al final de los sesenta, este tipo de cosas no estaban en primer plano. Aunque teníamos a Hanna, una experimentada química, que enseñaba en la escuela, nunca hubo demanda.

Abrimos la escuela sin un pequeño laboratorio de química. Durante años, así permanecieron las cosas.

Entonces, llegó un día en el que a varios estudiantes les picó la mosca de la química. Teníamos que hacer algo.

En aquel momento, difícilmente había dinero para nada. Era a principios de los 70 y estuvimos luchando denodadamente. Los precios de los equipos de laboratorio estaban fuera de nuestro alcance. Si intentábamos lo que cualquier otra escuela intentaría, gastaríamos más en el laboratorio de lo que habíamos gastado en todo lo demás desde que comenzamos.

Hanna había trabajado como bioquímica en el MIT^(*) antes de involucrarse en la escuela. Aún tenía amigos allí y en otras universidades. Recordaba cómo se hacían las cosas en su

N.T.: MIT (Massachusetts Institute of Technology) Instituto de Tecnología de Massachusetts.

vieja guarida. Todos los años, la gente comenzaba nuevos proyectos y siempre con montones de fantástico nuevo material. Cada año, toneladas de viejos equipos y mobiliario se desechaban.

Ella decidió ir detrás de la "basura", la mayor parte de la cual era tan buena como nueva. Pacientemente, con su lista de necesidades en la mano, Hanna se movió en torno a varios laboratorios de química y departamentos de biología. En unas semanas, disponía de cada una de las piezas que necesitaba. Todo era de calidad profesional; mesas de laboratorio, un fregadero, armarios, cristalería, microscopio, sillas, todo. Lo único que compramos fue un extintor de incendios, un seguro de incendios a todo riesgo, algo de madera, un ventilador y una doble ventana para construir una campana. No es que no hubiéramos podido conseguir una campana, es que todas las que encontramos eran demasiado grandes para la sala.

Tardamos algunos meses en organizar todo el laboratorio. Cuando la inspección local dio el visto bueno, ya estaba listo para usarse.

La química no es muy popular en estos tiempos. Todos los años, se trabaja un poquito, pero con estilo.

No todos los experimentos químicos se hicieron en el laboratorio.



Un día paseaba por la escuela y olí algo extraño. No podía identificarlo porque nunca antes me había encontrado con ese olor. Era muy sutil y pensé que venía del sótano.

Pregunté a mi alrededor. ¿Alguien ha olido algo extraño? No, nadie. Algunas personas estaban preocupadas. La banda de los Wilson rondaba la cocina, cuando entré, miraban al techo e intentaban disimular la risa.

Eran indicios suficientes para mí. Algo nuevo se estaba cocinando, pensé. Y resultó ser cierto.

En la parte de atrás del sótano, lejos de la vista, habían construido una planta de metano!

Era a mediados de los setenta. El país, el mundo, atravesaba la gran crisis energética. Por doquier la gente hablaba sobre fuentes de energía alternativa: la energía del sol, la energía de las mareas y la energía de la basura. Y pocas cosas eran más efectiva para generar gas inflamable que el estiércol.

Siempre me pregunté qué habían hecho los Wilson con el estiércol de la operación conejo. Ahora lo sabía. Habían construido pacientemente, pieza a pieza, en unas pocas semanas, el generador de gas. Las heces de los conejos fermentaron en el tanque correspondiente y el metano se acumulaba en el tanque para el gas. Era así de simple. Probablemente hubiera continuado así durante meses si el apenas perceptible olor del estiércol de conejo no hubiera penetrado en la escuela.

No es que los Wilson hubieran ocultado lo que iban a hacer. Habían pedido permiso a David, que estaba a cargo de las relaciones de la escuela con los inspectores locales. David no era químico. Le explicaron cuidadosamente todo lo que querían que oyera. No pudimos culpar a David. ¿Fue una coincidencia que ningún miembro del equipo de adultos con formación científica fuera consultado?

La planta de metano se dismanteló antes de que tuviéramos la oportunidad de descubrir qué poderosa fuente de energía podía ser.

9 De caza

Los materiales para la planta de metano provenían del Vertedero Municipal de Sudbury. Así se consiguieron los de las cuatro máquinas que cortaron nuestro césped durante años. Así se consiguieron los de las bicicletas, coches, carros de golf y parafernalia variada, que fueron ensamblados por algunos chicos emprendedores. Todas las semanas, la pandilla de los Wilson y sus secuaces acorralaba a Hanna para que les llevara a realizar una investigación que actualizase las últimas adquisiciones del vertedero.

Era un caso extremo, pero la idea enraizó en la tradición de Sudbury Valley. Nunca pudimos comprender por qué las escuelas tienen que pagar tanto por el mobiliario nuevo, cuando hay disponible tanto material bueno y nuevo, incluso gratis.

Antes de abrir, tuvimos que amueblar el edificio. Para la mayor parte queríamos un mobiliario familiar: mesas, sillas, sofás, lámparas, alfombras. Con nuestro limitado presupuesto en la mano, recorrimos los almacenes de mobiliario de segunda mano de la región.

Un día, después de una cadena de decepciones, nos topamos con la tienda de Lou, en South Framingham. Le dijimos quiénes éramos y lo que queríamos.

“No puedo creerlo,” dijo. “Justo seis meses antes de que ustedes compraran el edificio, los anteriores propietarios vinieron y me ofrecieron comprar un gran lote de preciosos muebles antiguos que casi llenaban la cuadra. Fue una ganga, y podríais haberos surtido durante diez años.” Lou se sintió

mal con nosotros. Nosotros estábamos abatidos. A partir de ese día, se transformó en uno de nuestros principales proveedores, vendiéndonos las piezas más variadas a medida que llegaban a su almacén, año tras año.

Una gran parte de lo que conseguimos fue gratis. Los padres nos dieron sus sofás usados y alfombras cuando hacían reforma. Un día, Alan White, vino desde uno de sus trabajos de construcción, donde estaba reformando el vestíbulo de un bloque de apartamentos. Traía una alfombra en excelente estado que había cogido de allí. Nuestra sala más grande pronto dispuso de una alfombra de pared a pared.

Los colores no siempre encajaban, pero lo hicimos lo mejor que pudimos. Moviendo unas y otras cosas para mejorar la estética. De hecho, a lo largo de los años las mayores discusiones siempre han tenido que ver con la decoración. Los estudiantes y el equipo podrían enzarzarse fácilmente durante horas en torno a los pros y los contras de esta u otra combinación de colores u organización del mobiliario. El toma y daca podría calentarse, si se trata de cuestiones de estética.

En algún momento, para concentrar los escándalos, formamos un comité que manejara esos asuntos. Cualquiera podía formar parte de él. Al principio, lo llamamos "Comité de pintura y empapelado", actividades que se suponía cubrirían ese campo. Al final, adoptó un nombre más neutral, "Comité estético". Lo único no estético en este comité es el calor y ruido generados por sus debates.

Muchas cosas eran gratis. El laboratorio de química, por ejemplo. El precioso equipo de tobogán y columpios, donado por una familia tras la muerte del padre, un ingeniero que había diseñado y construido el equipo él mismo para sus ahora crecidos hijos. La mayoría del material de la sala oscura fue donado, así como la mayor parte de la biblioteca, y es una buena biblioteca. Nunca tuvimos que comprar una nevera. Unas pocas tiendas de campaña llegaron para nuestras acampadas.

Una víspera de navidad hubo un robo en la escuela y se llevaron nuestras dos máquinas de escribir eléctricas IBM —dos de las únicas cosas de valor real que teníamos. Un par de chicos perdieron sus bicicletas y sus guitarras. Y también el equipo de música. Fue una fiesta muy triste para la escuela.

A principios de enero, un padre nos dio su vieja Remington eléctrica, que todavía funcionaba. Cuando fui a la tienda de máquinas de escribir para preguntar por las de segunda mano, comenzamos a charlar. En el rato que estuvimos allí, el propietario nos donó una segunda Remington y no por compasión. Un año después, cuando la vieja Remington se desvaneció después de meses de intenso uso, nos donaron otra IBM eléctrica y una Remington más grande para sustituirlas.

A menudo, conseguíamos más de lo que podíamos almacenar. Cuando aceptamos donaciones de libros por primera vez, los cogimos todos. Pronto, el sótano y el ático estuvieron llenos de libros esotéricos dignos de una facultad de élite. Afortunadamente, no tuvimos que pagar para tirarlos: un comerciante de libros raros se los quedó e incluso nos dejó un poco de dinero a cambio.

Después llegó el tiempo en el que parecíamos un almacén de aparatos, con una fila de neveras de sobra.

O el día que nos ofrecieron seis máquinas de hacer punto. Funcionaban, pero estaban obsoletas. El donante era un consejero, propietario de una gran fábrica de prendas de punto. Estaba convencido de que podríamos utilizar las máquinas para enseñar a hacer punto y vender jerséis y así apoyar a la escuela. ¡Hubieran ocupado media planta! Con cierta dificultad, declinamos la oferta, pero no estoy seguro de que se haya modificado su impresión de que éramos difíciles y malcriados.

Una mañana de primavera Joan entró, jadeando: "Tengo que encontrar a Marge y salir ahora mismo", dijo, con tono de urgencia.

Diez minutos después, estaban de vuelta, triunfantes. En su camino hacia la escuela, Joan había oteado cuatro sillas

desvencijadas encima de la basura que un vecino había dejado en la calle, para que fueran recogidas esa mañana. El camión de recogida debía pasar por allí en cualquier momento, y Joan trataba de adelantarse. No podía creer lo que veía.

“Esto parece basura,” dije, “incluso para nuestro nivel de exigencia.”

“Espera y mira,” respondieron Joan y Marge.

Esperé – y vi. Con ojo experto, habían vislumbrado cuatro espléndidas sillas, necesitaban una limpieza y algunas pequeñas reparaciones. Dos horas después, la escuela disponía de un brillante juego, bueno y nuevo, ocupando orgullosamente nuestra recién remodelada sala de música.

Todo en un día de trabajo.

10 Gastos especiales

No todo es gratis, por supuesto. O incluso de segunda mano y barato.

El edificio de la escuela fue equipado con una auténtica cocina antigua. La instalamos de modo que pudiera haber clases de cocina si alguien lo pedía.

Por uno de esos caprichos del destino, sucedió que montones de chicos estaban interesados en cocinar, un año sí y al otro también; y que teníamos una gran cocinera en nuestro equipo, y algunos otros no tan buenos, aunque lo suficiente. En otras palabras, cocinar siempre ha sido algo grande en Sudbury Valley. De hecho, pocos años después, Margaret Parra, nuestra chef y maestra de cocina, publicó un libro de cocina que ha deleitado a miles de usuarios. Y algunos de nuestros graduados han continuado con prácticas o en escuelas avanzadas, y han llegado a ser maestros cocineros.

Lo cual me lleva de nuevo a la cocina. No tardamos mucho en darnos cuenta de que no funcionaría. No sólo era vieja, también estaba asquerosa. Y nadie pensó mucho en conseguir cocinas usadas. Ya teníamos una.

Lo que estaba claro es que era un “gasto especial”, que es como llamamos a una inversión. Suficiente para comprar dos grandes cocinas económicas de cuatro fuegos y un horno. El único problema era que el dinero no estaba previsto en el presupuesto regular y no había forma de exprimirlo.

Los gastos especiales piden medidas especiales. De modo que todos los chicos y miembros del equipo interesados en cocinar, se juntaron y organizaron una cadena de ventas de pasteles para ganar dinero para las nuevas cocinas.

Estaba la venta de pasteles el día de Acción de Gracias, como calentamiento. Se repartieron folletos a todos los padres con una lista de precios y hojas de pedido. La respuesta fue buena y todos los involucrados aprendieron a manejar la producción en masa.

Después vino la venta de pasteles en las vacaciones de Navidad, en un supermercado local, que fue suficientemente amable como para prestarnos el espacio para desarrollar nuestra noble actividad. Un grupo de estudiantes pasó toda la noche en mi casa horneando una montaña de piezas —panes, bollos, galletas, rollos, tartas, magdalenas, biscotes. Cuando amaneció, unos pocos de nosotros nos arrastramos hasta el supermercado y montamos el puesto. A la una de la tarde, todo estaba vendido.

Los pequeños mercados de pastelería a lo largo del año, dirigidos a los estudiantes y al equipo, produjeron un pequeño y continuo flujo de beneficios. Ocasionalmente, hubo ventas de sandwiches o ensaladas o comidas calientes.

El esfuerzo final fue en Easter, para los padres, otra vez. Cuando vendimos todo, teníamos el dinero necesario para nuestros hornos e inauguramos una tradición en Sudbury Valley para los gastos extraordinarios.

Así es como siempre ha sido. Normalmente, cuando alguien pide a la Asamblea Escolar una partida de gasto extra, la respuesta es: "Si lo deseas tanto, serás capaz de sufragar los gastos." Algunas veces, la Asamblea Escolar insiste en que todo el dinero sea reunido por los peticionarios; otras, sólo una cantidad determinada; pero la mayoría de las veces la escuela asume el 50%.

Este tipo de acuerdo ha proporcionado a las personas del entorno de la escuela con un montón de buena comida a lo largo de los años, porque la venta de comida siempre funciona si la comida está rica. Se ha reunido dinero para equipar actividades deportivas, el cuarto de revelado, la tienda de arte-

sanía de cuero y comprar algunos equipos de sonido, entre otras cosas. Algunas veces se han realizado otras actividades para reunir dinero, como la vez en que cuatro estudiantes ayudaron a cortar el césped para ayudar a equipar el taller de carpintería.

Esta manera tan concentrada de lograr financiación tuvo tanto éxito que los antiguos alumnos decidieron unirse también. Todos los años, preguntaban qué necesidades concretas fuera del presupuesto ordinario tenía la escuela. La primera fue un ordenador. Después, vino la impresora, las estanterías de libros, una gran alfombra, muebles, la remodelación del granero y cosas así..

Para ayudar a pagar estas cosas, los antiguos alumnos organizaban acontecimientos, como un mercadillo en el centro de Framingham. Pero las grandes, las divertidas, han sido las subastas de la escuela a la que están invitados los estudiantes, los padres y los antiguos alumnos para participar en ambos lados del mostrador. Ellos proporcionan los bienes y servicios que serán subastados y pujan por ellos también. Sin ningún género de dudas es un gran acontecimiento social. Más infrecuentes son los servicios proporcionados mediante subasta, que ofrecen una muestra representativa del talento local. Un abogado dona una consulta a cambio de la voluntad; un constructor dona su ayuda en la planificación de una casa nueva o una reforma; el propietario de una barca ofrece un día de salida al océano. Los estudiantes ofrecen trabajo de jardinería o cuidado de niños.

Y se sufragan los gastos especiales de la escuela.

El método es empresarial —y contagioso. Un día tres chicos de diez años apasionados por la pesca decidieron que querían una barca. Eso suponía altas finanzas y las ventas de pastelería en la escuela eran un método probado de conseguir fondos.

El único problema era que éste no era un gasto escolar, sino privado.

El trío se lo pensó mucho y finalmente acudieron a la Asamblea con un trato: "Nos dejáis organizar una concesión de venta de pastelería en condiciones concretas y daremos a la escuela el 10% de los beneficios."

Así nació la concesión privada en la escuela. No es un gran negocio para nosotros, seguro, pero es muy apreciado en los corazones de los empresarios.

Reunieron el dinero para la barca. Y para un remolque. Y un motor.

Y la escuela sumó otra pintoresca tradición a su colección.

11 Novedades y modas

Sudbury Valley es una escuela "a la última."

No hay cursos fijos ni departamentos. Todo comienza y termina en los intereses de los estudiantes. Esto significa que podemos estar a la altura de los tiempos. En todo momento.

A mediados de los setenta, el trabajo del cuero arrasaba de costa a costa. No mucho tiempo después, nuestros adolescentes entraron en ello. Consiguieron en el equipo un cabecilla a partir del especialista del taller de carpintería, Jim Nash, quien resultó ser un auténtico artesano en el cuero.

En poco tiempo, los chavales y Jim fueron a la Asamblea Escolar para solicitar permiso para utilizar una de las salas sin uso específico como taller de cuero. Se dieron cuenta de que estaban funcionando e hicieron su solicitud. Un grupo oficial de personas interesadas en el cuero se establecía para funcionar con fines prácticos.

Se hicieron montones de investigaciones sobre cómo realizar las cosas adecuadamente y dónde obtener los materiales al mejor precio. Mucho antes, con la ayuda de la Asamblea Escolar y algunos recaudadores de fondos, se consiguió y puso en funcionamiento un completo equipo para el taller de cuero.

Desarrollamos una nueva vía para los gastos cotidianos, que más tarde vino muy bien una y otra vez. Para cubrir las operaciones actuales, el taller de cuero funcionaba como un mininegocio. El dinero inicial provino de la Asamblea Escolar, en forma de préstamo. Este capital inicial se utilizó para los materiales, principalmente distintas clases de cuero, pero también hebillas, botones y otra variada parafernalia. Los ma-

teriales se compraron a granel al por mayor y revendidos a las personas que los utilizaban en la escuela con un pequeño incremento. Todo funcionó bajo el sistema de honor. Poco después, cuando la gente comenzó a producir prodigiosas cantidades de cinturones, carteras, mocasines, chalecos, brazaletes, tobilleras, pantalones, etc., la operación cuero fue capaz de devolver el préstamo, que pudo reutilizarse como capital inicial para alguna otra actividad. Hubo incluso un aplazamiento de dinero para comprar nuevo equipo.

En su culmen, el taller de cuero fue uno de los principales centros de la escuela. Doce o más personas al tiempo podían reunirse allí cada día, trabajando durante horas en sus proyectos. Antes de Navidad, sólo se podía estar de pie cuando la gente tenía prisa para hacer regalos a amigos y familiares.

Entonces, casi tan rápido como vino, se apagó. La novedad subió y palideció en el país y en la escuela. Después de un par de años de frenética actividad, el taller se sumió en el silencio. La sala no tuvo prácticamente uso.

Poco después, el equipo y los materiales se empaquetaron en cajas, liquidados. El taller de cuero se transformó en una sala de uso general. Sin fanfarrias. Todo el mundo supo relacionarse con el ciclo natural de los intereses humanos.

La historia del trabajo con el cuero se ha repetido con toda clase de intereses. Algunas veces, se trata de novedades populares en todo el país. Junto a todos los demás, tuvimos nuestro enamoramiento de los videojuegos, patinaje sobre hielo, religiones orientales y gimnasia. Cuando los ordenadores pasaron a primera línea, compramos uno, utilizando fondos procedentes de una subasta. Año tras año, aprendimos que la novedad y la obsolescencia pasan a toda velocidad. Después de cinco años con un Apple II, compramos una máquina más avanzada, que estaba en nuestra oficina y también servía como un instrumento más sofisticado con el que los expertos podían jugar.

Los sucesos de actualidad algunas veces captan la atención de toda la comunidad escolar. Cuando las audiencias del Watergate, que finalmente forzaron al presidente Nixon a di-



mitir, la televisión estaba encendida día y noche y toda la gente pasaba horas viéndola. Ninguna teleserie se aproximó al drama de estas absorbentes audiencias. Los estudiantes mayores se arremolinaban ante un viejo televisor en blanco y negro de 19 pulgadas, colocado en una de las más grandes salas disponibles y allí la veían. Pronto se unieron los más jóvenes y alguna que otra vez algunos miembros del equipo. Semana tras semana, las audiencias servían como curso avanzado de ciencia política, historia americana y actualidad. Nadie pudo haber deseado un nivel de interés más alto o una mayor tasa de concentración, por parte de los estudiantes.

Recuerdo que en ese tiempo pensaba: ¿dónde más podría pasar esto? Mientras los estudiantes y los profesores en las escuelas y las universidades por todo el país estaban atados a

sus libros de texto y sus predeterminados materiales, nosotros podíamos fácilmente sumergirnos en la historia en el momento en que se estaba haciendo. En Sudbury Valley, no había necesidad de esperar tres o cuatro años hasta que el material pudiera ser plasmado en un libro de texto, al margen de los intereses de los estudiantes.

Cuando las audiencias terminaron, la vida volvió a la normalidad. Nadie parecía saber qué hacer con el aparato de televisión. Rondó por ahí durante uno o dos años, sin ser usado. Un día dejó de funcionar. No desenterramos otro hasta la crisis de los rehenes en Irán.

12 Corporaciones Escolares

Cuando la gente tiene un interés común, se une; con frecuencia buscan una forma de autoorganizarse. Suelen necesitar algún tipo de estructura que favorezca la continuidad y estabilidad en el manejo de las operaciones cotidianas. De modo que buscamos una fórmula simple para satisfacer esta necesidad.

Otras escuelas cubrían estos intereses específicos mediante Departamentos o Clubes. Nosotros sabíamos que no queríamos eso. De alguna manera, la imagen de departamentos virtualmente eternos, guardando celosamente sus dominios, no nos seducía. No encajaba en el libre flujo de aprendizaje y enseñanza de Sudbury Valley. Al principio de los sesenta, enseñé en el Departamento de Física de una de las "Siete Facultades Hermanas." Cincuenta años antes, ese departamento debió ser una parte importante de la facultad. En un edificio de cuatro plantas, ese Departamento ocupaba ¡la mitad de una planta completa! En el tiempo en que estuve allí, para un volumen superior a mil estudiantes, había cinco asignaturas principales y prácticamente todas ellas se estudiaban en la facultad asociada que había al otro lado de la calle. Pero el departamento todavía ocupaba un ala completa de despachos casi enteramente vacíos, en un momento en el que la necesidad de espacio era tal que se estaban construyendo nuevos edificios. He sido testigo de anomalías similares varias veces por doquier.

No, gracias; no queremos departamentos. ¿Entonces, qué? Nos topamos con la idea de una nueva creación, la Corpora-

ción Escolar. Debía aprobarse por la Asamblea Escolar para un fin concreto y ofrecerle un periodo de vida para lograr sus metas por sí mismos, volviendo sólo cuando necesitaran más dinero o instrumental. Cualquiera que esté interesado puede unirse a la corporación, que funcionan con total autonomía y eligen un Director Ejecutivo para las cuestiones administrativas.

La Corporación Escolar comenzó a ser un vehículo para realizar los "asuntos departamentales," con algunas características novedosas: están abiertos a todos, funcionan democráticamente, y cuando ya no resultan necesarias, pasan tranquilamente al olvido.

Cuando la idea de la Corporación Escolar nació por primera vez y se aprobó en la Asamblea Escolar, hubo un frenesí de actividad y todo tipo de grupos comenzaron a buscar áreas de interés para darles un estatus oficial. Al cabo de pocos meses, había una corporación para artes y materiales artísticos, una para escultura y cerámica, una para música, una para canto, otras para cuero, acampadas, escalada, química, actividades lúdicas, carpintería, intereses audiovisuales, fotografía y otros muchos más. ¡Estábamos en camino!



Al principio, la gente pensó que las corporaciones les harían más fácil obtener financiación para sus proyectos favoritos. Las peticiones de dinero individuales estaban siempre sujetas a un exhaustivo escrutinio por parte de la Asamblea Es-

colar, y a menudo se rechazaban por injustificadas. Mucha gente pensó que una petición proveniente de algo que sonaba tan impresionante como una Corporación Escolar tendría más peso. Rápidamente se abusó de este instrumento. Las primeras peticiones económicas obtuvieron el mismo riguroso tratamiento y la mayoría de ellas fracasó.

Después de un tiempo, las aguas volvieron a su cauce y la gente se acostumbró a trabajar en las Corporaciones. Algunas han seguido un errático camino a lo largo de los años. La Corporación Audio-Visual generó una gran cantidad de actividad cuando nació; había un montón de chicos interesados en películas, equipos de sonido y especialmente en cámaras de TV portátiles donadas a la escuela. Temporalmente, el interés decayó. Durante años, la Corporación consistió en una única persona, que se elegía a sí misma como Directora Ejecutiva. Estaba bien, puesto que no había un número mínimo de participantes. Hicimos todo lo que pudimos para contener la risa cuando la Corporación A-V hizo una petición: al fin y al cabo, su único miembro no podía hacer más de lo que una sola persona podía hacer. Después de una larga travesía del desierto la gente volvió a interesarse por el equipo estereofónico y esa Corporación volvió a ser el centro de atención nuevamente.

Algunas corporaciones tienen miembros muy energéticos, otras sólo tienen uno. La Corporación del Cuero en sus inicios tenía quince componentes; la de Madera unos doce o más. La de Fotografía fluctuaba entre cimas de gran interés y abismos de indiferencia. La Corporación de Cocina siempre mantiene activo a un gran grupo.

Algunas corporaciones tienen tareas administrativas. La Corporación de Recursos busca instructores externos para llenar los vacíos que no puede cubrir el equipo cuando es necesario. A veces, alguien llega a la escuela de esta forma y termina siendo un miembro regular del equipo. La Corporación de la Biblioteca cuida de la biblioteca de la escuela; la Corporación Editorial imprime y distribuye las publicaciones de la escuela.

Muchas corporaciones han muerto y están enterradas, a medida que sus componentes las abandonaron. La de Cuero fue la primera en desaparecer. La de Juegos duró unos pocos años, después se disolvió. La Corporación de Dragones y Mazmorras fue una de las mayores modas de la escuela, después expiró. Las corporaciones relacionadas con diversas actividades artísticas se unieron en la Corporación de Artes y Artesanías.

Luego está la Corporación de Deportes, que desaparece periódicamente para volver a resurgir de sus cenizas. Comenzó con un gran grupo de entusiasmados atletas, que pronto descubrieron que era mucho más fácil comenzar un partido que cuidar los equipos, comprarlos, hacer inventario y todo lo demás. Y se acabó la Corporación de Deportes. Después llegó otra generación que prometió a la Asamblea Escolar que ellos harían todo el trabajo. Esa reencarnación duró un año. Y se acabó la Corporación de Deportes II. Pocos años después, llegó un nuevo grupo que, definitivamente, absolutamente y positivamente iban a actuar y ser totalmente responsables del equipo deportivo. La Asamblea Escolar apostó por ellos una cantidad de dinero y esperó. Un año después, su paciencia se había agotado. Ahora estamos trabajando con la Corporación de Deportes V. La esperanza es lo último que se pierde. Quizá hay algo en nuestro entorno exterior que se burla del orden y la organización.



13 Cuentas discrecionales

No todos los gastos son para los grupos. A menudo la gente necesita comprar cosas para sí mismos, individualmente. Cuando alguien cocina o hace objetos de cuero o revela un carrete o pone barro en el torno, tiene que pagar de su bolsillo los materiales utilizados.

Esto comenzó en la cocina. Al principio, cada persona traía sus propios ingredientes. No nos llevó mucho tiempo darnos cuenta de que era estúpido. Era un montón de trabajo y la gente se olvida las cosas. De modo que cada vez una sola persona compraba para todos.

Eso funcionó bien hasta que hubo que preocuparse de conseguir los ingredientes. Luego, el problema fue el dinero. En vez de olvidarse los ingredientes, los chavales olvidaban el dinero. Y cuando lo traían, a menudo deseaban haberlo olvidado, porque entonces tenían que vérselas con facturas y cambio y arrastrar montones de dinero en efectivo.

Era necesaria una nueva idea.

La idea surgió en forma de "cuentas personales discrecionales" para cada estudiante y profesor. Decidimos constituirnos como un minibanco. Cada persona tenía su propia cuenta, en la que podía poner dinero, digamos, diez dólares de una vez.

Después, encontramos un proveedor que vendía libros de recibos muy baratos, que parecían cheques. Las cuentas personales se transformaron en cuentas con talonarios. Una vez a la semana, alguien liquidaba todos esos cheques internos, ajus-

taba los balances contables y no había más necesidad de traer efectivo a la escuela.

En realidad, nuestro primer intento en esto fue un poco diferente. Comenzamos el sistema poniendo diez dólares en la cuenta de todos cada año. Dijimos: "Este dinero es para los materiales educativos que compres en la escuela. Puesto que no renunciamos a un montón de materiales gratis, dedicaremos diez dólares de las cuotas para la cuenta personal de cada estudiante, de modo que pueda usarlos en cualquier material que necesiten durante el año. Si necesitan más, tendrán que poner el resto ellos mismos."

Sonaba lógico. El único problema era que no funcionaba. Rápidamente, nos dieron la lección del "almuerzo gratis"

Tan pronto como todo el mundo se encontró con que tenía diez dólares para gastar sin tener que haberlos puesto, comenzaron a trabajar en buscar formas para gastarlos. Chicos que nunca antes habían gastado un centavo, de repente desarrollaron interés en toda clase de cosas que costaban dinero. Consideraban estúpido dejar de gastar ese dinero, sólo porque no pudieras pensar en qué gastarlo.

Conforme a nuestra filosofía, la escuela no estableció un mecanismo para aprobar estos gastos. "Si es discrecional, entonces es así como tiene que ser," dijimos, "y la gente debe utilizar su propio juicio, ellos solos, para decidir." Por supuesto, no podíamos evitar saber lo que la gente estaba comprando. Los libros de la escuela y los archivos están abiertos a todos.

Creo que un montón de gente se puso nerviosa cuando el dinero comenzó a utilizarse en comprar discos de rock. A muchos de nosotros, nos parecía que esto estaba desvirtuando un tanto la idea de necesidades educativas. Poco después, comenzamos a notar un nuevo concepto en los materiales que aparecían en el registro de compras: pizza. Creo que lo hicieron... un considerable número de miembros de la Asamblea Escolar.

14 Cocinar

El aroma del pan recién hecho flotaba por toda la escuela. Poco a poco, la gente comenzaba a deambular alrededor de la cocina, esperando a que el pan saliera del horno. Pocos minutos después, Margaret Parra cortaba gruesas y calientes rebanadas para venderlas a los comensales. Los ingresos eran para la Corporación de Cocina. La mantequilla estaba incluida en el precio.

Era una escena que se repetía a lo largo de los años. Panes, pizzas, bollos, pasteles, galletas y otros platos más elaborados salían del cuerno de la abundancia de Margaret Parra hacia los agradecidos estómagos.

No todos estaban en el lado receptor. Siempre había un pequeño ejército de ayudantes para hacer el trabajo. Algunas veces, le pedían hacer algo; otras, ella ponía un anuncio en el tablón diciendo que cocinaría esto o aquello el martes y dejaba que la gente se apuntara.

¡Qué escena! Un día era una pandilla de chavales pequeños de siete, ocho o nueve años. Otro día, una multitud de adolescentes. La mayor parte de las veces, había niños de todas las edades trabajando codo con codo. Había niños "en la onda" y "primos", hábiles y torpes, entendidos y neófitos. Para todos, la idea era trabajar con Margaret, aprendiendo a cocinar y mucho más. Si pagaban los ingredientes, podían llevarse el producto final a casa —lasaña para una cena familiar, por ejemplo, o un postre de capricho. En otro caso, el resto de la escuela se lo comería y la cuenta de la Corporación de Cocina engordaría un poco más.

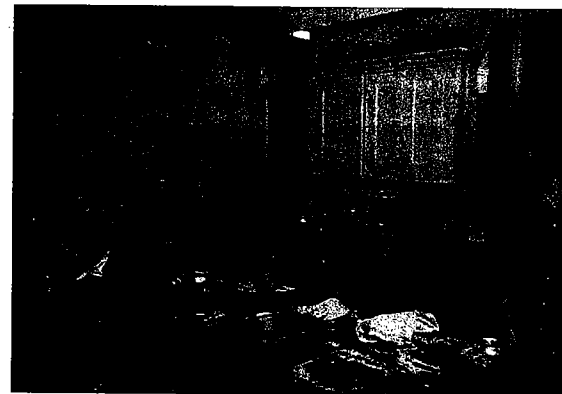
Margaret fue una institución en la escuela durante los primeros dieciséis años, hasta que se retiró del servicio activo. Una gran cocinera y una magnífica profesora, su verdadera especialidad era su sabiduría. Nacida y crecida en una granja del medio oeste, su vida al lado de un oficial de la marina de los EE.UU. en los años treinta y cuarenta, la llevó por todo el mundo sin ayuda, dado que la marina en aquellos años no prestaba mucha ayuda para los traslados. Además de ser una experta en tradiciones y lenguaje naval, había adquirido una profunda comprensión de las personas.

Los chicos nunca se cansaban de ella. Todo el mundo quería a Margaret. El más arisco de los adolescentes la tenía en su corazón como a una amiga. Fumaba y exhalaba el humo con ellos durante horas como un igual. Margaret nunca dudó en darles su propia opinión cuando creía que estaban equivocados, pero siempre les trató con respeto y aceptó sus diferencias. A los de seis años los trataba igual, como pequeños adultos. Si alguno de ellos era demasiado perezoso para limpiar, pronto oía la atronadora voz de Margaret profiriendo algún aforismo que les despertaba los sentidos.

Para Margaret, la prueba del nueve estaba en la comida: tanto en la vida como en la cocina ¡Y qué comida! Los ingeniosos platos sin fin que creaba. Cocinar ha sido una de las actividades centrales de la escuela cada estación, cada año, principalmente porque bajo su guía se desarrolló una tradición de excelencia, trabajo duro y camaradería.

Margaret no soportaba ninguna tontería durante el trabajo. Todos, independientemente de la edad, tenían que aguantar su propia vela. Todos podían pelar manzanas, medir ingredientes, mezclar, vigilar el horno y limpiar los platos y las mesas. Todos podían ayudar a servir la comida y recoger la mesa. El trabajo comenzaba con una cocina impoluta y terminaba igual bajo su supervisión.

Con Margaret como modelo, otros han enseñado y organizado actividades culinarias también. Los estudiantes que han sido certificados para la Corporación de Cocina y se les per-



mite trabajar solos, hacen sus propios platos, solos o en grupo. Otros miembros del equipo adictos a la cocina a menudo se unen con variopintas pandillas. Algunas veces, tiene lugar una cadena de clases de cocina relacionadas: hacer pan, cocina china, cocina básica, por nombrar unas pocas.

Ocasionalmente, los miembros del equipo con gustos exóticos lo intentan por sí mismos. Algunas veces, muy exóticos. Tomemos, por ejemplo, a Barbara. Ella es una especialista en nutrición holística con predilección por las comidas naturales —muy, muy naturales. El suyo no es un saludable y variado jardín de comida de capricho. Quiero decir que no deja caer ni una sola taza de harina entera de trigo o un cucharón de miel para poder llamarlo “sano”. Barbara cree en no añadir edulcorantes (o, en el mejor de los casos, uno muy raro), grano integral, productos frescos y cocinar con tan poco calor como sea posible. Nunca he encontrado a nadie más que soñara con hacer un pastel de zanahoria enteramente de centeno integral y sin endulzar.

Barbara también es maravillosa con la gente de todas las edades. De modo que cuando Barbara pone un anuncio de que va a cocinar cierto día, los chicos siempre se apuntan. Les gusta estar con ella. Algunas veces, descubren que el lado culinario es todo un desafío. Como el día que su pandilla produjo algo que parecía galletas fritas con chocolate, pero que resul-

taron ser galletas de algarroba y centeno/avena/pipas de girasol/harina de soja sin polvos de pastelería ni azúcar ni miel, ¡y seguro que no sabían como las galletas fritas de chocolate!

Todos los años, en junio, hay un día especial para hacer helados por el método tradicional amasando con manivela. La tradición, por supuesto, la comenzó Margaret, que empezó a hacer helados cuando era una niña pequeña en la granja. Cuando se descargan los ingredientes del día: nata pura, hielo y sal gema, la emoción crece rápidamente. Los niños se turnan en la manivela durante horas, los mayores lo hacen al final cuando es más duro. Entonces, aparece el helado y sobre las 14:30 hay una cola larga y sinuosa que sale de la cocina y atraviesa todo el edificio. Pocas cosas pueden hacer juego con un caluroso día de verano como saborear un tazón de helado fresco con “todos los arreglos.” Incluso limpiar la cocina después no resta valor al placer.

15 La mezcla de edades

La mezcla de edades es el arma secreta de Sudbury Valley.

Nunca pude encontrar el sentido a la segregación por motivo de la edad. La gente no vive en el mundo real separada por edad. No todos los chicos tienen los mismos intereses o habilidades a una edad particular.

En todo caso, pronto descubrimos cómo se juntan los críos cuando se les deja que se las arreglen solos. Se mezclan. Igual que la gente normal.

Cuando impartí mi seminario para hacer sandwiches, acudieron estudiantes de doce años, de dieciocho y todos los de entremedias. Cocinar traspasa todas las fronteras fácilmente. Años después, cuando enseñaba historia moderna, tenía a Adrian, de diez años sentado junto a chicos y chicas de hasta diecisiete.

El principio siempre es el mismo: si alguien quiere hacer algo, lo hace. El interés es lo que cuenta. Si la actividad es de un nivel avanzado, la destreza es lo que cuenta. Muchos chicos pequeños son mucho más diestros que los mayores en un montón de cosas.

Cuando las destrezas y la capacidad de aprendizaje no están al mismo nivel, es cuando empieza lo divertido. Los chicos se ayudan unos a otros. Tienen que hacerlo porque no están compitiendo por notas o recompensas. Les gusta porque es terriblemente satisfactorio ayudar a alguien y tener éxito en ello.

Y es terriblemente placentero verlo. Dondequiera que vayas en la escuela, la mezcla de edades te confronta.

Después, está el lado emocional. Cuando alguien de dieciséis años se sienta en un sofá al final de la tarde, leyendo tranquilamente a alguien de seis años, acurrucados uno junto al otro, se está satisfaciendo una necesidad real de maternidad o hermandad. Y al de seis años le proporciona un profundo sentimiento de comodidad y seguridad en un mundo donde muchas personas grandes le están rodeando todo el tiempo. Hay un sentimiento de autovaloración cuando alguien de doce años le explica pacientemente el funcionamiento de un ordenador a uno novato de dieciséis años.

Y está el lado social. Cuando los chavales organizaron el primer baile escolar, preveía una sala rodeada de aterrizados alhelies. Eso se llama proyección. Mi primer baile escolar fue en la secundaria, como el de todo el mundo. Los profesores colocaron a los chicos a un lado, a las chicas al otro y a partir de ahí discurrieron las cosas.

Los chavales nos sorprendieron a todos. Todos los que acudieron, bailaron juntos. Parejas que se llevaban diez años de diferencia eran tan normales como las que se llevaban uno. Un chico de siete años bailando con una chica de quince ganaron el primer premio. Con el paso de los años, el más joven llegó a ser el más viejo, pero el patrón se mantenía.

Los mayores sirven como modelos, ideales -a veces como dioses- a los más jóvenes. Con igual frecuencia como contramodelos. "Me alegro de haber estado cerca de adolescentes cuando tenía siete años," nos dijo una vez nuestro hijo Michael cuando tenía dieciocho años. "Aprendí lo que no quería hacer observando en directo, así no tuve que gastar mi salud y años de vida para probarlo por mí mismo."

Los más jóvenes sirven como modelos familiares para los mayores, en roles de hermanos pequeños o niños. Cuando Sharon llegó por primera vez a la escuela con cuatro años, acababa de perder a sus padres. Fue la "niña" de todo el mundo durante su primer año, le leían, jugaban y hablaban con ella, la abrazaban. El día que nos visitan los antiguos estudian-

tes y vienen con sus bebés, con frecuencia se ve a los adolescentes jugando con los más pequeños durante interminables horas.

Y también está el lado del aprendizaje. Los chavales adoran aprender de otros chavales. En primer lugar, porque con frecuencia es más fácil: el que hace de profesor está más cerca que un adulto de las dificultades del que hace de estudiante, pues las ha superado más recientemente. Las explicaciones son, normalmente, más simples, mejores. Hay menos presión, menos juicios. Y hay un gran incentivo para aprender rápida y adecuadamente: alcanzar al tutor.



Los niños también adoran enseñar. Les da un sentido de valía, de talento. Más importante, les ayuda a manejarse mejor con los materiales que enseñan; tienen que ordenar las ideas e ir al grano. De modo que luchan con el material hasta que les resulta más claro que el agua, hasta que esté suficientemente claro como para que sus alumnos lo comprendan.

Como arma secreta, la mezcla de edades es un éxito. Incrementa ampliamente la potencia de aprendizaje y la potencia de enseñanza en la escuela. Crea un ambiente humano vibrante y real. La escuela es comparada frecuentemente con una ciudad donde todos están juntos, todo el mundo enseña y aprende y es modelo y ayuda y regaña -y comparte la vida.

Creo que es una buena imagen.

Los adultos también tienen que aprender mucho de los niños. Creo que nadie lo ha expresado mejor que Hanna Greenberg, en su opúsculo llamado "El haya". Aquí está:

En una gloriosa mañana este otoño "vi" el haya por primera vez. Parece una afirmación sorprendente viniendo de una persona que ha estado en SVS durante dieciocho años –sorprendente, pero cierta. Como todo los demás, he visto el árbol en el otoño cuando sus hojas se tornan rojas y caen, dejando que sus ramas muestren su magnífica estructura durante el Invierno. También he sido testigo de un nuevo brotar en Primavera cuando las incipientes hojas dan al árbol un halo rosado y lentamente mudan hacia su profundo color verde. También he visto, generación tras generación, cómo los niños pequeños aprenden a trepar a ese poderoso árbol, subiendo y subiendo, a veces alcanzando la cumbre y posándose allí durante horas. Pero fue la otra semana cuando "vi" realmente el árbol, cuando lo comprendí en realidad. Siendo adulta, no había experimentado verdaderamente el árbol, hasta que una pequeña niña me enseñó cómo. Esto es lo que sucedió.

Un día, Sharon, con su rostro radiante, me anunció (como muchos otros pequeños antes que ella) que finalmente era capaz de subirse al haya por sí misma. Dijo que Joyce la enseñó cómo y que ahora me lo mostraría. Salí con ella porque quería compartir su placer y porque la mañana era tan brillante, con vívidos colores y una exuberante luz reflejando el rocío en las hojas rojas y amarillas. Sharon me mostró cómo trepar y bajar y me dijo que la siguiera. Hasta ahora,

había ayudado a docenas de chicos a subir y a muchos más a bajar cuando se atascaban, pero nunca intenté subir por mí misma al árbol.

Sharon no acepta un "no" rápidamente y yo sabía que si quería mantener su respeto hacia mí, tenía que hacerlo por ella. Con paciencia y claridad me mostró, paso a paso, cómo trepar y cómo bajar; y lo hice por primera vez.

Cuando llegué al primer nivel estaba impactada por la belleza de la vista. No soy capaz de describir las poderosas ramas, el acogedor espacio o el sentimiento de respeto que me invadió. Es suficiente decir que "vi" el árbol por primera vez. Los adultos pensamos de nosotros mismos que somos entendidos y que nuestros niños necesitan aprender y ser enseñados, pero en este caso, apostaría que cualquier niño de SVS se sorprendería de nuestra ignorancia y falta de sensibilidad hacia esa grandeza disponible para ser contemplada y que es ignorada. Sharon fue una buena maestra y siempre le estaré agradecida por lo que me enseñó.

16

El juego

Día tras día, mes tras mes, una ciudad fue tomando forma lentamente ante nuestros ojos. Desplegada sobre una gran mesa que estaba en la habitación de arte, el modelo de plastilina casi parecía real.

Con frecuencia, seis o más niños al tiempo se amontonaban alrededor de la mesa durante horas, sin hablar, mientras intentaban crear réplicas perfectas en miniatura de todo cuando podían imaginar. Caballos, árboles, coches, camiones, animales, vallas, personas: todo. No sólo una mala réplica cualquiera, sino reproducciones perfectas. Había, por ejemplo, un "motor" completo bajo el capó despegable de todos los automóviles, cada uno de los cuales cabía completo en una mano. Las personas -de la altura de un dedo- tenían ropas y facciones. Los tejados tenían tejas; las paredes, puertas; las habitaciones interiores tenían mesas y sillas.



Todo estaba hecho de plastilina, que se había amasado, enrollado, modelado y dado forma. Era un gran juego. El juego duró dos años.

Nadie sugirió ni remotamente que esos chicos, entre ocho y catorce años (en su mayoría chicos), estuvieran haciendo "arte". Esa idea les habría ofendido. No pidieron ningún tipo de ayuda al equipo, no se les dio ninguna. Para los participantes, era jugar. Serios, concentrados, juegan: gran diversión sin límites.

Cada generación en la escuela parece tener sus clubes. Esto suele comenzar en torno a los nueve o diez años, tolerando algún parásito ocasional más joven, y dura un año o dos para cada nuevo grupo. Hay un club y, por supuesto un local para el club. Al principio era una vieja y destartada cabaña en el bosque, hasta que se derrumbó. Más tarde, fue una habitación en el establo. Después, una habitación en el edificio principal. Aún después, cuando fue prohibido a causa de la regulación contra incendios, el local para el club podría ser cualquier área secreta encerrada, si fuera necesario, por paredes y techo imaginarios. Tenía que amueblarse: una vieja alfombra, quizás; una silla, una mesa. Se inventaban rituales, se tramaban planes y complots, se lanzaban espías y se apostaban guardianes. Se creaba un mundo de intriga, lleno de complejidad. Los niños que lo planeaban siempre estaban ocupados, siempre terriblemente concentrados.

El juego en la escuela es un asunto serio. Creo que el juego siempre es serio para los niños, como para los adultos que no han olvidado cómo jugar. Los educadores profesionales con frecuencia están preocupados por el juego, principalmente porque los niños dedican una energía e inteligencia a jugar que es muy superior a la que ponen en el trabajo escolar. Ocasionalmente, para hacer las cosas más digeribles, los psicólogos educativos escriben sobre el valor que el juego tiene en el "aprendizaje"; por ejemplo, en el aprendizaje de destrezas motoras o aprender resolución creativa de problemas o alguna otra cosa con una etiqueta que suene legítima.

El hecho es que el juego es una gran parte de la vida en Sudbury Valley. Y es uno de los factores principales de aprendizaje aquí. Pero lo que se aprende es una lección diferente de la que podría pensarse. Lo que se aprende es la habilidad para concentrarse y focalizar la atención intensamente en la tarea que se tiene entre manos, sin importar las limitaciones, sin desmayo, ni prisas, sin necesidad de abandonar una idea "caliente" a medias por otra cosa. Esta lección es retenida de por vida.

La mayoría de los niños en la escuela, especialmente los más jóvenes, están demasiado ocupados jugando como para comer o descansar en todo el día. Al final de la tarde, ya están listos para una gran cena y a dormir. Han trabajado mucho y duro.

A pesar de lo elaborado que es el juego, las herramientas y el equipo necesario son económicos, y se le puede restar importancia.

Cuando, al principio, estuvimos preparando la escuela para abrir, gastamos largas horas distribuyendo nuestro pequeño presupuesto para todo tipo de equipamiento de juego "necesario", especialmente para los más pequeños. Comenzamos la usual colección de material que puede encontrarse en guarderías, jardines de infancia y centros de recreo infantil.

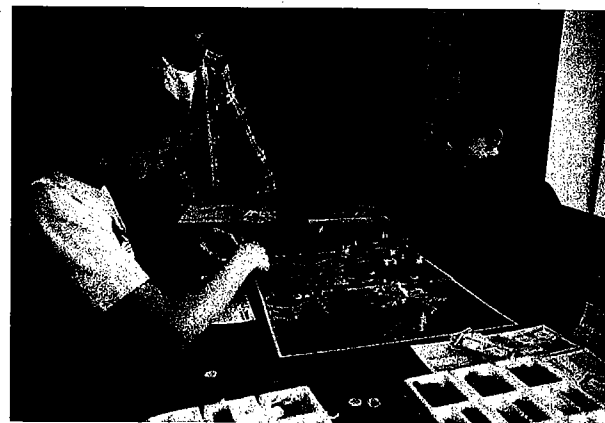
A medida que los primeros años fueron pasando, lo veíamos con incredulidad: el equipamiento estaba casi completamente sin usar. Una gran parte del mismo fue utilizado de forma completamente diferente a los usos para los que habían sido destinados.

El principal equipamiento que utilizaron fueron las sillas, las mesas, las habitaciones, los baños y el exterior, con un bosque y el monte, rocas y rincones secretos. La principal herramienta es su imaginación.

Después de doce años de andar rodando y ser aumentado ocasionalmente a causa de las donaciones, en torno a las tres cuartas partes del material de juego fue empaquetado y alma-

cenado en la buhardilla. Allí sigue. La buhardilla no tiene humedades de modo que permanecerá allí largo tiempo.

Hay algunas excepciones. Los mayores traen de casa juegos de mesa: "Monopoly", a veces durante días. "Risk", una novedad que duró cuatro años y convierte a los jugadores en geógrafos y estrategias militares. Y "Mazmorras y Dragones", por supuesto, con una elaborada colección de accesorios cuidadosamente ensamblados exclusiva para cada jugador. Creo que Mazmorras y Dragones era más tolerable para los *outsiders*, puesto que en él aprendían cosas, sobre la vida medieval, por ejemplo.



Nosotros tomamos el juego en serio aquí. Ni en sueños lo interferiríamos. Así florece en todas las edades. Y los graduados que abandonan la escuela salen al mundo sabiendo cómo dar todo de sí mismos en cualquier cosa que hacen y todavía recuerdan cómo se divertían y disfrutaban de la vida, tal como viene.

17

La biblioteca

Pensé que llegaríamos a olvidarnos de la cinta adhesiva amarilla.

Fue en otra serie de largas reuniones que tuvimos para organizar la biblioteca de la escuela. Paula, que iba a ser nuestra bibliotecaria, argumentaba su causa con fervor.

“Los libros para los niños más pequeños tienen que estar marcados. Deben tener una cinta adhesiva amarilla, para que sean fácilmente reconocidos.” Paula era una experimentada bibliotecaria de escuela pública y pensó que le gustaría probar algo diferente con nosotros. Pero es difícil sacudirse los viejos hábitos.

“¿Por qué las necesitamos?” continuaba preguntándole. “¿Nos asusta que los niños cojan un libro para adultos por error?”

La discusión se acaloró. A Paula le asustaba que los niños pudieran desanimarse si, accidentalmente, cogían un libro que les resultase demasiado difícil. Tal como ella lo veía, el mundo adulto era un lugar espantoso para los más jóvenes y la escuela tenía que protegerlos de encuentros frustrantes o dolorosos.

Para la mayoría de nosotros, la cinta amarilla era simplemente otro símbolo de cómo los adultos tratan condescendentemente a los niños. Otro ejemplo de cómo los adultos malinterpretan la feroz determinación de cada niño de dominar y conquistar el mundo real.

Finalmente se votó, después de meses de debate altisonante. La banda amarilla fue rechazada. Paula dimitió poco después, antes incluso de que la escuela hubiera abierto. Nunca llegó a ver la biblioteca en acción.

Bueno, no precisamente “en acción.” Más bien “en inacción.” Para nosotros la idea de una biblioteca es simple: es un gran recurso pasivo, un reservorio de sabiduría disponible allí para que todo el mundo se sumerja cuando esté sediento de conocimiento. (La metáfora tópica es aplicable en este caso.)

Lo que nos dolía de todas las bibliotecas escolares que habíamos visto era su esterilidad. Lo primero, nunca quisimos que todos los libros estuvieran reunidos en una única sala o en un ala llamada “biblioteca.” Sonaba como “morgue”: un lugar aparte donde todo el mundo tiene que estar quieto y susurrante, donde la gente se mueve prudentemente, incluso un poco temerosa bajo la frecuentemente acristalada mirada del bibliotecario. Queríamos que los libros estuvieran en todas partes, acogedores, fáciles de alcanzar, disponibles para la búsqueda casual y no sólo para “préstamo.”

Queríamos que los niños sacaran los libros de las estanterías. Montones de ellos. No nos asustaba el desorden en la biblioteca.

Sin embargo, principalmente, queríamos un montón de buenos libros. Libros que gustaran a la gente que se preocupa por ellos.

Para eso, teníamos que inventar una nueva política de adquisiciones. El método habitual no parecía correcto. Nunca pudimos creer completamente que una persona cuyo interés eran los libros por sí mismos supiera cómo encontrar los escritos verdaderamente interesantes en cada uno de los campos del conocimiento. Queríamos que la gente que amara cada campo de conocimiento encontrara las gemas que en él se hallaban.

Así es como se hicieron las cosas. Fue totalmente sencillo y absolutamente barato. Le pedimos a la gente que donara parte de sus bibliotecas personales. Eran libros que las personas habían elegido a lo largo de los años porque les gustaban. Porque eran interesantes, útiles y especiales. La biblioteca de

Sudbury Valley se construyó —y se sigue construyendo— gracias a un ejército de “expertos.”

Por supuesto, no todos los libros son buenos. ¿Lo son en cualquier biblioteca? Coge un libro, cualquier libro, y antes de lo que imaginas ya se habrá generado una discusión sobre su valor tan acalorada como las nuestras sobre la cinta amarilla. Pero al menos los libros que nosotros teníamos habían sido leídos y valorados por las personas que los eligieron.

Tiempo atrás, el edificio de la escuela se llenó de libros. Año tras año, sala tras sala, se colocaron nuevas estanterías para acoger las nuevas adquisiciones.

De hecho, algunas veces casi nos ahogábamos en un océano de libros. Entonces organizábamos ventas de libros.

Algunas veces, nos llegaban donaciones un poco excesivas, colecciones un poco esotéricas. Como el juego completo de las Leyes Generales de Massachusetts, acompañadas por amplios comentarios. Con o sin cinta amarilla, era difícil de hojear (incluso una dura lectura) para cualquiera de nosotros. O algunas preciosas series de revistas técnicas científicas. Tuvíamos que encontrar alguna manera de deshacernos de estos ejemplares, normalmente vendiéndolos o regalándolos. La mayoría de las ocasiones, sin embargo, pusimos lo que obteníamos en las estanterías. Y los chicos lo hojeaban.

Por supuesto, algunas veces compramos libros, cuando alguien necesita títulos que no tenemos. Entonces eso es un gasto extraordinario.

Un día, a mediados de los setenta, nos llegó una carta del Departamento de Educación del Estado. Contenía un cheque. Resultó que el Tío Sam, en uno de sus muy generosos intentos de apoyar la educación, había decidido dar dinero a las escuelas de todo el país para comprar libros. Creo que el Congreso pensó que los libros eran una buena cosa y que las escuelas serían mejores si había más libros en las estanterías. Los editores, estoy seguro, no se opusieron a la idea.

En cualquier caso, aquí estaba nuestro maná llovido del cielo, tanto si lo necesitábamos como si no. Nuestra primera reacción fue devolverlo, pero eso no tenía sentido. “A caballo regalado...” De modo que lo usamos para ayudar a la Asamblea Escolar a sufragar las peticiones gastos especiales para libros. Los Presidentes llegan y se van. Las políticas oscilan entre la izquierda y la derecha, adelante y atrás. Los cheques, siguen llegando.

¿Qué paso con la cinta amarilla?

Bueno, terminamos haciendo algunas concesiones, los libros que aparentaban estar claramente dirigidos a los más pequeños no los colocamos en lo más alto de las estanterías de la más remota de las salas. Los colocamos físicamente accesibles para los más pequeños sin que necesitaran una escalera de incendios.

Pero sin cintas. Ninguna oportunidad para que alguien encontrara a un pequeño leyendo un libro sin cinta y dijera, severamente, “¿Qué estás haciendo con *eso*, jovencito?”

Y ninguna oportunidad para que un estudiante mayor mirara a hurtadillas un “libro para niños” y se avergonzara por un indicador en el lomo.

18 Suficiente tiempo

En Sudbury Valley no hay campanas. Ni "tiempos" de clase. El tiempo utilizado en cualquier actividad se desarrolla desde dentro de cada participante. Siempre es la cantidad de tiempo que desea y necesita. Y siempre es la cantidad adecuada de tiempo.

La escuela abre a las 8:30 de la mañana y cierra a las 5:00 de la tarde. No es extraño ver a alguien entrar en la sala de revelado a las 9:00, perder la noción del tiempo y aparecer a las 4:00, cuando el trabajo está terminado.

Jacob se sienta delante del torno. Tiene trece años. Son las 10:30 AM. Está listo y comienza a modelar cacharros. Pasa una hora. Dos horas. Las actividades de arremolinan a su alrededor. Sus amigos empiezan un partido de fútbol sin él. Tres horas. A las 2:15 se levanta del torno. Hoy, no tiene nada que mostrar tras sus esfuerzos. Ni una sola pieza le satisfizo.

Al día siguiente, lo intenta de nuevo. Esta vez, se levanta a la 1:00, después de terminar tres piezas que le gustan.

Thomas y Nathan, de once años, empiezan un juego de Mazmorras y Dragones a las 9:00. No terminan a las 5:00. Ni a las 5:00 del día siguiente. Al tercer día, lo guardan a las 2:00.

Shirley, de nueve años, se hace un ovillo en una silla y comienza a leer un libro. Continúa en casa y los tres días siguientes, hasta que lo termina.

Sharon y Cindy, de seis años, salen para dar un paseo por el bosque. Es un precioso día de primavera. Están fuera durante cuatro horas.

Dan lanza al lago el primer anzuelo temprano en una ma-

ñana de Otoño. Tres años después, todavía sigue pescando.

El tiempo no es una mercancía en Sudbury Valley. No se "utiliza", ni bien ni mal. No se "gasta" ni se "ahorra."

Aquí, el tiempo es una medida del ritmo interior de la vida en toda su complejidad. Según se desarrolla cada cadena de acontecimientos, transcurre con ella el tiempo apropiado para ella.

No hay una hora para comer. O, mejor dicho, cualquier hora es la hora de la comida, si tienes hambre para comer. Diez y media, doce, dos y media, cinco. Winnie the Pooh tenía un reloj de pared parado hacía mucho tiempo en las 11:00. Para él, siempre hambriento, las once en punto era siempre "el momento para un poquito de algo" y en cualquier momento podían ser las once en punto.

Año tras año, en la escuela, he visto como el crecimiento de cada niño se produce de acuerdo a su propio sentido del tiempo. He visto chicos florecer rápido y, después, quedarse tranquilamente en ese lugar durante una aparente eternidad. He visto gente soñar y, después, volver y aterrizar lentamente.

Si los estudiantes necesitan más tiempo del que les ofrecemos, cogen las llaves de la escuela. Algunos vienen temprano, algunos se quedan hasta tarde, algunos vienen en vacaciones y fines de semana.

El respeto que la escuela muestra por el ritmo privado es inviolable. Garantiza que todos, "antes o después", tomarán contacto con su yo interior.

Los estudiantes son bien conscientes de este respeto de la escuela por el tiempo privado. Llegan a depender de él, lo adoran. Cuán a menudo he oído a un antiguo adolescente decir: "Sobre todo, la escuela me dio el tiempo para encontrarme a mí mismo."

La concentración intensa hace que uno pierda completamente la noción del tiempo. Me sorprendí cuando leí sobre el comportamiento de Roetgen cuando descubrió, accidentalmente, los misteriosamente penetrantes rayos que pronto se llama-



rían “rayos-x”. Desbordado por la excitación y una apasionada curiosidad, éste hasta entonces aburrido y mundano físico se encerró en su laboratorio, hacía que le dejaran la comida fuera y, salió siete días después, listo con su revolucionario descubrimiento.

La imagen del genio creativo siempre se acompaña en nuestras historias y leyendas de una imagen de concentración total y una completa desconexión del tiempo. “Eso es para genios”, decimos con admiración. Todos nosotros somos a nuestra manera genios creativos. Todos tenemos dentro de nosotros el mismo potencial para involucrarnos apasionadamente, la misma necesidad de desconectar de los relojes del mundo y volver los ojos hacia nuestros relojes internos.



El tiempo público en la escuela es tan puntual como relajado es el privado. Es una cuestión de respeto. Cuando la gente llega a un acuerdo para hacer algo juntos en un lugar y en un momento acordados, la cortesía exige que se cumplan las condiciones. Deben sincronizar sus relojes, crear un tiempo común para el grupo.

La Asamblea Escolar comienza todos los jueves al filo de la 1:00. No vengas si no quieres estar; ahora bien, si quieres,

sé puntual. Las clases empiezan puntualmente según el horario previsto; o no empiezan. Los viajes al campo salen exactamente a la hora acordada; o no salen. Si una persona se retrasa, se la deja atrás. No hay lugar para el ritmo privado cuando uno se cita con otros.

Esa sensación de disponer de todo el tiempo necesario en la escuela es un motivo principal para que funcione la mezcla de edades. Parece, simplemente, irrelevante preocuparse por cuántos días o años han pasado desde que una persona ha nacido. Los de seis años, los adolescentes, los graduados, los profesores y los padres se relacionan libre y abiertamente con la esencia del otro, que no conoce de edades. Cuentan del legendario científico Niels Bohr que podía encontrarse a un colega después de diez años de no verse y resumir la conversación que mantuvieron la última vez que estuvieron juntos. En Sudbury Valley, la leyenda es una realidad cotidiana.

En Sudbury Valley todo el mundo tiene tiempo.

19

Aprender

Sudbury Valley nos enseña una cosa sobre todo: humildad. Todos los días nos enfrentamos a nuestra ignorancia, batallamos con ella y le presentamos nuestros respetos.

Todo comenzó con el aprendizaje sobre el aprendizaje. Cuando nos adentramos en la educación hace ya muchos años, pensábamos que sabíamos algo sobre cómo aprende la gente.

Recuerdo claramente mi primera experiencia como profesor en la facultad. Me sabía la materia y había leído libros sobre pedagogía, psicología y desarrollo. Estaba sentado en lo más alto del mundo, tan “erudito”, tan capaz de ofrecer tanto a mis estudiantes...

La realidad llegó en pequeñas dosis. Primero, descubrí que todas esas caras ilusionadas y con apariencia feliz sentadas delante de mí estaban mascando aburrimiento e indiferencia. Después, descubrí que no comprendían la mayor parte de lo que les explicaba. “Este es un punto importante,” entonaba con majestuoso énfasis, “y proporciona una visión que el libro no ofrece.” Lamentablemente, sin resultados. Cuando volvían los exámenes, todo lo que podía leer era la versión del libro, cuidadosamente memorizada.

Lo intenté más intensamente, leí más; mi suerte no mejoró. Descubrí que todos mis colegas se enfrentaban al mismo problema; hasta el punto de que a todos les preocupaba. Lentamente, caí en la cuenta de que los estudiantes no aprenderían lo que no querían aprender, sin importar qué cabriolas hiciera ante ellos, les engatusara o amenazara. Después, descubrí la terrible verdad, que en realidad no sabemos cómo aprenden

las personas, ya esten o no interesados en lo que están aprendiendo.

Algunas veces, siento que las escuelas de nuestro alrededor son los ejemplos más grandes del traje nuevo del emperador. Año tras año, continúan llamándose proveedores de conocimiento, de educación. Cuando todo lo demás fracasa, se utiliza el dinero como una tirita para curar las heridas.

Pero difícilmente cambian las cosas. Los niños aprenderán lo que aprenderán cuando quieran y como quieran, a pesar de nuestros mejores esfuerzos.

En Sudbury Valley, veo esta verdad en funcionamiento todo el tiempo. Nunca he sido capaz de descubrir el secreto de cómo aprenden en realidad.

Como escuela, no hacemos creer que sabemos lo que no sabemos. Nuestro papel es estar preparados mientras los niños, todos y cada uno de ellos, escogen sus propios y variados senderos. Les ayudamos cuando nos lo piden y nos mantenemos al margen cuando no se nos solicita.

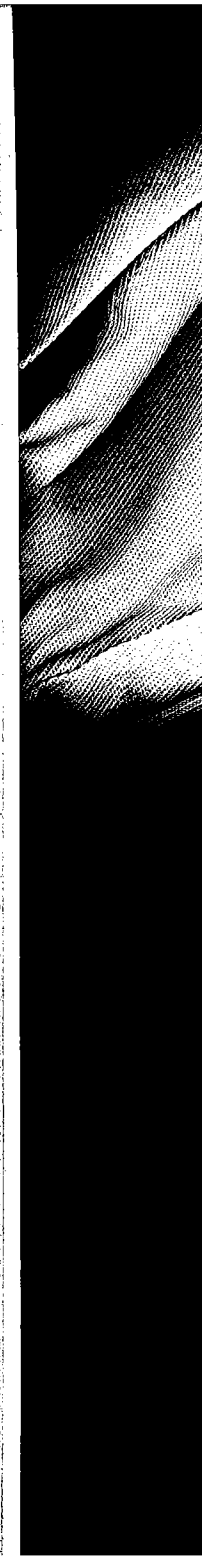
¡Y qué variedad nos encontramos en sus preciosas mentes! Piaget se moriría de envidia. ¿Etapas de desarrollo? ¿Pasos universales en la comprensión? ¿Patrones generales en la adquisición de conocimientos? ¡Absurdo!

Todos los chicos aprenden, todo el tiempo. La vida es el mejor maestro. Los licenciados, masters o doctores son actores secundarios en nuestro equipo.

Los chicos utilizan otros chicos, libros, instrumentos y a los adultos cuando ven que es necesario. Su principal herramienta es la curiosidad que les empuja a encontrar, dominar, comprender.

Aprenden a ver el mundo porque lo observan y están en él. No se sientan y se aíslan en salas todo el día.

Aprenden a relacionarse con las personas porque están con personas, de todas las edades, todo el día.



Aprenden a resolver problemas porque tienen que hacerlo. "De aquí no pasa el *muerto*" decía un cartel en la mesa del presidente Truman, y "aquí" es el propio lugar de cada estudiante. Nadie les sacará las castañas del fuego.

Observar a los niños me enseña algo nuevo cada día. Consideremos esto, por ejemplo. La gente dice, "Deja que los niños sean libres de elegir sus actividades y siempre se inclinarán hacia el camino más fácil. Nunca desarrollarán el carácter para enfrentar las dificultades." Cuando la gente me dice eso, siempre me digo (y ocasionalmente también en alto a los demás): "¿A qué chicos has observado últimamente?"

Eso no es lo que ocurre con los especímenes *en vivo*. La mayor parte del tiempo, los chicos escogen el camino más difícil. No, no es una errata de imprenta. Escribí "el camino más difícil" y lo mantengo.

En realidad, no sé por qué sucede esto, pero veo que sucede todo el tiempo. Es como si los chicos vieran sus puntos débiles simplemente como un desafío que deben afrontar.

De modo que el torpe, practica deporte todo el día. El que tiene fobia a las matemáticas, estudia aritmética y álgebra. El solitario, intenta socializarse; el gregario intenta estar solo. Cada historia es la saga de una lucha monumental y una férrea determinación.

Después, está el saber un poquito de todo. "Tienes que forzarlos a aprender un poco sobre un montón de cosas. Los niños necesitan estar en la escuela. Si les dejas, no aprenderán."

Ni un solo aspecto de esta queja tuvo nunca sentido para mí. Primero, por su arrogancia, como si tú o yo o un panel de expertos pudiera escoger del vasto océano del conocimiento humano la combinación adecuada de gotitas que todo el mundo necesita beber. Después, está la ingenuidad, como si los niños de hoy en este país, en la era del bombardeo multimedia, no estuvieran expuestos día y noche a más de lo que pudiéramos imaginar. Las mismas personas que se quejan de la

hipoestimulación al día siguiente se están quejando de la sobreexposición y sobreestimulación. Finalmente, está la suposición de que es malo estar poco estimulado. ¿Malo para quién? ¿Para Mozart? ¿Para Einstein? ¿Para Wilbur y Orville Wright? Nuestros grandes héroes nacionales son elogiados por su obsesiva devoción por una causa u otra. ¿Es eso saber un poquito de todo?

Todo vuelve a la humildad. El más listo de nosotros es sólo un poquito menos estúpido que el más estúpido de nosotros. Dejemos a los niños. Aprenderán todo lo que tengan que aprender; y más, si no intervenimos a menos que nos lo pidan y hasta el punto en que deseen.

20 Evaluación

Un día estaba jugando a lanzar una pelota con un niño de 6 años. Cada vez que lanzaba y cada vez que trataba de coger la pelota, le animaba: "Buen trabajo"; "¡Qué lanzamiento!"; "Buen intento." De repente, me tiró la pelota enfadado y gritó: "No quiero jugar más contigo. Eres un mentiroso. Lanzo muy mal, no soy tan bueno y tú eres un mentiroso."

Por supuesto, tenía razón. Y yo estaba equivocado. Recibí otra valiosa lección en la escuela.

No hay cursos en Sudbury Valley. Los estudiantes deciden por sí mismos cómo medir sus progresos. La mayoría, aplica severos patrones a su propio trabajo, comparándolo con los mejores modelos que pueden encontrar en el mundo exterior.

Los estudiantes de matemáticas saben cuando han dominado la multiplicación y la división o cualquier otra operación; ya sea que resuelvan los problemas o no. Un chico que está aprendiendo mecánica del automóvil se percató con rapidez de que puede arreglar una cosa, pero no otra. Cuantas más cosas puede arreglar, mejor mecánico es; pero no necesita ayuda externa que le diga lo que aún no puede hacer.

Y eso vale para cualquier actividad. El ceramista ha visto piezas profesionales; el actor, obras de teatro; el músico, escuchado grabaciones o conciertos. Cada uno de ellos tiene la medida de la excelencia en su mente, cada uno de ellos establece sus propias metas sin ilusiones.

Con frecuencia, el proceso de autoevaluación con relación a la perfección es dolorosamente frustrante. Días y semanas

de trabajo tirados por la ventana cuando sus creadores afrontan sus insuficiencias. "¿Por qué estás rompiendo ese dibujo tan bonito?" he preguntado a más de un estudiante. "Porque es feo," es la respuesta inevitable.

La frustración puede conducir a la rabia, a espantosos malos modos, al autocastigo. A nadie le resulta útil escuchar: "Pero eres muy bueno haciendo esto," cuando en realidad lo que queremos decir es: "Eres bueno para tu edad y tu nivel de destreza." No consuela. Los niños han decidido, antes de empezar, qué excelencia quieren alcanzar, y tus palabras suenan huecas y falsas.

A veces, la frustración producida por una brutal autoevaluación lleva a los chicos a abandonar la empresa. La mayor parte del tiempo, los chicos vuelven a intentarlo otra vez y otra y otra, con una determinación tan terca que produce admiración, hasta que al final se dirigen a ti y te dicen: "Este es un buen trabajo."

Ocasionalmente, los chicos buscan una crítica exterior que les ayude a perfeccionar su trabajo. Buscan un crítico y demandan honestidad y competencia. Es lo que sucede en todo programa de aprendizaje: el aprendiz solicita del maestro entrenamiento y una crítica constructiva.

Todo depende del niño y de la materia. Muchas personas se me han acercado y me preguntan: "¿Puedes supervisar mi escritura y ayudarme a mejorarla?" Los chicos que me preguntan esto saben leer y escribir; pero no son capaces de acertar con sus errores.

Cuando me preguntan, estoy encantado de complacerles. Y les dejo ir cuando me dicen que ya es suficiente, que ya tienen lo que buscaban. Todos los miembros del equipo actúan de esta manera. Es parte de la esencia de la escuela.

En el centro de Sudbury Valley está la política de que nosotros no valoramos a las personas. No los comparamos con otros ni con ningún patrón que hayamos establecido. Para no-

sotros, una actividad tal es una violación del derecho de los estudiantes a la privacidad y a la autodeterminación. La escuela no es un juez. Si un estudiante pide a alguien que escriba una carta de recomendación en su nombre, es una cuestión personal entre ambas personas. Si la persona accede a escribir la carta, es un escrito personal, no de la escuela. En lo que a Sudbury Valley School concierne, todo el mundo está bien.

Esta política solía crear divertidos problemas y, todavía ahora, a veces. Pasa el tiempo y de nuevo nos solicitan impresos estandarizados de inscripción para escuelas superiores y trabajos, nos solicitan expedientes y recomendaciones de la escuela secundaria. Nosotros escribimos una educada carta en la que explicamos cómo funcionamos y cuál es nuestra política. Tratamos de explicar tan suavemente como nos es posible que no tenemos cursos y no emitimos evaluaciones. Nueve de cada diez veces, esta política es aceptada y los estudiantes son colocados donde, adecuadamente, deben estar: confrontándose por sí mismos al responsable de selección o a los directores de personal de las instituciones a las que se están dirigiendo.

La décima vez es la que hace que la vida sea interesante. Algunas veces nos envían solicitudes computerizadas, ignorando una respuesta que no encaja en su programa. Cuando sucede esto, la persistencia es la clave: lo seguimos intentando hasta que topamos con un ser humano que pueda tomar decisiones. Otras veces recibimos una llamada de alguien que dice: "¿No puede darnos algo, quizá una evaluación oral por teléfono que nadie pueda ver?" Pacientemente, le explicamos que no podemos.

Por lo que sabemos, nuestra política sobre las evaluaciones no ha causado daño a ninguno de nuestros estudiantes cuando han salido de la escuela a la vida. Esta política hace las cosas un poquito más difíciles para ellos, seguro. Pero de esa clase de dureza es de la que trata la escuela: aprender a hacer tu propio camino, establecer tus propios patrones de medida, encontrar tus propias metas. Y lo que ganamos en la escuela,

como un añadido a nuestra política de no establecer cursos ni emitir notas, es una atmósfera sin competencia entre los estudiantes o batallas por la aprobación de los adultos. En Sudbury Valley, la gente ayuda a otros todo el tiempo. No tienen ninguna razón para no hacerlo.

21 El pararrayos

Mark Twain cuenta una maravillosa historia sobre un vendedor de pararrayos, que trataba de convencer a un cliente de que debía comprar un gran número de pararrayos para proteger cada rincón de su casa en caso de tormenta. Con la primera tormenta que sobreviene, el cliente queda prisionero en su casa: los pararrayos han atraído hacia ellos toda la electricidad del cielo en millas a la redonda y la casa queda cubierta por una continua cortina de electricidad.

Esta cruel y divertida fábula comenzó a ser una aterradora realidad para nosotros cuando abrimos por primera vez nuestra escuela. Sudbury Valley resultó ser un gigantesco pararrayos en los tormentosos cielos de la educación de finales de los sesenta.

Era un tiempo de agitación en la sociedad americana. Una serie de conflictos políticos de primer orden habían dejado al país dividido, crispado y violento. Las escuelas no eran la excepción.

En todos los sitios, surgían nuevas escuelas, fundadas por profesores descontentos o padres activistas o facciones políticas u, ocasionalmente, por antiguos estudiantes rebeldes. Muchas fueron etiquetadas como "escuelas libres." Tras un tiempo, todas cayeron bajo la denominación de "escuelas alternativas," que todavía se utiliza para describir cualquier escuela que se sale de la corriente principal.

Sudbury Valley no se formó en la misma fragua que estas otras escuelas. Nosotros habíamos formulado nuestra filosofía y nuestras metas en contraste con el amplio trasfondo de la historia, de la teoría del aprendizaje y de la particular experiencia americana.

Un capricho del destino nos sorprendió preparados para abrir en el turbulento año de 1968. Otro capricho del destino nos sorprendió siendo la única escuela alternativa del área este del estado de Massachusetts abierta a los adolescentes, la única entre un pequeño puñado de escuelas para niños más jóvenes.

Para mucha gente, no había tiempo para distinciones. Éramos el pararrayos "alternativo." Desde todos los lugares, multitud de personas vinieron a matricular a sus hijos, apenas escuchando lo que decíamos sobre nuestro programa. El resultado fue un desastre predecible. Sucedió que la mayoría de ellos estaban buscando en realidad diferentes escuelas progresistas. Querían un lugar que ofreciera una intensa orientación, consejo e intervención para sus hijos. Eso era difícilmente compatible con lo que nosotros estábamos haciendo.

Durante un tiempo esperaron. Igual que los estudiantes. Estaban convencidos de que la libertad de elección que nosotros ofrecíamos era un truco. Una forma de seducir a los niños para que se sintieran cómodos, para que se sintieran libres. Estaban seguros de que después de una pocas semanas sin dirección, el equipo abandonaría la actitud de pasividad, apoyarían sus brazos cálidamente sobre los hombros de los chicos y les dirían gentilmente: "De acuerdo, Johnny, has tenido semanas para jugar y perder el tiempo, ¿no crees que es tiempo de sentarte y hacer algo productivo? ¿No te gustaría que te ayudáramos?"

Pero ese día nunca llegó. La mitad de los padres encendieron la escuela con el mismo rencor que estaba enfureciendo la vida política. Después de un mes de iniciada la batalla, la escuela quedó diezmada. Nosotros continuamos con nuestro trabajo.

La batalla sobre la escuela, peleada en su nacimiento, dismanteló efectivamente los pararrayos. La gente desde entonces vino a nosotros por lo que éramos. La mayoría. No nos confundían con lo que no éramos.

Un amigo dijo una vez: "Conozco la diferencia precisa entre vosotros y las escuelas "libres" progresistas."



“¿Cuál es?” le pregunté, escéptico de que pudiera resumirse en una sola frase.

“En vuestra escuela, se supone que uno hace lo que le gusta; en las otras, se supone que a uno le gusta lo que hace.”

Eso lo explica muy bien.

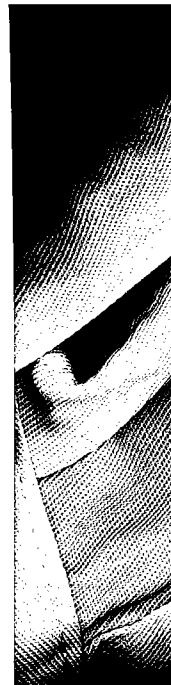
Nunca hemos visto que fuera parte de nuestra misión entretener a los estudiantes, inspirarlos, seducirlos para que aprendan lo que “deben” aprender. Nunca hemos colocado la alegría y la felicidad en la cima de nuestra lista de prioridades. Para nosotros, en Sudbury Valley, la exposición a la realidad es lo más importante. Para aprender y crecer, las luchas cotidianas, desilusiones, frustraciones y fracasos son tan esenciales – incluso más esenciales – que la felicidad y la satisfacción que otros buscan.

Estas cuestiones ya no están en cuestión, desde hace años. Por doquier vemos cómo los niños se benefician de que les dejemos elegir su manera de vivir.

Ahora somos otra clase de pararrayos; o quizá, mejor, un faro de luz que atrae a aquellos de tantos lugares que desean que sus hijos disfruten de la libertad que les ofrecemos.

Segunda Parte

La vida en la escuela



22 La Asamblea Escolar

Todos los jueves al filo de la una de la tarde, el presidente convoca la Asamblea Escolar. Otra sesión va a comenzar.

La Asamblea es el corazón de la escuela. Es quien gestiona Sudbury Valley. Toda autoridad en la vida cotidiana de la escuela emana de ella y sólo de ella. Las cuestiones importantes y las nimias se debaten en la Asamblea. Algunos de los asuntos más trascendentales de la vida de la escuela se han resuelto allí.

El sistema judicial se gestó en 1968 en asambleas consecutivas que duraban más de seis horas. Once años después, varios debates nos llevaron a reestructurarlo y seis años después hicimos otro cambio. Horas y horas de pensamiento y discusión dedicamos a estos asuntos.

Las decisiones más duras en respuesta a las ofensas se han decidido allí. Todas las cuestiones judiciales se revisan allí.

Las reglas de la escuela son propuestas a la Asamblea Escolar y aprobadas por ella. Están recogidas en el Libro de Leyes.

Algunas extrañas reglas se cuelan en el código de vez en cuando. Ya temprano, la gente tiraba papeles y basura por todo el campus y luchamos para lograr una forma de mantenerlo limpio. Como el debate continuaba, estaba claro que a algunas personas les importaba mucho más la cuestión que a otras. No había forma obvia de forzar a los que ensuciaban de que cedieran a los gustos estéticos de quienes protestaban. Jack propuso una solución: "Deja que los que ensucian, ensucien y que

los que limpian, limpien.” Laissez-faire llevado al límite. Una asamblea exhausta adoptó ese aforismo y la regla permaneció en los libros hasta que los que ensuciaban cedieron.

Las Corporaciones Escolares se constituyen en la Asamblea Escolar. Los contratos del Equipo se negocian con ella. Los gastos especiales se otorgan allí. Las concesiones privadas se otorgan o revocan en el debate asambleario.

Nunca sabes que pasará de repente en un debate interminable. Algunas cuestiones transcendentales se aprueban en quince minutos. Y otras cuestiones que podría pensarse que son triviales se llevan horas de atención a la Asamblea.

Cuando Dennis quería establecer una concesión para vender portaminas a 10 centavos la unidad (la escuela suele obtener un 10% de los beneficios, por supuesto), el debate de repente estalló. La escuela ya tenía un dispensador de lápices por 25 centavos la unidad y teníamos un proveedor de lápices de cinco años. ¿Cómo podía la Asamblea Escolar otorgar una concesión que compitiera consigo misma?

Se invocaron los más grandes principios. Libertad de comercio, proteccionismo, la historia completa de los suministradores de lápices de la escuela, Todo se revisó minuciosamente antes de que el asunto se resolviera. Nadie podría haber imaginado a priori que esa cuestión nos supondría tanto debate.

Todos los estudiantes, independientemente de la edad, tienen un voto en la Asamblea. Igual que todos los miembros del Equipo. Puesto que los estudiantes son muchos más que los miembros del Equipo, en una proporción de siete a uno o más, tienen el control efectivo de la escuela.

Cuando establecimos la escuela, tuvimos problemas para encajar la Asamblea Escolar en el marco legal. Según las leyes de Massachussets, los menores no pueden tener el mismo poder que los adultos. Aún recuerdo a nuestros abogados, dos hombres comprometidos, cálidos y distinguidos, con un largo

historial de servicio público, paseándose de un extremo a otro, murmurando: “¿Vais a dar a un chico de cuatro años o a uno de ocho o a uno de doce un voto en los mismos asuntos que a los adultos?” No tenía sentido para ellos. Pero sus mentes creativas desarrollaron una forma de hacerlo.

Todo el mundo tiene voto, si viene. La asistencia es opcional. No hay delegación de voto. De modo que lo que ocurre en la escuela es lo que ocurre en cualquier democracia libre: cuando un asunto es importante para alguien, esa persona acude. En otro caso, normalmente no se preocupan.

Después de un tiempo, ya te imaginas la agenda viendo quién está allí. Cuando una panda de atléticos jóvenes acude en bloque, puedes apostar seguro que se va a solicitar un gasto extraordinario para comprar nuevo material deportivo. Cuando tres estudiantes de doce años aparecen inesperadamente, se va a ventilar una concesión. También están los asiduos de todas las edades, por supuesto, a los que les gusta estar metidos en la gestión de la escuela, como en cualquier otra ciudad.

Pero no es necesario mirar quién acude a la Asamblea para conocer el orden del día porque se anuncia con antelación todas las semanas. El Orden del Día de la Asamblea Escolar es una práctica que comenzó justo después de abrir la escuela. Así, todo el mundo sabe con antelación qué hay cada semana.

La Asamblea Escolar opera bajo reglas de procedimiento formales. El presidente se sabe las reglas y los parlamentarios aficionados en la Asamblea ayudan en lo que pueden. La gente sólo habla cuando la Presidencia le concede el turno; y se dirigen a la presidencia; hay total silencio y decoro (excepto cuando no lo hay y el Presidente tiene que intervenir.) Virtualmente todas las decisiones se toman por mayoría simple de votos. Todas las propuestas importantes llevadas a la Asamblea necesitan, al menos, dos debates en sendas asambleas consecutivas, para dar tiempo a la gente a reflexionar.

Después de los primeros años, el Presidente casi siempre ha sido un estudiante; elegido por un periodo de un año en la



primera Asamblea del curso escolar.

La Asamblea Escolar funciona con fluidez y gestiona un asombroso número de asuntos en poco tiempo. Las Asambleas rara vez duran más de dos horas, que no es mucho tiempo a la semana para gestionar la escuela. Al principio, cuando abrimos, fuimos fuertemente atacados por la estricta formalidad de las asambleas. "Deberían ser más cálidos, más informales, ofrecer más oportunidades para desahogar sentimientos." Algunas personas se sentían ofendidas por la regla de la mayoría; pensaban que todo debía aprobarse por consenso; después de una sincera confrontación dedicada a mutua comprensión.

Sudbury Valley nunca se ha arrepentido de su elección de estar del lado de los procedimientos democráticos que se remontan a los tiempos de la antigua Grecia. La democracia en acción nos funciona bien aquí y estamos orgullosos de ello.

23 Riesgos

La primera vez que un estudiante de doce años se subió al haya, nuestros corazones se detuvieron. Allí estaba, llamándonos con orgullo desde más de veinte metros de altura, casi invisible entre el follaje. Y allí abajo estábamos nosotros, por nuestras mentes pasaban imágenes de desastre.

Con el haya comenzó la primera de muchas largas conversaciones sobre los riesgos en el campus. Cuanto más pensábamos en ello, más riesgos descubríamos. Y los que a nosotros nos pasaban desapercibidos, los encontraban los chicos.

Cada estudiante es libre de ir allá donde le plazca, cuando lo desee. El nuestro es un campus abierto. Nuestro destino es preocuparnos.

Al principio, éramos novatos e inocentes. "Tenemos un campus abierto," decíamos totalmente conscientes de que eso significaba que los estudiantes podían salir del campus en cualquier momento. ¡Cómo odiábamos el confinamiento carcelario de la escuela cuando éramos jóvenes! La escuela y la cárcel no tienen nada en común en lo que a nosotros respecta. En Sudbury Valley, abrimos las puertas y tiramos las llaves.

Estuvimos contentos, durante unos pocos meses. Entonces, un día, nos encontramos con una pareja de ocho años bajando tranquilamente por la carretera hacia la pizzería que hay a kilómetro y medio en la esquina de Nobscot. ¡Estudiantes de ocho años en la carretera! Nos paralizó el miedo.

Llevó unos años que la policía se acostumbrara. Recibíamos llamadas de la policía de forma rutinaria informándonos de que habían descubiertos nuestros "fugados."

Luego vinieron "las rocas," ese precioso rincón del campus cubierto por la Naturaleza de grandes cantos rodados. Qué bonitos nos parecían hasta que los estudiantes de cinco y seis años decidieron ir allá a escalarlos. ¡Qué amenazadores nos parecieron de repente! El riachuelo fue lo siguiente en llamarnos la atención. Pequeño y poco profundo, serpenteaba a lo largo de los lindes de nuestra propiedad, desde la base del molino de la presa. El riachuelo del cebo le llaman, un típico riachuelo de campo, bello y seductor.

No teníamos ni idea de cuántas maneras esta inocente corriente de agua podía resultar amenazadora. Las piedras que se asentaban en su lecho eran resbaladizas e inestables. Había pequeñas pozas ocultas aquí y allá, algunas de hasta más de sesenta centímetros de profundidad, donde un estudiante de cuatro años podría hundirse hasta el cuello.



De hecho, no nos llevó mucho tiempo darnos cuenta de que, viéndolo desde la perspectiva adecuada, cualquier cosa del entorno podría resultar peligrosa. Árboles, rocas, porches, carreteras, ríos. Incluso nuestro aparentemente precioso cé-

ped tenía agujeros realizados por los topos que esperaban a alguien descuidado para torcerle los tobillos.

Sabíamos cómo sentíamos acerca de esos riesgos, pero teníamos que recordárnoslo de vez en cuando. Una idea central para la escuela es que los estudiantes sólo pueden aprender a juzgar situaciones encarando problemas de la vida real. Sentíamos que la única forma de que los estudiantes comenzaran a ser personas responsables era *siendo* responsables de su propio bienestar, de su propia educación, de su propio destino.

Como cualquier otro alto principio, éste fue puesto a prueba rápidamente por los riesgos que entrañaba el campus.

Hemos hablado de estos asuntos horas y horas, a pesar de que sabemos que tenemos que mantener nuestros principios. Principalmente, es una cuestión de la gente mayor de la escuela cogiendo la mano del otro para su comodidad.

Cuando se presentan, los peligros cotidianos son desafíos para los estudiantes, para ser vencidos con paciente determinación, concentración y, por encima de todo, cuidado. Las personas, por naturaleza, cuidan de su propio bienestar, no son autodestructivas. El peligro real descansa en tejer una red de restricciones alrededor de las personas. Las restricciones se convierten en desafíos y romperlas se convierte en una prioridad tal que incluso la seguridad personal puede ser ignorada.

De modo que dejamos que las cosas siguieran su curso. Hemos tenido nuestra cuota parte de cortaduras y cardenales. Algunas las lavamos, les ponemos una tirita y los estudiantes vuelven por donde vinieron para intentarlo de nuevo. Algunas de ellas ni las vemos. Son cicatrices rutinarias de la vida cotidiana y los chicos están demasiado ocupados como para prestarles atención. El accidente más serio que hemos tenido fue cuando un estudiante de ocho años bajó por el tobogán de una forma inadecuada y se dio un fuerte golpe en el hombro.

Trazamos una línea, una línea invisible, donde la comunidad y las leyes también la han puesto: en la orilla del lago. Todo el mundo considera las masas de agua como peligros

públicos. Los peligros que suponen normalmente están ocultos y difícilmente suele haber una segunda oportunidad para aprender de los errores. Es una cuestión práctica, ni el sentido común -ni nuestro seguro-, tolerarían libre acceso al lago.

De modo que la Asamblea Escolar aprobó una estricta regla prohibiendo a todo el mundo entrar al lago, incluso para mojarse los pies, excepto bajo condiciones controladas. Lo mismo se aprobó para entrar en el invierno, cuando está cubierto de hielo.

La cuestión se publicó, se debatió y se acordó por unanimidad. Las restricciones al lago nunca han sido cuestionadas ni en la Asamblea Escolar ni en la práctica. A lo largo de los años, sólo un puñado de estudiantes pequeños han sido citados por mojarse los pies. Nadie ha entrado en el agua ni en el hielo cuando no estaba permitido.

No hay valla alrededor del lago.

El haya todavía atrae todos los años a nuevas generaciones de estudiantes. Todos los años, un nuevo grupo conquista la cima y pasa el secreto de su éxito a los que vienen detrás.

En la pizzería de Nobscot, como si fueran de la policía, se han acostumbrado a avisarnos cuando aparecen nuestros jóvenes. Los vecinos han crecido con los paseantes de toda edad deambulando por ahí.

Relacionarse con los riesgos cotidianos es una parte importante de lo que los estudiantes aprenden aquí. En Sudbury Valley, viven en el mundo real, sin confinamientos.

24 El Sistema de Honor

El lago no es la única parte de la escuela que funciona bajo el sistema de honor. Toda la escuela lo hace.

Tomemos, por ejemplo, las llaves. En Sudbury Valley somos alérgicos a las cerraduras. Hay una tradición que se remonta a los primeros días de que no queremos cerraduras en ninguna parte de la escuela.

Todo el mundo tiene su taquilla para guardar sus cosas personales en la escuela. Las taquillas son como nidos privados, en los que se esconden todo tipo de tesoros. Las taquillas sólo pueden usarlas sus propietarios. No tienen llaves.

Es raro que algo se pierda en una taquilla. A veces, alguien es sorprendido escudriñando la taquilla de otra persona y entonces se le lleva ante la justicia.

El respeto por la privacidad de los cajoncitos nos ha conducido a algunos divertidos dilemas. Hay una regla que dice que no se puede meter comida perecedera en las taquillas. Sucedió que nuestras narices nos decían sin posibilidad de error que esta regla estaba siendo ignorada. Una vez esto sucedió cuando el propietario estaba fuera.

¿Qué hacer? Comenzó una gran discusión moral. ¿Debíamos abrir la taquilla y sacar la comida? La discusión duró días, hasta que nuestras narices y el temor a los ratones resolvieron el asunto. Abrimos la taquilla y sacamos los comestibles clandestinos.

El sistema de honor está tan arraigado que nadie piensa sobre ello. Monederos, carteras, objetos de valor se dejan normalmente en cualquier lugar. Rara vez alguien los toca.



Cuando alguien rompe el código, la reacción es veloz. Y la persona se encuentra con que ese comportamiento es universalmente condenado.

El sentimiento de confianza y respeto es más profundo de lo que cualquiera de nosotros jamás hubiera soñado y todas las personas responden por él. Un chico al que se le pilla en un robo ocasional, adolescentes que son conocidos por romper una regla o dos, defienden el sistema de honor ferozmente. Una vez tuvimos a un estudiante de diecisiete años de quien sabíamos que se había dedicado un tiempo a robar coches. Lo que sucedió fue que en la escuela nadie era más digno de confianza.

Pero el corazón del sistema de honor es la idea de certificación, que subyace a cientos de actividades.

La escuela está llena de herramientas y equipos que requieren un entrenamiento especial. En el cuarto de revelado, en la oficina, en la sala de ordenadores, en la cocina, en el taller, en la sala de arte y artesanías, por todos lados. La Asamblea Escolar tiene una regla bien simple para todos: cualquiera puede utilizar el equipo si ha aprendido cómo hacerlo. Una vez que saben, están "certificados" para el objeto en cuestión y pueden usarlo a voluntad.

Los expertos son quienes otorgan la certificación y también certifican a otros expertos. La lista de personas certificadas se cuelga en público para que todos la puedan ver. Este sistema se aplica incluso a las herramientas más peligrosas. Cuanto mayor es el peligro, más complejo es el proceso de certificación, pero es el mismo para todos, independientemente de la edad.

Esto significa que alguien muy joven puede acabar utilizando equipos muy sofisticados. Como un estudiante de once años sólo en el cuarto de revelado o una de doce años en el taller o uno de nueve en la cocina. Nadie es más cuidadoso que estos jovencitos, inclinados a probar que se pueden equiparar a los adultos en sus propios juegos. Y puesto que todo

está abierto a la certificación, nadie tiene que entrar a hurtadillas y utilizar una tentadora "fruta prohibida."

A veces, estamos en una auténtica obligación.

Cuando compramos nuestro ordenador, nos parecía terriblemente vulnerable. Y no pudimos mantenernos firmes, nos sentíamos indefensos, preocupados por si lo robaban en mitad de la noche. Parecía que no podría evitarse y lo guardaríamos bajo llave en un armario por la noche. ¡Una cerradura en la escuela!

Las discusiones habrían encendido el corazón de cualquier experto en el arcano. La escuela estaba cerrada toda la noche ¿no? Las cerraduras en la entrada de la escuela no eran cerraduras *en* la escuela, sino cerraduras contra el mundo exterior con quienes no teníamos acuerdos. La cerradura del armario del ordenador tampoco era realmente una cerradura *en* la escuela: así parecía. En realidad, era una cerradura interior dirigida a personas de fuera.

Instalamos nuestra cerradura. Todo el mundo se encogió de miedo cuando se aprobó. Dentro de la escuela, cualquier persona certificada tenía acceso a la llave.

Pocos meses después, nadie pudo sostenerlo por más tiempo. Por abrumadora mayoría, la Asamblea Escolar destinó unos cientos de dólares de sus preciados fondos para comprar un sistema de seguridad que anclara firmemente el ordenador a la mesa de trabajo.

Con gran regocijo, quitamos la cerradura.

A lo largo de los años, ha habido muy pocos robos, muy poco vandalismo, muy pocas faltas de respeto. Nuestro centenario edificio, que podría haber sido destrozado fácilmente después de años de abuso, está mejor hoy que cuando abrimos por primera vez.

Y el sistema de honor universal ayuda a mantener una atmósfera de confianza y dignidad personal que penetra en la escuela.

25 La escena deportiva

Es un soleado día de septiembre. El edificio de la escuela está repleto.

Miro fuera a través de los grandes ventanales de la habitación de costura. Todo el mundo está reunido en el césped, donde un gran grupo juega al pañuelo. Entre grandes risas y algarabía, los chicos corren arriba y abajo a lo largo de la pradera.

Una hora más tarde el juego ha terminado. Poco a poco, los jugadores regresan lentamente hacia el edificio sedientos, hambrientos y alegres.

El punto culminante del juego es revivido en animada conversación. Nadie parece haber perdido. Parece un juego en el que los dos equipos han ganado.

La escena se repite a lo largo de todo el año. Desde el principio del otoño pasando por el invierno, la primavera y el inicio del verano: fútbol americano, fútbol, trineos, hockey sobre hielo, baloncesto y béisbol se suceden ocupando las praderas. Cuando no hay material, como porterías, se improvisan sustitutos a toda carrera.

Independientemente del nombre del juego, la regla básica siempre es la misma: todo el que quiere, juega. Independientemente de la edad o de la destreza o del número de jugadores.

Un equipo de béisbol puede terminar teniendo cinco jugadores; o quince. Puede haber un crío de seis años al lado de otro de dieciseis. Chicos y chicas son elegidos indistintamente.

Si se mira con atención, pueden verse algunas escenas extraordinarias.

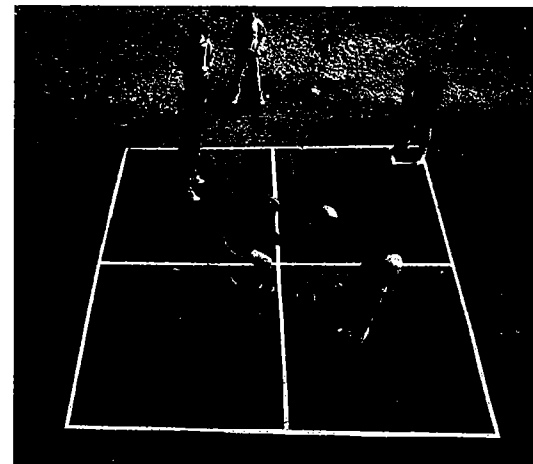
Un torpe jugador de ocho años va a batear. Hay jugadores en las bases. Sus compañeros de equipo están apiñados alrededor del lugar donde se encuentra el bateador, animándole a gritos. Él, balancea el bate. La pelota recorre el campo entre el lanzador y la tercera base. Levanta el bate, golpea la pelota, un buen golpe a la primera. Gran alegría.

El siguiente bateador es la estrella del equipo, un enorme chico de dieciocho años. Golpea la pelota, que hace un largo recorrido hacia las concurridas afueras del campo. A la derecha, uno de doce años espera la pelota para atraparla y bajarla. Silencio total. Se anotan dos carreras.

El juego continúa, turno tras turno. Los jugadores batean, se eliminan, cometen errores, hacen brillantes hazañas. Difícilmente puedes distinguirlos por su conducta. ¿El resultado? Sólo una pareja está anotando. Es algo así como 10-1.

Después de una hora y media, termina el juego por común y general acuerdo. Nadie está deprimido. No hay recriminaciones.

Entonces, repentinamente, surge la gran verdad: la gente ha estado *pasándolo bien*. Han estado disfrutando del juego.



Y lo disfrutaban todos: chicos y chicas, grandes y pequeños, viejos y jóvenes, buenos y malos.

Hay una atmósfera de intensa emoción, de bulliciosa actividad, de vida. Siempre, siempre, hay risas.

No sólo en el béisbol, por supuesto. En todos los deportes competitivos. Las metas parecen ser la actividad física, estar al aire libre y pasar un buen rato.

Un día de otoño, Mimsy, uno de los miembros fundadores del equipo de adultos, se dio cuenta de que el fútbol americano se estaba jugando desde hacía quince años sin equipo protector de ninguna clase. Se sintió sobresaltada e inquieta. Parecía una tremenda irresponsabilidad. Todos los años los periódicos se llenaban de historias sobre las enormes heridas que se hacían los jugadores de fútbol americano en secundaria. Algunas escuelas públicas incluso habían prohibido este deporte.

Mimsy anotó una propuesta en el orden del día de la Asamblea Escolar solicitando prohibir el fútbol americano en la escuela.

Fue una de las asambleas con mayor concurrencia en la historia de la escuela. El debate fue serio y detallado. La mayoría de las intervenciones fueron de la gente que en ese momento jugaba al fútbol americano. Poco a poco, lo que en realidad sucedía en el campo de juego se aclaró para todos nosotros.

“Nunca ha habido una herida en Sudbury Valley en los deportes de contacto,” dijo un fornido adolescente, “porque tenemos cuidado de no herir a nadie. Es parte del juego. Somos conscientes de ello todo el tiempo. Simplemente, no se hace.”

“Un partido de fútbol americano,” dijo otro, “es menos peligroso que caminar por la carretera hacia el parque estatal.”

Los más pequeños estaban de acuerdo, sin excepción: ninguno de ellos había sido golpeado jamás.

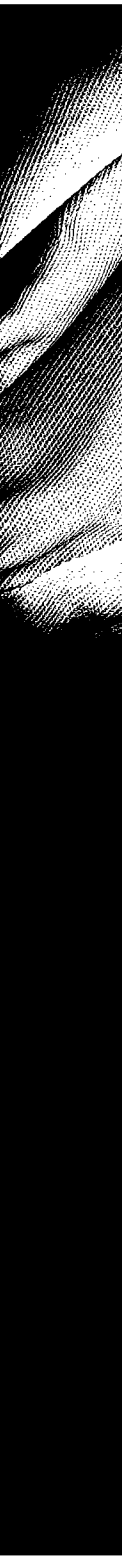
La propuesta se debatió dos veces como cualquier otra propuesta importante. Y se rechazó por abrumadora mayoría. No

estoy seguro si ni siquiera Mimsy la apoyó cuando finalmente llegó el momento de la votación.

Al día siguiente, observé un partido de fútbol americano con detalle, con más detalle del que nunca lo había hecho. Seis gigantescos adolescentes y pequeños jovencitos jugaban juntos en una transformada zona de aparcamiento asfaltada. El baloncesto puede ser un deporte físico. Este partido lo era, pero en el sentido típico de la escuela.

Los grandes golpeaban a los grandes, pero nunca parecían tocar a los pequeños. Los pequeños golpeaban a los pequeños y hacían todo lo posible para controlar a los grandes; como mosquitos alrededor de un elefante. Nadie espantaba a los mosquitos. Nunca.

En los deportes de Sudbury Valley, el juego es lo que importa. Y todos salen vencedores.



26

Acampada

El fantástico entorno exterior siempre ha sido en la escuela tan importante -al menos- como los espacios interiores. Incluso un visitante casual puede verlo reflejado en las caras de los chicos, en sus cuerpos, en sus movimientos, en su libertad física.

Un día de otoño, hace muchos años, algunos de nosotros pensó: "¿Por qué no dar el siguiente paso? ¿Por qué no organizar una acampada a las White Mountains en New Hampshire, donde podemos estar todo el día al aire libre?" Colgamos un anuncio en el tablón. Se pedía a los interesados que se anotaran.

Rápidamente, se formó una lista de treinta niños. Tomamos prestadas un puñado de grandes tiendas de campaña, organizamos una flota con coches de miembros del equipo y preparamos el viaje. Todo el mundo se hizo con la lista de lo que había que llevar. Se calculó el coste por persona para los gastos colectivos.

El 10 de octubre, nos pusimos en marcha hacia el Parque Estatal de Franconia. La moral estaba alta. Cuando llegamos, encontramos la zona de acampada medio vacía. Acampar entre semana en octubre no es muy habitual.

Acampamos y subimos a la cima de una pequeña montaña. La vista era estimulante. De vuelta abajo, encendimos el fuego, hicimos la cena, contamos historias de fantasmas y, al final, nos fuimos a dormir, cansados y felices.

Esa noche, nevó. Y nevó. Y nevó. La tormenta era un chubasco local, que asoló unas pocas áreas de montaña. Nosotros estábamos en una de ellas.

A las tres de la madrugada, con una alfombra de más de diez centímetros de nieve, una de las tiendas se derrumbó sobre sus ocupantes. Gran conmoción. Nos llevó una hora volver a colocar y reinstalarlo todo. Estábamos congelados de frío.

A la mañana siguiente, el desastrado grupo se amontonó en el edificio principal del camping descongelándose junto al fuego. El desayuno estaba frío. Todo el mundo estaba mojado y congelado.

Interrumpimos la acampada rápidamente y a toda máquina regresamos a casa.

Pasaron 10 años hasta que intentamos otra acampada en otoño, con suma indecisión, a Mount Monadnock -más cerca, más fácil para regresar a casa, y sólo por una noche.

Con este inicio tan inhóspito, ¿se desanimaron los campistas? ¡Ni mucho menos! Todo se reducía a una mera cuestión de estación. Esa primavera, la agitación comenzó pronto para una nueva acampada, esta vez de cuatro días. Parecía que la memoria de todos sobre Franconia había comenzado a teñirse de rosa. "Fue una gran aventura," decían los chicos a un indeciso adulto.

De modo que planeamos otro viaje -al final de junio, hacia el sur, a Cape Code. Nuestro objetivo era el Nickerson State Park. No nieva allí en junio, nunca.

El viaje fue un gran éxito. Nadamos en el lago, caminamos por los bosques, fuimos a las playas del océano, visitamos las dunas, recorrimos Provincetown.

Se estableció una nueva tradición en la escuela. Todos los meses de junio pasamos una semana en Cape Code. Quiquiera venir, que venga, si puede manejarse lejos de casa en tiendas de campaña y cuidar de sí mismo. Vamos llueva o haga sol, porque a nadie parece importarle si llueve. Simplemente te mojas un poquito antes y no hay peligro de quemaduras solares.

Al poco, se estableció un Grupo de Acampadas y Viajes, para organizar acampadas e inventar otras salidas. Por supues-

to, tenía que haber discusiones. Especialmente sobre las acampadas.

Todo comenzó después de la primera acampada a Cape Code. “¿A eso llamas acampar?” preguntó Marge, escandalizada. Eso es como vivir en un hotel turístico de lujo. Podríamos haber ido a Miami Beach. Playas, recorridos turísticos, elaboradas comidas calientes, sentarse a descansar. ¿Qué hay de “acampar” en todo eso?”

Bueno, resultó que la mayoría no había querido “acampar”, en realidad, en el primer sitio. Lo que la gente tenía en mente era una suerte de agradables vacaciones al aire libre.

Los puristas se encolerizaron y ofendieron. Pero, en cualquier caso, decidieron venir al año siguiente de todas formas. Sólo por si pudiera ser divertido. El viaje permaneció sin cambios.

Permaneció sin cambios y se multiplicó. Después de recuperarnos de Franconia, se añadió una versión otoñal, a Monadnock, para comenzar el curso con el pie derecho. Y, unos años después, llegó una semana de invierno de esquí en Killington, Vermont. En ése, sin tiendas. Pero sí en sacos de dormir.

Los puristas tuvieron su día también. Se juntaron y organizaron viajes en temporada cálida a las montañas con mochilas y salidas de esquí de fondo al final de invierno. Pequeños viajes, para el pequeño grupo de recios montañeros. Los viajes fueron infrecuentes. Pero fueron cuando quisieron, cuando pudieron organizarse.

No le llevó mucho tiempo a Marge reconciliarse con los viajes habituales. Al fin y al cabo, todo el mundo estaba al aire libre y eso era algo valioso. Y la gente lo pasaba en grande y aprendió a atender a sus necesidades básicas.

Mucho después, modificó su perspectiva. “¿Por qué no ofrecemos una estancia nocturna en tiendas de campaña en el

terreno de la escuela para los más pequeños, dado que no pueden salir una semana porque son demasiado pequeños?” propuso. Fue una idea inspirada. Los pequeños se apuntaron en masa.

De modo que cada año, al principio de junio, hay una acampada de una noche para los que son demasiado jóvenes como para ir a Cape Code. Pronto, los niños se acostumbraron a acampar al estilo Sudbury Valley. Mucho después, ya eran suficientemente mayores como para salir con los otros.

Y a Marge no le importó más. Ella comprendió, por lo menos, que ayudaba a aumentar la probabilidad de que quizá algunos de los más pequeños comenzarán a ser verdaderos montañistas en los años venideros.

Comités 27 Responsables

La esencia de la gestión cotidiana de la escuela está delegada por la Asamblea Escolar a las personas denominadas Responsables y ocasionalmente a un Comité. Estas personas son elegidas todos los años cuando comienza el curso en el otoño.

Lo último que nosotros queríamos era una arraigada burocracia, creciendo incesantemente hasta engullir todo lo que está a la vista. De modo que lo hicimos al estilo Sudbury Valley. Cuando surgen tareas rutinarias que resultan necesarias, la Asamblea Escolar las define, realiza una descripción del trabajo y elige a alguien que lo haga. Ninguna responsabilidad es permanente, pero alguno de nosotros, estudiante o adulto, tomará el relevo durante un año.

¿Es necesario que se escuchen los mensajes telefónicos? ¿Gestionar el correo? ¿Proporcionar el material? ¿Mantener en orden los archivos? Creamos un Responsable de Oficina para hacer el trabajo. ¿Es necesario mantener el edificio? Tenemos un Responsable del Mantenimiento de las construcciones que supervisa los edificios; un Responsable de Terrenos para los terrenos.

Para trabajos mayores, donde se necesitan muchas manos y muchas opiniones, tenemos comités: uno para los libros de contabilidad de la escuela y uno para las relaciones públicas.

Las tareas de los responsables vienen y van. Del mismo modo que los trabajos se redefinen, pierden importancia o emergen. Pocas cosas me producen más satisfacción que par-

ticipar en una Asamblea Escolar que elimina una Responsabilidad. Es una reafirmación de nuestro compromiso de no rendirnos a la burocracia.

Por ejemplo, solíamos tener un Responsable para abrir y cerrar la escuela, para asegurarnos de que la escuela se abría debidamente todas las mañanas e igualmente se cerraba todas las noches. Se adjudicó el trabajo y un juego de llaves a ese responsable. Pasaron unos años. Se desarrollaron listas con las tareas necesarias para abrir y cerrar la escuela, así como un sencillo sistema de supervisión de llaves; muy simple, básicamente, una lista de lo que hay que hacer. En realidad, no quedaba mucho trabajo más, de modo que esa responsabilidad desapareció y las rutinas se añadieron a la descripción de trabajo de otro compañero.

Solía haber un Responsable de Visitas para manejar el incesante flujo de visitas que venían a ver la escuela. Durante años, eso fue todo un trabajo. Tuvimos que descubrir cómo ser tan abiertos como fuera posible con las visitas, sin llegar a preocuparnos por ellos. A medida que los distintos responsables fueron desarrollando sus funciones, el trabajo comenzó a ser más fácil, demasiado fácil. Las rutinas se cedieron a Comité de Relaciones Públicas y la responsabilidad se abolió.

También nuevos trabajos se vislumbran en el horizonte. Tras unos años, nos dimos cuenta de que había un montón de antiguos alumnos que deseaban permanecer en contacto. Muchos de ellos, se dejaban caer y nos visitaban, para nuestra delicia. Finalmente, tomamos conciencia de que debíamos hacer las cosas un poco más fáciles para que los antiguos alumnos y la escuela se comunicaran. La Asamblea Escolar estableció un responsable de antiguos alumnos para llevar a cabo ese trabajo.

Este es un buen ejemplo de cómo un principio puede ser llevado al extremo. Fue cinco años antes de que creáramos un delegado de la Asamblea Escolar para las relaciones con los

alumnos. Antes de eso, intentamos manejar las cosas informalmente, o casi informalmente, pidiéndole a alguien que lo hiciera sin responsabilidad oficial. Cuando algunos alumnos formaron una organización, los Amigos de Sudbury Valley, para manejar sus relaciones tras abandonar la escuela, esperamos escépticamente unos años para ver si se mantenían. Finalmente, tras un periodo de prueba y gestación, cedimos y asignamos oficialmente esa responsabilidad a una persona encargada de esos contactos. No creamos ninguna responsabilidad si no es estrictamente necesario.

Después están los infrecuentes momentos en que tuvimos que dividir una responsabilidad en dos. Odiamos hacerlo, pero a veces tenemos que elegir entre dividir la responsabilidad o machacar al Responsable.

Durante la mayor parte del tiempo, tuvimos un responsable de Admisiones que se ocupaba de todo lo que tenía que ver con el proceso de admisión de un alumno. El responsable lo era de las entrevistas, del papeleo y de cobrar la cuota. Era un único proceso, pensábamos.

Ni mucho menos. El responsable lo descubrió pronto. Como responsable de las entrevistas de admisión, era la primera persona de la escuela con la que la gente nueva tenía contacto. Con mucha frecuencia, los nuevos estudiantes y padres, seguían utilizándola como amiga, una persona de confianza para los problemas, angustias, preguntas.

Pero cuando el dinero entra en juego, todo cambia.

Nada afecta más rápida y profundamente a la amistad que una disputa por dinero. Un día, dos personas caminan codo con codo por la vida como camaradas. Se pelean por una cuenta y al día siguiente, casi con toda seguridad, son mortales enemigos.

Como era la persona que tenía que ver con el pago de las cuotas, el Responsable de Admisiones era un objetivo claro. Los amistosos estudiantes y padres de ayer se convirtieron en los mortales enemigos de hoy. Es tan fácil. La mayoría de las

veces simplemente bastaba recordar que se debía dinero. “¿Dinero? ¿Me estás acosando por una cuestión de dinero? ¡Qué poco comprensivo eres! Creía que eras amable y comprensiva. Ahora sí que te conocemos mejor.”

Nos llevó dieciocho años y un responsable cuyos nervios de acero finalmente se deshicieron hasta romperse, pero finalmente se nos encendió la bombilla. Eliminamos la responsabilidad de Admisiones y creamos un responsable de Admisiones y otro de Inscripciones. Ahora, el responsable de Admisiones podía seguir siendo la cara amable. ¿Y el de Inscripciones? Bueno, el de Inscripciones puede elegir entre las aspirinas y una jubilación anticipada...

Después vino el culebrón del Responsable de Limpieza. Pero eso merece un capítulo aparte.



A lo largo de los años ningún asunto cotidiano le ha ocupado más tiempo a la escuela que la limpieza.

Desde el principio, sentimos que lo correcto era ser responsables de nuestra propia limpieza. Era una cuestión de gusto. La escuela era nuestro "nido" y si la ensuciábamos, sentíamos que debíamos ponerla en orden.

La única gente que se preocupaba de eso durante los primeros meses eran los adultos que habían creado la escuela. Eso significa que los adultos, entre otras obligaciones, limpiaban periódicamente.

Cuando abrimos, al principio, no podíamos esperar que los estudiantes se sumaran a esa actitud. Era necesario algún tiempo para que todos se asentaran y comprendieran la idea sobre la que giraba Sudbury Valley. Eso significaba que los adultos seguían limpiando regularmente.

Quiero decir "regularmente." Todas las noches, después de cerrar la escuela, cogíamos las escobas, los cogedores, las fregonas y los cubos y fregábamos la escuela de esquina a esquina y recogíamos cualquier basura que hubiera en el terreno. Esta actividad aparentemente inocente, de la que estábamos más que orgullosos, nos condujo a la primera gran controversia sobre el asunto.

Muchos padres de aquellos primeros días del pararrayos eran académicos procedentes de las más distinguidas facultades y universidades de la zona. Estaban orgullosos de su profesión. Ser profesor era un noble propósito a su juicio.

Demasiado noble como para coger una fregona.

"Te estás rebajando ante los estudiantes. Haciendo la limpieza, estás aminorando el valor de la actividad intelectual ante los ojos de los chicos," decía uno.

"Estás siendo un pésimo modelo para los chicos," decía otro. "Deben inspirarse en vuestro ejemplo. No queremos que nuestros hijos crezcan para ser porteros."

"Nos asombra que no paséis más tiempo enseñando a nuestros hijos," decían otros que estaban decididamente impacientes con nuestra filosofía de aprendizaje iniciado por el estudiante. "Pasáis demasiado tiempo realizando tareas serviles."

Nos asombraban sus sugerencias sobre la limpieza. Seguramente, ellos no eran de los padres que se prestarían voluntarios para hacer el trabajo... Y sabían que no teníamos dinero para contratar ayuda.

No pasó mucho tiempo hasta que descubrimos lo que tenían en mente. Muchos de nuestros padres estaban activos en la tumultuosa política de los 60. Entre sus nobles causas estaba la de mejorar en gran medida a las minorías desvalidas. Su experiencia en esa campaña les proporcionó la solución que propusieron para nuestro problema.

Uno de sus líderes se presentó un día, agitado y decidido, en una Asamblea Escolar. "Tengo la solución al problema de la limpieza," dijo, "que beneficiará a todos. El equipo tiene que dejar de realizar trabajos serviles. No tenemos estudiantes que pertenezcan a ninguna minoría," continuó. "Podemos matar dos pájaros de un tiro. Ofrezcamos a los estudiantes de barrios marginales una beca por toda la matrícula y a cambio pueden realizar las tareas de limpieza."

Esa reunión fue un escándalo.

Los adultos siguieron limpiando, más decididos que nunca.

Los padres que protestaban pronto dejaron la escuela asqueados.

Ese fue sólo el primero de los debates. Después de unos pocos meses, el equipo sintió que era el momento de que toda



la escuela se implicara. La era de que los adultos fueran modelo dió paso a la implicación de estudiantes y adultos.

Tratamos de establecer un sistema de voluntarios, con un Responsable de Limpieza que coordinara la actividad y comprara los útiles necesarios. Es un gran edificio el que tenemos que cuidar, de modo que hay una gran actividad de limpieza que coordinar.

El Responsable peleó valientemente durante algunos años. Se presentaron algunos voluntarios, luchó con sus funciones durante un tiempo y, después, poco a poco, abandonó; la limpieza pasó de una vez al día a una vez a la semana.

Pronto, sólo un puñado de incondicionales miembros del equipo y estudiantes se encontraron haciendo todo el trabajo cada semana. "Quien quiera ensuciar, que ensucie; quien quiera limpiar, que limpie," había dicho Jack. Sus puntos de vista predominaron.

De modo que comenzó un nuevo debate en la escuela. Cuando falla todo lo demás, ¿qué hacen las democracias para seguir cubriendo los servicios esenciales? Establecieron un turno. Sudbury Valley peleó hasta que, finalmente, desesperados, establecimos un sistema obligatorio de limpieza. Todo el mundo, independientemente de su edad, tendría que limpiar durante un periodo de tiempo.

Los responsables de limpieza ahora tenían un trabajo doblemente difícil: primero, organizar el trabajo; segundo, obtener resultados satisfactorios de nuestros forzados trabajadores. Pero si uno es obligado, no hace bien el trabajo. Los nuestros no fueron la excepción que confirma la regla.

Pasaron unos cuantos años. Y se quemaron unos cuantos Responsables. La escuela estaba sucia.

Volviendo a buscar una solución para la limpieza. Por entonces, Harry, uno de los idealistas más apasionados de la escuela en los primeros años, abanderó la causa de abandonar el turno obligatorio de limpieza.

"Si queremos que se haga un trabajo honesto," argumentó, "entonces debemos pagar salarios honestos. Organicemos un sistema en el que contratemos limpiadores pertenecientes a la escuela. Habrá suficientes estudiantes que quieran ganar dinero."

A mucha gente, la idea no le parecía adecuada. ¿Por qué pagar por un trabajo que todos debíamos estar más que deseosos de realizar? Pero todo lo demás había fallado. La Asamblea Escolar aprobó la idea de Harry y se le nombró Responsable de Limpieza para desarrollarla, con un pequeño presupuesto, pero adecuado.

Se lanzó al trabajo con gusto. Al poco, el servicio de limpieza de Harry abrió una "oficina" (una mesa en la esquina de una de las habitaciones), un complicado sistema de registro (le dio a cada persona recibos formales por el trabajo realizado; rematado con vistos buenos y supervisiones); un complejo horario de tareas y un servicio de entrenamiento.

De lo que estaba más orgulloso y de lo que más disfrutaba era de su servicio de entrenamiento. Él mismo más de una vez trabajó con cuadrillas profesionales de limpieza y conocía muchos de los trucos del oficio. Cada uno de sus nuevos "empleados" tenía que seguir unas sesiones de entrenamiento cuidadosamente supervisadas antes de ser contratado para barrer o fregar.

Fue un gran experimento. El único problema es que no funcionó.

Los que son obligados a limpiar no son los únicos responsables de que el trabajo no funcione. La ayuda contratada para realizar tareas rutinarias sin una motivación particular tampoco da siempre el 100%...

La escuela progresivamente volvió a estar sucia de nuevo. Vuelta a buscar una solución.

Al final, todos nos sentimos más que avergonzados de que las cosas llegaran hasta ese punto. Después de todo, era la escuela de todos y sentíamos que debíamos ayudar a mantenerla limpia.

Ha habido altibajos, cada uno de ellos acompañado de horas y horas de debates y cuidadosas decisiones en las sesiones de la Asamblea Escolar. Al final, la gente se marcha con el espíritu renovado y propone mantener nuestra propia dignidad.

En la actualidad, el sistema voluntario es una arraigada tradición. Para la limpieza en profundidad más dura, organizamos fines de semana de limpieza, a los que invitamos a los padres. Muchos de ellos, acuden regularmente. Incluso los académicos acuden hoy. Los tiempos cambian.

Los responsables cambian, también. La Asamblea Escolar abolió el puesto de responsable de Limpieza. No era un puesto muy solicitado.

En vez de ello, el trabajo de organizar la limpieza voluntaria se encomendó al Comité de Estética y Uso Escolar. ¡Suena mucho más apropiado y elegante!

29 El milagro presupuestario

La limpieza no era lo único para lo que no teníamos dinero. Las cajas de caudales vacías han sido una característica de Sudbury Valley desde el principio.

Cuando al principio nos pusimos a poner en práctica nuestras ideas, allá por el año 1966, preguntamos a la gente que sabía de educación: "¿Cuánto dinero crees que se necesita para abrir una escuela?" "Mínimo, 250.000 dólares," era la respuesta. Esa fue la cifra más baja que recibimos." A nosotros, igual nos daba que hubiera sido 250.000.000 de dólares.

Los fundadores disponíamos de una suma total de 40.000 dólares, a través de créditos personales estirados hasta el límite, para todo. Pero estábamos decididos a hacerlo.

Tras un año de búsqueda conseguimos un campus de unos 40.000 m² con unas edificaciones centenarias en la finca de Nathaniel Bowditch por 80.000 dólares, de los que pagamos 20.000 y suscribimos una hipoteca por el resto. Nuestra principal necesidad se llevó la mitad de nuestro fondo. El resto lo invertimos en arreglar el edificio principal y en las mejoras para cumplir los requisitos constructivos legales, amueblarlo, comprar materiales y promocionar la escuela. Al abrir, estábamos pelados.

Podría sorprender cómo logramos comprar nuestro campus a un precio tan razonable. Nosotros nos asombramos aún más, pero todos nuestros escrutinios eran favorables.

Pocos meses después tomamos posesión y descubrimos el por qué. El campus incluía un lago y un molino de agua represada: la presa había sido sancionada por el Colegio de

Ingenieros. De acuerdo con las escrituras, como propietarios, teníamos que arreglarla. Los anteriores propietarios se habían deshecho de la propiedad evitando hacer esto.

El mejor presupuesto que teníamos para la reparación era de 50.000 dólares. Nuestra empresa parecía condenada al fracaso hasta que nuestro buen amigo Mal Stalker, uno de los más distinguidos constructores de Framingham en ese momento, dijo: "Traeré a mis propios trabajadores y haremos el trabajo por unos pocos miles de dólares." Mal cumplió su palabra. Hizo el trabajo por 4.000 dólares. Le estaremos agradecidos — y en deuda — eternamente.

Resulta innecesario decir, que estos comienzos nos convencieron de la necesidad de frugalidad y restricción presupuestaria. Ningún gasto, por pequeño que fuera, escapaba a nuestra cuidadosa revisión. Aprendimos rápidamente qué pocas cosas necesitábamos, cómo hacer buenas compras, cómo encontrar equipos de segunda mano y cómo obtener una gran cantidad de material gratis. Pero, sobre todo, aprendimos cómo hacerlo sin dinero y cómo sustituirlo. La madre necesidad siempre ha sido prodigiosamente generosa con su inventiva en Sudbury Valley.

La situación era mucho más complicada por nuestra ideología. A pesar de ser principiantes, aunque (o quizá porque) algunos de nosotros habíamos sido exitosos "becarios" antes de comenzar a trabajar en la escuela, estábamos decididos a hacerlo por nosotros mismos, sin ningún subsidio de ningún organismo público o fundación. Aceptaríamos donaciones ofrecidas libremente, pero nuestro objetivo era hacerlo sólo con las matrículas.

Como si eso no fuera suficiente, estábamos decididos a mostrar al mundo que podíamos tener éxito sin ser una escuela exclusiva y cara para las clases privilegiadas. Esto significaba mantener la cuota baja, como una cuestión de principio. Para establecer un adecuado nivel de matrícula, buscamos el coste por alumno de la escuela pública y decidimos permanecer en

ese nivel o más bajo. De esa forma, el coste de enviar a los hijos a Sudbury Valley no sería mayor que el coste de enviarlo a la escuela pública local. Si teníamos éxito, pensábamos, la escuela pública vería que lo que hacíamos tampoco estaba fuera de su alcance.

De modo que comenzamos descapitalizados, sin subvenciones y con unos ingresos artificialmente devaluados.

Todos los años, la Asamblea Escolar diseña el presupuesto anual, comenzando al principio de la primavera. El procedimiento es simple y detallado. Es lo que se llama "presupuesto base cero" en el argot financiero. Cada responsable, cada comité, cada grupo de trabajo examina todas sus actividades partiendo de cero y deciden qué es lo que quieren hacer el año siguiente. Calculan cuánto costará y someten sus propuestas a la Asamblea Escolar.

Después, las propuestas son revisadas cuidadosamente en varias reuniones presupuestarias. Pocas veces hay peticiones de incremento de gasto en el debate. Después de unos pocos años de práctica, también es raro que se recorten.

Todo este proceso lleva en torno a seis semanas. Y de un tiempo a esta parte funciona sin problemas. El resultado es espectacular.

Por ejemplo, en el periodo de 15 años entre 1969 y 1984, el índice de precios al consumo en los Estados Unidos casi se triplicó. El coste medio de las escuelas de todo el país se cuadruplicó.

En Sudbury Valley, en el mismo periodo, el presupuesto operativo se incrementó poco más del doble, igual que la matrícula. A medida que pasaba el tiempo, nuestras matrículas crecieron porcentualmente incluso por debajo del coste por alumno de las escuelas públicas. Estaba en un promedio de un tercio del coste de matrícula en las escuelas privadas.

La Asamblea Escolar mantiene la mirada fija en la austeridad perpetuamente al poner en marcha todas las solicitudes de

gasto. Un ejemplo puede arrojar algo de luz sobre lo que esto significa en la práctica.

La escuela es una enorme mansión de piedra cuya calefacción es un sistema de agua calentada con gasóleo. Mantener los costes de calefacción bajos siempre ha sido una de las principales prioridades.

El periodo 1969-1984 es instructivo. A consecuencia de la OPEP, los varios embargos de petróleo y las diversas crisis energéticas, el precio de gasóleo de calefacción se multiplicó por seis en ese periodo. Para nosotros eso significó una infinita búsqueda de maneras de mantener bajos nuestros costes de calefacción.

Bajamos nuestros termostatos de 21 a 18 grados, como todo el mundo suponía que haríamos, después los bajamos a 17 grados nivel en el que nos encontramos adecuadamente cómodos. (Después de todo, la mayoría de nosotros éramos chicarrones del norte.)

Redujimos las vacaciones durante el tiempo cálido y cerramos la escuela durante dos semanas el periodo de Navidad a Año Nuevo y una semana en febrero.

Compramos termostatos automáticos que bajaban la temperatura todas las noches y los fines de semana.

Pusimos aislamientos. Y más aislamientos.

Compramos un quemador de gasóleo eficiente energéticamente. Y mantuvimos el sistema en servicio permanente.

Como resultado de todo ello, durante el periodo de 15 años en cuestión, nuestras facturas de gasóleo poco más que se doblaron.

La historia se repite con regularidad rutinaria en cada partida de gasto.

No es que nunca gastemos dinero. Gastamos lo que necesitamos y nunca dudamos en gastar dinero para ahorrarlo.

Cuando abrimos al principio, la gente nos decía: "Quizá podáis tener éxito con una escuela democrática en la medida

en la que la disciplina y el programa funcionen, pero la cuestión económica nunca funcionará. Dejad que cada persona pueda votar sobre cuestiones monetarias y os arruinaréis enseguida."

Qué equivocados estaban. Todos, jóvenes y viejos, estaban igualmente decididos a lograr el éxito de la escuela y lograr una estabilidad financiera cada año y los años siguientes. No puedo pensar en ninguna otra cuestión en la que la gente estuviera más de acuerdo.

Todas las tradiciones tienen sus leyendas de milagrosa beneficencia. Las religiones, las historias antiguas, los cuentos de hadas para niños, todos hablan de deseos satisfechos por una copiosa abundancia aparecida por arte de magia a la luz de una linterna, en cuevas, debajo de las piedras y en otras fuentes insospechadas.

En Sudbury Valley también tenemos una tradición, Todos los años, somos testigos de la aparición de un presupuesto milagroso, en el que todas nuestras necesidades son satisfechas por medio de cualesquiera recursos que encontramos a mano.

Pero el mayor milagro de todos ha sido el equipo de adultos.

30 El equipo

Doce personas trabajaron a tiempo completo sin cobrar durante el primer año escolar. Doce personas; no una, ni dos.

La mayoría de nosotros no nos conocíamos anteriormente. No éramos camaradas de ningún movimiento político ni compañeros de ninguna comunidad social. Lo que nos unió era nuestra devoción común a los ideales educativos de la escuela.

Los primeros fundadores habían anunciado la idea de Sudbury Valley a la comunidad en 1967. Más de un centenar de adultos de todo tipo de esferas respondieron al anuncio para venir y explorar la idea de trabajar en la escuela.

Una docena permaneció el año completo. No había ninguna duda en nuestras mentes, desde el principio, de que no habría dinero disponible para pagar salarios.

Durante ese primer año, se establecieron ciertos esquemas con relación al equipo que se han mantenido desde entonces.

Lo primero fue el nombre para el grupo: el equipo. Hablamos sobre esto en profundidad. Las escuelas tienen profesores, administradores, personal de mantenimiento, secretarías, conserjes y así sucesivamente. Hay una plétora de títulos y una grandiosa jerarquía en el mundo de la educación.

Estábamos completamente unidos en nuestro rechazo al sistema organizativo convencional. Para nosotros sólo había una única descripción del puesto de trabajo: "Se necesitan: personas comprometidas con el concepto de Sudbury Valley School dispuestas a hacer todo lo que tenga que hacerse para

que ese concepto funcione." Eso abarcaba todo. Éramos el "equipo" de la escuela, todos y cada uno indistinguibles en nuestra función básica.

No había relojes en los que fichar. Llegábamos temprano y permanecíamos en la escuela hasta que cerrábamos y entonces terminábamos cualquier trabajo que quedara pendiente. Al principio, teníamos una reunión de equipo cada noche para discutir los problemas del día y nuestra capacidad para resolverlos. Después, nos encontrábamos cuando teníamos necesidad; una o dos veces en semana; después, una o dos veces al mes.

Limpiábamos, éramos modelos para los estudiantes quienes después se unían a nosotros. Éramos responsables de compras, carpinteros, jardineros, secretarías ejecutivas, conferenciantes, tutores. Cualquier cosa, todo.

Aprendimos a no "dar" a los estudiantes a menos que nos lo pidieran. Aprendimos a mantenernos a cierta distancia y no interferir en el crecimiento interno de cada estudiante, cualquiera que fuera su edad o etapa de desarrollo. Ésa fue la lección más dura, la única que requirió la máxima autodisciplina y todavía lo requiere para los miembros nuevos del equipo.

Aquí presento cómo uno de los fundadores, Hanna Greenberg, lo describió:

EL ARTE DE NO HACER NADA

"¿Dónde vas?"

"A Sudbury Valley School."

"¿Qué haces allí?"

"Nada."

Hacer nada en Sudbury Valley requiere de una gran cantidad de energía y disciplina y muchos años de experiencia. Cada año lo hago mejor y me divierte ver cómo yo y otros luchamos con el conflicto interno que se despierta en nosotros inevitablemente.

blemente. El conflicto se establece entre querer hacer las cosas por la gente, impartir tu conocimiento y transmitir la sabiduría que tan duramente hemos logrado y la comprensión de que los chicos tienen que aprender por sus propios medios y a su propio ritmo. Nos utilizan según sus deseos, no según los nuestros. Estamos allí cuando nos preguntan, no cuando decidimos que debemos estar.

Enseñar, inspirar y aconsejar son todas actividades naturales a las que los adultos de todas las culturas y lugares parecen dedicarse cuando hay niños alrededor. Sin estas actividades, cada generación tendría que inventarlo todo de nuevo, desde la rueda hasta los diez mandamientos, desde la fragua hasta la agricultura. El hombre transmite su conocimiento a los jóvenes de generación en generación, en casa, en la comunidad, en los trabajos —y según cabe suponer en la escuela. Desafortunadamente, cuanto más se esfuerzan hoy las escuelas en proporcionar una guía individual a los estudiantes, más dañan a los niños. Esta afirmación requiere una explicación, puesto que parece contradecir lo que acabo de decir, a saber, que los adultos siempre ayudan a los niños a aprender cómo ingresar en el mundo y ser útiles en él. Lo que yo he aprendido, muy lenta y dolorosamente, a lo largo de los años es que los niños toman decisiones vitales por sí mismos de manera tal que ningún adulto pudiera haber anticipado o imaginado...

De modo que estoy enseñándome a no hacer nada y cuanto más capaz soy de hacerlo, mejor es mi trabajo. Por favor, no concluyas que eso significa que el equipo es superfluo. Podrías pensar que puesto que los chicos casi hacen funcionar la escuela ellos solos, por qué disponer de un equipo tan numeroso, sólo para sentarse alrededor y no

hacer nada. La verdad es que la escuela y los estudiantes nos necesitan. Estamos allí para cuidar y nutrir a la escuela como institución y a los estudiantes en cuanto individuos.

El proceso de autodirección o de abrir tu propio camino, de vivir tu vida en realidad más que pasar el tiempo, es natural pero no autoevidente para los niños que crecen en nuestra civilización. Para alcanzar ese estado mental se requiere de un entorno similar a una familia, en una escala mayor que la familia nuclear pero, aún así, que proporcione apoyo y seguridad. El equipo, siendo atento y cariñoso al tiempo que eludiendo la directividad y coerción, proporciona a los chicos el coraje y el ímpetu para escuchar a su propio yo interior. Saben que somos tan competentes como cualquier adulto para guiarles, pero que nuestra renuncia a hacerlo es una herramienta pedagógica utilizada activamente para enseñarles a escucharse sólo a sí mismos y no a otros quienes, en el mejor de los casos, no saben sobre ellos de la misa la media.

Nuestra abstención de decirles a los estudiantes qué hacer no lo perciben como una falta de algo, como un vacío. Más bien es el ímpetu para que ellos forjen su propio camino no bajo nuestra guía, sino bajo nuestra cariñosa preocupación que les apoya. Hacer lo que hacen por y para sí mismos supone trabajo y valentía. No puede hacerse en un aislamiento vacío, sino que germina en una comunidad vital y compleja en la que el equipo proporciona estabilidad y continuidad.

Al final del primer año, tras haber sobrevivido a las abrasadoras batallas del verano y del otoño, éramos veteranos experimentados.

Nos encontramos discutiendo el segundo año, recompensados de que nosotros —y la escuela— aún estuviéramos aquí hablando sobre ello. No había más dinero del que había el año anterior.

“Simplemente, trabajemos otro año sin cobrar,” dijo una persona.

“No,” apuntó alguien, “el primer año fue un gesto maravilloso. El segundo, no funcionará.”

Sabíamos que tenía razón. No tenía mérito utilizar gente para proporcionar ayuda gratuita cuando ellos mismos no lo hubieran hecho espontáneamente. Todos creíamos en la dignidad del trabajo y que a la gente debe pagársele lo que corresponde.

El dilema parecía insoluble. Era adecuado que cobrásemos salarios decentes, pero no había dinero en absoluto para pagarlos.

La solución llegó en un momento de inspiración

Seríamos contratados con un contrato por un salario decente, pero la escuela —en vez de pagarlo— nos lo debería. No como una deuda normal —que rápidamente la arruinaría— sino como una deuda condicional de modo que sólo se saldaría cuando la escuela tuviera superávit.

Éste es nuestro “plan de fondo salarial”. Ponerlo en términos legales supuso un esfuerzo que habría acalorado el corazón de cualquier filósofo medieval. Pero en la práctica la idea es simple: el desembolso actual de efectivo para el equipo se aplaza hasta después de que otras necesidades hayan sido satisfechas. La diferencia entre el pago en efectivo y el salario contratado genera una deuda con el equipo que se pagará en un futuro indefinido.

El segundo año, la dedicación completa permitió llevar a casa unos cientos de dólares en todo el año. El decimoquinto año, la frugalidad del presupuesto hizo posible un desembolso en efectivo de 12.000 dólares. Desde entonces se ha incrementado continuamente.

Cuando el comité de acreditaciones de la Asociación de Escuelas y Colegios de New England visitó por primera vez Sudbury Valley en 1975, intentaron con todo su esfuerzo comprender lo que estábamos haciendo. Los miembros del comité eran todos educadores en otras eminentes escuelas privadas. Su experiencia no les había preparado para lo que vieron.

Desde el principio, la acreditación ha sido muy importante para nosotros. No sólo queríamos tener éxito para nosotros mismos, sino que queríamos ganarnos la aceptación del mundo educativo como una “iniciativa” legítima.

Peleamos mucho para que la Asociación viniera a vernos. Al principio, ignoraron nuestras solicitudes formales, y desearon que simplemente nos esfumáramos, como sucedió con otras escuelas alternativas. Pero persistimos y al final nuestros esfuerzos dieron su fruto.

Una mañana caminaba hacia el edificio principal con el presidente del comité visitante. Observó nuestro bello y antiguo edificio y, viéndolo, con los ojos de un administrador escolar experimentado, preguntó: “¿Cómo mantienen este viejo edificio en buen estado?” Sólo el estado de la cubierta debe costar una fortuna para mantenerlo en condiciones.”

“Estamos decididos,” respondí, “a hacer todo lo que tengamos que hacer para mantener la escuela en funcionamiento.”

¿Pero de dónde sale el dinero?”

“Sale de los salarios de nuestro equipo,” repuse. “Las necesidades de la escuela son prioritarias. El equipo obtiene lo que queda. Todos pensamos lo mismo en esta cuestión.”

“Ésa es exactamente la diferencia entre nosotros,” dijo, con un toque de nostalgia. “En nuestra escuela, las necesidades del equipo son prioritarias, en todo caso. El techo puede caerse, el edificio puede colapsarse, eso sería mi problema. El tipo de compromiso con una institución como el que el equipo de Sudbury Valley tiene es absolutamente único.”

El comité fue unánime en recomendar una acreditación completa.

Con todo el trabajo, con todos los problemas de pago. Con todas las incertidumbres, el equipo ha sido extraordinariamente estable, al mismo tiempo y ha sido mejorado con nueva savia.

“¿Incertidumbre?”, podrías preguntar; “¿qué incertidumbre?”

No hay plazas en propiedad en Sudbury Valley. La Asamblea Escolar contrata al equipo, como parte de sus responsabilidades en la gestión de la escuela. Todos los años, en primavera, se celebran elecciones para el equipo del año siguiente. Todos los que quieran participar, deben someter su candidatura a elección. El día de la elección, todo el mundo en la escuela tiene una oportunidad para votar mediante una papeleta secreta.

Eso nos mantiene alerta.

A veces, alguien es despedido. Con frecuencia, los nuevos candidatos son aceptados. La sangre nueva se mezcla bien con la vieja en el equipo.

Después de casi dos décadas, seis de los doce miembros del equipo original son todavía miembros del mismo. Uno se retiró, dos fueron despedidos y los otros tres marcharon a otros sitios.

Somos afortunados de contar con un equipo de diversos talentos y antecedentes. El equipo cubre un abanico que podría acreditar una escuela cinco veces más grande. Hay doctores en letras y graduados en secundaria, artistas, intelectuales, profesionales, artesanos. Son viejos y jóvenes, hombres y mujeres. Hemos visto a algunos de nuestros graduados volver a la escuela como miembros del equipo.

No somos un grupo de camaradas políticos, religiosos o sociales más de lo que lo éramos en 1968. Nuestro vínculo común sigue siendo el que era: un compromiso con el florecimiento de Sudbury Valley.

31 Los pequeños

Suena el teléfono de la oficina. Debbie, de ocho años, contesta: “Sudbury Valley: ¿puedo ayudarle?” Un momentáneo silencio al otro lado; después, el comunicante pide información sobre la escuela. “Un momento, por favor,” dice Debbie, “buscaré a alguien que le pueda ayudar.” En un momento, encuentra a un miembro del equipo y le pasa el teléfono. La llamada ha terminado. Pero antes de que se haya intercambiado una sola palabra, el comunicante ya ha aprendido una de las cosas más importantes aquí para nosotros: en Sudbury Valley, todas las personas son iguales, incluso los pequeños.

Cuatro niños de seis años están haciendo galletas en la cocina con Margaret. Lenta, inexorablemente, las galletas se van haciendo y la cocina se encamina hacia el caos.

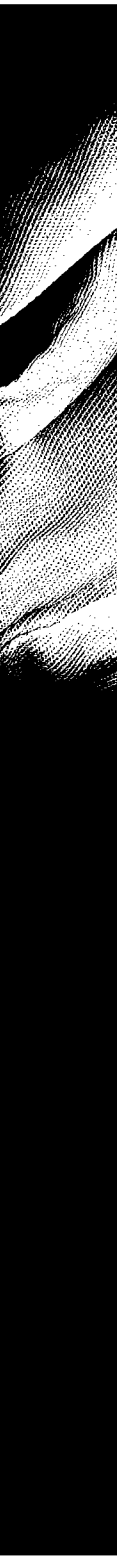
“Ahora vamos a limpiar la cocina,” dice Margaret con voz decidida. Es cierto que no malgastó su experiencia en la marina.

Todo el mundo se pone a ello. Alicia acerca una silla al fregadero, se sube y lava los platos que trae su hermana Molly. Jacob y Eric están limpiando la mesa y barriendo el suelo.

“¡Aquel rincón también!, brama Margaret. Ella está guardando los ingredientes que han sobrado. Eric se da prisa con el rincón sucio, Jacob le sigue con un covedor.

Veinte minutos después, las galletas y la cocina están terminadas. Todo el mundo ha participado en la iniciativa. No se hacen concesiones a las “fragilidades” de los pequeños.

Niños de ocho años utilizan máquinas de escribir eléctricas codo con codo con los adultos *si* (y esto se aplica también



a los adultos) han aprendido cómo usarlas y se les ha certificado. Estudiantes de diez años utilizan herramientas de carpintería. Críos de nueve años hacen cerámica. Los de cualquier edad pasean hasta la pizzería de Nobscot o por el parque estatal o se acercan a la tienda del club de golf cercano.

Durante años, bajo la extensa influencia de la pomposa jerga educativa dominante, nos debatimos con la pregunta: "¿No necesitan los niños pequeños un tratamiento a sus especiales necesidades?" Han sido miembros de pleno derecho de la Asamblea Escolar, han tenido voto, han estado sometidos a las mismas reglas que todos los demás. ¿Pero no eran de alguna forma también un poco especiales? ¿No necesitan algún cuidado añadido?

La Asamblea Escolar pasó horas hablando de esto. Lo dejamos reposar durante años y de nuevo surgía, lo dejábamos otra vez y nuevamente salía el asunto. Pero lo tratamos como pudimos, nunca intentamos aproximarnos de forma diferente a una edad u otra. No renunciamos a nuestros principios y la realidad vital de la escuela lo ha apoyado.

El hecho es, sin embargo, que todos los días nos confrontamos con la evidencia de la diferencia entre los estudiantes más jóvenes y los más mayores. En general, los más jóvenes son mucho más independientes, más resueltos, más imaginativos, más trabajadores y están más ocupados. Especialmente si se comparan con los estudiantes mayores que vienen por primera vez a nuestra escuela a una edad ya avanzada.

Los pequeños nunca tienen tiempo. Están muy ocupados en hablar, en comer o en sentarse. Nunca caminan, corren. No se cansan. Hasta que llegan a casa.

Miran a los adultos directamente a los ojos, hablan abiertamente, nunca se arredran ni flaquean. Son educados, están bien seguros y se expresan claro. La gente que viene a la escuela por primera vez siempre tiene problemas para creer lo que está viendo.

"Debes haber separado la flor y la nata con estos estudiantes," dicen. "Son tan brillantes, están tan vivos." Nosotros les

explicamos que tenemos una política de admisiones abierta. Cualquiera puede venir. Y cualquiera viene. La mayoría piensa que estamos mintiéndoles. Los niños que se comportan como éstos no son "sólo cualquiera."

Lo más bonito de todo sobre los pequeños es lo que hacen por todos los demás.

Ponce de León pasó toda su vida buscando la Fuente de la Eterna Juventud. No necesitaba haberse molestado. Todo lo que tenía que haber hecho es pasar algún tiempo entre niños.

Los niños son capaces de rejuvenecer al adulto más cascarabias o sacarle una sonrisa al más malhumorado adolescente.

En la escuela, consiguen que los adolescentes tomen conciencia de su energía y vitalidad. No molestándoles, simplemente existiendo. Después de un tiempo, te encuentras con adolescentes leyendo a niños pequeños, trabajando con ellos, jugando juntos. Con los que ya llevan tiempo se da esta interacción por descontado.

Uno de los libros infantiles más populares jamás escrito es Winnie-the-Pooh. En su autobiografía, el autor, A. A. Milne, cuenta que nunca escribió libros infantiles ni antes ni después, sino que lo hizo como una broma para ver si podía ganarse un dinerito extra. Puesto que no tenía experiencia en escribir de una forma especial para los más pequeños, simplemente escribió como si su público estuviera compuesto por adultos que querían entretenerse.

El libro fue un éxito instantáneo y sigue siendo un best-seller. Todavía lo releo cada pocos años como hice cuando tenía ocho años. Despierta al niño que hay en mí, despierta al adulto que hay en los niños.

Sudbury Valley es, creo, el Winnie-the-Pooh de las escuelas, donde tratamos a los niños como adultos. Y el ambiente escolar hace posible que, nosotros -adultos en la cima-, despertemos todos los días al niño que llevamos dentro.



32 "Buenos chicos" y "agitadores"

Los estudiantes mayores son otra historia. Llegan aquí procedentes de los más diversos lugares y plantean una serie de desafíos fascinantes.

Algunos de ellos han estado en la escuela toda su vida. Otros, casi la mayoría, provienen de otras escuelas. En general, se dividen en dos grupos, según la procedencia: aquellos que eran buenos alumnos ("sobresalientes") en todo, pero no eran felices y aquellos que estaban en guerra con sus anteriores escuelas ("agitadores"). A veces, alguno corresponde a ambos grupos.

¿Cuál de los dos es preferible? La experiencia nos ha dado extrañas lecciones.

Sam vino a Sudbury Valley a los dieciséis años, desconectado del mundo. Durante un año, se sentó en torno a una nube de humo e inactividad. La gente que le conocía se preguntaba qué clase de escuela le aceptaría.

Después de un tiempo, tocó fondo y comenzó a descubrir su vida. Al final de su segundo año se graduó y fue a la facultad. Una cadena de aventuras, incluyendo un trabajo como importador de gemas raras, le llevó, finalmente, a través de la universidad y la Escuela de Medicina Quiropráctica. Ahora es un quiropráctico de gran éxito con una consulta privada en alza.

Sam siempre era sinónimo de malas noticias para todas las escuelas anteriores a Sudbury Valley. Con nosotros, incluso en su primer año, siempre mostró un temperamento dulce. Cuan-

do se le cayó el velo de los ojos, encontró todo tipo de caminos para mejorar su vida en la escuela y ayudar a otros estudiantes a adaptarse.

Robert, a los catorce, era un vagabundo clásico. Alcohólico, siempre con problemas con las autoridades; todos los que le conocían le predijeron una vida de miseria y una muerte prematura.

Pasó cuatro años con nosotros, reconstruyendo gradualmente su vida. Con el paso de los años, aprendió a hablar y expresarse, algunas veces con sorprendente profundidad. Comenzó a leer, a jugar, a sentirse mejor sobre sus perspectivas. Lentamente, aprendió a abusar de su cuerpo menos y menos y finalmente a nutrir su salud.

En el momento en que nos dejó, Robert se había iniciado en una carrera de servicio, concretamente en el campo de la paramedicina. Después de mucho entrenamiento, se transformó en la cabeza de un equipo de rescate paramédico. Más tarde, fue a la facultad de enfermería y se licenció.

En la escuela, Robert siempre fue agradable, siempre abierto. Llegado en un ensimismamiento casi catatónico, se convirtió en social y amistoso con el paso de los años. Nunca representó un problema para nosotros.

Un año sí y otro también, llegan: los desechos de la sociedad, niños ante los que todos se han rendido. Ladrones de cohes, gamberros, drogadictos, alcohólicos, fóbicos al colegio, antisociales de toda clase, todos ellos expulsados de sus anteriores escuelas o violentamente opuestos a asistir. Todos fueron tratados igual en Sudbury Valley. Recuperaron su libertad y la imponente responsabilidad de controlar su propio destino. No hay nadie que les ate.

Pronto, el mensaje cala. La libertad, la atmósfera abierta, la amistad universal, la mezcla de edades, todo se combina para facilitar la vuelta a la realidad. Cuando, al principio, la escuela abrió, este proceso nos llevaba mucho tiempo, a me-



nudo un año o dos. Con el transcurso de los años, generación tras generación de estudiantes adolescentes mayores corrieron la voz y resultaron ser un instrumento de apoyo en la atracción de nuevos alumnos. Ahora, el proceso de autodescubrimiento comienza antes y va más rápido.

Quizá el caso más extremo que hemos tenido ha sido Stella, quien a los catorce años era tan infernal en su escuela que el Comité Escolar de su ciudad natal decidió pagar su matrícula en Sudbury Valley, aunque esto iba en contra de la ley del estado. No pudieron quitársela de en medio suficientemente rápido. Todos los años, una delegación salía de la ciudad para comprobar si todavía existía y si todavía acudía.

Llevó poco tiempo, no se demoró en enfrentarse a sí misma. En el momento en que estaba preparada para dejarnos, estaba en vías de ser una prestigiosa estudiante en la facultad, se licenció en Psicología y es una prolífica escritora de ficción.

Para nosotros, las Stellas y los Roberts y los Sams forman parte de un patrón. Recuerdo en los primerísimos días de la escuela, durante una Asamblea Escolar cuando un puñado de estudiantes del tipo "sobresalientes" comenzaron a quejarse amargamente de los otros, diciendo que eran ciudadanos pobres que no debían estar en la escuela. "Nosotros venimos a la Asamblea Escolar, ayudamos de todas las formas posibles, somos la clase de estudiantes que queréis. Los otros se están portando mal y holgazaneando todo el tiempo y eludiendo sus obligaciones cívicas." Recuerdo cómo respiré profundamente y les dije con cierta emoción: "Esos 'chicos malos' saben más sobre esta escuela que vosotros. Están enfrentándose a sus vidas y, ahora mismo, ese trabajo es suficiente para ellos. Vosotros, chicos, estáis tan ocupados intentando agradar a todo el mundo que aún no habéis comenzado a conocerlos a vosotros mismos."

El hecho es que los "agitadores" lo han hecho de maravilla en Sudbury Valley, casi sin excepción y *siempre* que sus

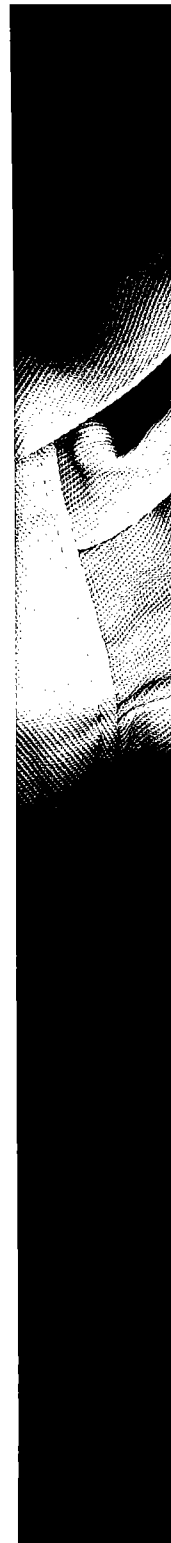
padres les han apoyado. La razón es relativamente sencilla: el propio hecho de ser un agitador es un signo de que aún no se han rendido. Juzgarlos como personas podría haberlos roto; a pesar de los intentos de reformarlos o hacerlos encajar en el molde común, ellos siguieron peleando y no se rindieron. Tienen coraje, valor. Es verdad, sus energías a menudo se dirigen hacia actividades autodestructivas; pero estas mismas energías, una vez liberadas de la lucha contra un mundo opresivo, pueden virarse rápidamente hacia la construcción de su propio mundo interior e incluso hacia la construcción de una sociedad mejor. Uno tras otro, estos estudiantes han contribuido en gran medida a mejorar la calidad de vida de la escuela.

Desgraciadamente, los estudiantes "sobresalientes" pasan momentos más duros. Están tan acostumbrados a agradar a sus profesores que no se enteran de nada cuando llegan por primera vez. "¿A quién hay que agradar aquí?", preguntan. A menudo, lo intentan con el equipo, a quienes ven similares a sus antiguos maestros de escuela. Sin éxito. El equipo aquí no reparte premios. ¿Adónde ir ahora?

Es una adaptación dolorosa. No lo hace más fácil el hecho de que todos los demás en la escuela son inteligentes, despiertos, alerta, espabilados. La competencia por ser el primero de la clase no tiene sentido en Sudbury Valley, en ningún caso.

Estos chicos, no los "agitadores", son las verdaderas víctimas de la sociedad. Después de años de amoldarse a la autoridad externa han perdido el contacto consigo mismos. Han perdido la chispa en su mirada, risa en sus almas. No destruyen, pero tampoco saben cómo construir. Para ellos, la libertad es terrible. No hay nadie que les diga lo que tienen que hacer.

La "cura" es dura y lleva tiempo. No siempre funciona. Sin director de programa para organizar sus actividades, estos estudiantes a menudo pasan a un estado de profunda inactividad, nosotros les decimos que cuando el aburrimiento resulte intolerable, ellos mismos se despertarán, libres de toda desesperación, para crear su propio marco de referencia. Esto suce-



de, antes o después, ¡pero es el coste que estos pobres “buenos chicos” tienen que pagar por su anterior aquiescencia!

Los adolescentes que han estado en Sudbury Valley desde el principio de su vida escolar, no caen en este grupo. Son afortunados y eso puede verse inmediatamente en sus rostros. En casa, consigo mismos y en su entorno son capaces de manejar sus altibajos en la vida sin perder de vista sus metas.

De alguna manera, nunca podemos ganar. Por un lado, la gente ve a nuestros estudiantes en acción y dicen: “Escogiste lo mejor. No es extraño que esta clase de libertad funcione con estos chicos. Pero sería inútil para niños normales.” Por otro lado, la gente ve nuestra política de admisión abierta y algunos de los chicos que se han matriculado y dicen: “Éste es un sitio para ‘rebotados’. No es apropiado para niños normales.” Los mejores, la escoria, los normales...

No podemos ganar, pero normalmente lo hacemos. Todo proviene de tratar a todos de la misma manera, como personas responsables, cargando su propio peso. No hay fórmula secreta, ni truco terapéutico, ni técnicas mágicas. Todo el mundo tiene dentro de sí los recursos para encarar la vida. En Sudbury Valley, son libres de descubrirlos y utilizarlos.

33 Los padres

Los padres son un fastidio para la mayor parte de las escuelas. Se quejan, critican, ocupan tiempo y –lo peor de todo– interfieren en la educación de sus chicos.

En Sudbury Valley, los padres han sido una parte integrante del paisaje desde el principio. Sentimos que, para tener éxito, teníamos que tener una cooperación total de las familias de los estudiantes. Comenzando porque la educación es la responsabilidad principal de los padres. Ellos traen a los hijos al mundo y es su deber sagrado criarlos hasta el momento en el que alcancen la independencia. Las escuelas existen para ayudar a los padres en esta tarea, no para excluirlos de ella. Por lo menos, ése es el camino apropiado en este país donde está protegida la libertad individual.

Además, los niños sólo pueden ser personas completas si su vida familiar y su educación está en armonía con su ser interior. El conflicto intergeneracional es generalizado, pero también el cáncer y los infartos y nadie los recomienda.

Hay otras consideraciones. Los padres pagan la factura de la matrícula y nosotros tenemos un refrán que impulsó la revolución de 1776: ningún impuesto sin representación. Los padres llevan a sus hijos a la escuela todos los días –la nuestra es una comunidad escolar de día, no se pernocta– de modo que les pedimos un gran esfuerzo diario en nombre de la escuela.

No importa cómo se mire, los padres nos apoyan, son nuestros aliados y nos dan aliento. Así es como lo vemos y así es cómo creció nuestra escuela.



Los padres son miembros con voto de la Sudbury Valley, S.A. (así como los estudiantes y el equipo). Digo "miembros" porque la escuela es una empresa sin ánimo de lucro y, por tanto, no hay accionistas: en vez de ello, los miembros de la empresa la gestionan.

Los socios conforman la "Asamblea." Se reúnen una vez al año y establecen las líneas generales. Esto incluye la cuantía de las matrículas, la aprobación final del presupuesto propuesto por la Asamblea Escolar. Una vez que las líneas generales están acordadas, la Asamblea Escolar gestiona el día a día del presupuesto durante todo el año.

Los padres tienen más que derechos legales en la escuela. Son cálidamente bienvenidos cuando desean visitarnos, ayudar con las clases e involucrarse en el trabajo. Varias veces al año la escuela ofrece eventos sociales de gala —cenas, picnics, subastas, bailes y similares— en los que los padres participan como uno más.

El estrecho vínculo con los padres que han buscado esta escuela comienza con la entrevista de admisión. Para todos los estudiantes menores de 18 años, insistimos en que los padres vengan a la entrevista —ambos padres si es posible. Desde el principio, se les presenta un panorama de colaboradores esenciales en la tarea de proporcionar una educación para sus hijos.

De hecho, ganarse la confianza de los padres es una de las metas de los entrevistadores. Nuestra entrevista no es principalmente una exploración o un recurso selectivo. Al contrario, utilizamos nuestro tiempo, a menudo muchas horas, explicando nuestra filosofía y nuestra práctica, respondiendo preguntas y abonando el terreno para una relación de continuidad.

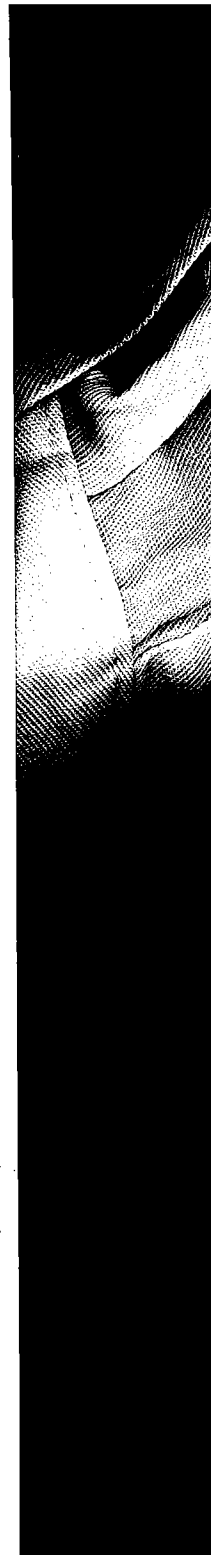
De los doce miembros del equipo original, seis eran padres de niños en la escuela. Raros han sido los casos de miembros del equipo cuyos hijos acudieran a otras escuelas.

Algunos padres a través de los años se han visto tan involucrados en la gestión de la escuela que finalmente se han

decidido a presentarse a participar como miembros del equipo.

La inclusión de los padres en el panorama ha significado mucho para dar un sentido de comunidad a la escuela. Paulatinamente, extraños de los cuatro puntos cardinales del área este de Massachusetts se han conocido mutuamente, han reconocido intereses mutuos y disfrutaban al estar juntos.

En Sudbury Valley, todos los días es el Día de la Familia. De otra forma, no lo habiéríamos conseguido.



Todos los días es también el día de las visitas. O, por lo menos, así parece algunas veces.

Cuando me puse a investigar escuelas allá a principios de los sesenta, me impresionó que fuera casi imposible hacer una visita durante el tiempo de funcionamiento. Mi impresión se debía a mi visión, por supuesto. Pensé que los educadores estarían deseando promover el interés exterior por su trabajo. Lo que sucedió es que, incluso las así llamadas "escuelas libres", prácticamente todas cerraban sus puertas a los extraños.

Nosotros estábamos decididos a mantener Sudbury Valley tan abierto al conjunto de la comunidad como fuera posible. Queríamos que la gente viera lo que estábamos haciendo, que debatiera con nosotros, quizá, esporádicamente, que se mostraran de acuerdo. No estábamos interesados ni en ser ni en permanecer únicos. Cuantas más copias y variaciones de nuestro programa existieran, más felices seríamos.

Para nosotros, las visitas eran la mejor forma de hacer relaciones públicas que podíamos imaginar. "Ver es creer," dice el refrán. Queríamos crear creyentes.

Decidían visitarnos porque habían oído algo sobre una escuela que es "diferente." Y eso es lo que esperaban ver.

El problema es que las palabras no significan lo mismo para todo el mundo. Para nosotros, "escuela" es Sudbury Valley. Para la mayoría de la gente, la escuela implica todo un paisaje —clases, pupitres, niños y profesores sentados en aulas, comedor, campanas y todo eso.

De modo que los visitantes llegan al aparcamiento de Sudbury Valley y lo primero que ven es niños por todos los sitios, corriendo alrededor, ocupados jugando.

"Hemos venido durante el recreo," dicen.

Bajan hasta el edificio y preguntan por la oficina. Nueve veces de cada diez, un pequeño estudiante les recibe amablemente y les acompaña a la oficina.

"¡Qué pequeño tan sorprendente!," dicen. "Debe ser precoz. Debe ser uno de los niños más excepcionales aquí."

En la oficina, puede haber un adulto o no. La gente está circulando todo el rato. Tres estudiantes de diez años están amontonados alrededor de una máquina de escribir, redactando un pequeño opúsculo.

"¿Quién vigila los archivos?," piensan.

Al final, contactan con la persona encargada de las visitas ese día. Es un adulto. Alivio. Al fin, tienen alguna orientación.

De hecho es un poco difícil comprender Sudbury Valley en una visita corta. La mayoría de nosotros vemos lo que queremos ver, independientemente de lo que es. Cuando estamos en un entorno extraño, lo traducimos a nuestro propio marco de referencia y vamos, incluso, más allá de límite. Es inevitable.

Después de una "orientación", las visitas son libres de moverse por la escuela para escudriñarla por sí mismos. Se supone que las interacciones con las personas se basan en el sentido común y una cortesía básica.

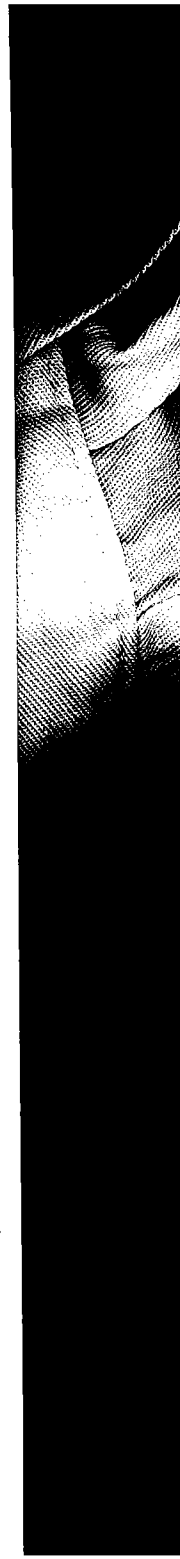
Es un placer tener a la gran mayoría de las visitas; por perplejos que parezcan. Pero a veces, irrumpe alguien maleducado.

"¿En qué curso estás?" preguntará el Sr. Maleducado a un estudiante de nueve años.

"En ninguno."

"¿Qué estás estudiando?"

"Nada."



“¿Sabes leer?”

“Sí.”

“¿No crees que deberías aprender algunos estudios sociales?”

Surge un molesto silencio. ¿Quién es este tío?

“¿Cómo piensas ir a la facultad si no estudias?”

El niño de nueve años no tiene una respuesta preparada. El Sr. Maleducado comienza un discurso. El chico se detiene, reanuda sus actividades, preguntándose quién ha dejado entrar en la escuela a este imbécil.

He oído variaciones de este diálogo docenas de veces. Solíamos enfadarnos muchísimo cuando esto sucedía. Pero no más. Hemos sustituido la rabia por un disgusto temporal mientras nos encogemos de hombros.

Algunas visitas traen un soplo de aire fresco a la escuela. Lo captan rápido, se dejan llevar y se dan el gusto de *disfrutar* de la experiencia.

A veces, solicitamos una entrevista de admisión en la que se da el siguiente diálogo:

“¿Cómo supisteis de la escuela?” preguntamos.

“Oh, hace años estuve aquí con una clase de Pedagogía.”

“¿Y nos has recordado todo este tiempo?”

“Me lo pasé de maravilla durante esa visita. El lugar me cautivó. Cuando mis hijos se aproximaban a la edad escolar, tenía que volver.”

Otras veces, la gente vuelve para ofrecer sus servicios como voluntarios o incluso para ejercer como miembro del equipo.

Normalmente, invitamos a los candidatos serios al equipo a una visita más larga, si no lo sugieren ellos mismos. Este periodo suele durar unas semanas o incluso más.

Todas las visitas de más de un día se gestionan en la Asamblea Escolar, que debe aprobarlas. Normalmente, la aprobación es una cuestión rutinaria. Las visitas que están más de un día son tratadas como miembros de la comunidad escolar en todos los aspectos. Interaccionan libremente, juegan, enseñan,

se unen. No les lleva mucho tiempo conocernos, ni a nosotros conocerles.

Todos los miembros del equipo pasan por ahí. A la mayoría de la gente ni se le ocurriría comprometerse a trabajar aquí sin haber experimentado la escuela con cierta intensidad.

Entonces, otra vez, algunas personas que nos hacen una larga visita resultan sorprendentemente obtusos. Me recuerdan a los colonizadores británicos que se sentaban con sus caprichosos vestidos y ropajes tomando el té en medio de la sabana africana. Inconscientes, eso es lo que son.

“Yo soy un buen profesor,” dijo uno de estos personajes, “tendré éxito con los niños, siempre lo he tenido.” Comenzó a desarrollar una serie de entretenimientos para los chicos, debidamente anunciados en el tablón. Estaba totalmente entusiasmado y emocionado, de un estilo totalmente artificial, de la clase que se supone que pone las pilas a los chicos. Hacía años que nuestros estudiantes no veían a alguien así. Para algunos, era una experiencia totalmente nueva. Una nueva especie había aparecido en el campus.

Un puñado de chicos acudieron a la primera sesión. “Voy a mostraros un juego nuevo,” decía el Sr. Pedagogo, afablemente. Por supuesto, era un juego diseñado para producir algún beneficio “educativo”: en este caso, aritmética. Unos cuantos miembros del equipo observábamos horrorizados, aterrizados de que pudiera convertirse en uno de nuestros colegas. “Seguro que se gana a estos chicos,” nos preocupábamos. “No saben cómo relacionarse con esto.”

Una semana después, nos abandonaba disgustado. No se le apreciaba. Enseguida los chicos se dieron cuenta de dónde se estaban metiendo. Me recuerda a una experiencia que tuve una vez con nuestro hijo mayor. Tenía tres años. Pensé que podría interesarle comer una zanahoria. Cogí una y empecé a masticarla con apetito y haciendo ruidos bien sonoros con la lengua y los labios. “Hum,” dije, “esto está realmente bueno.” “No me gustan las zanahorias”, dijo él. Eso fue todo.



Los niños son mucho más listos de lo que pensamos.

Mucho más listos, en muchos aspectos, que muchos de nosotros, los adultos.

En Sudbury Valley, tienen una oportunidad para desarrollar un sentido de sí mismos. La mayoría de nuestros estudiantes no son frágiles ni emocional ni físicamente.

Así que las visitas siguen siendo bienvenidas y no nos preocupamos sobre su efecto en nuestras vidas cotidianas. A los escasos maleducados les invitamos a irse. Algunos de los agradables deciden quedarse.

35 Con libertad y justicia para todos

Recibir un trato justo es difícil en cualquier sociedad. En una escuela, suele ser casi imposible.

Nunca olvidaré una vez cuando tenía once años y estaba sentado en la clase álgebra, aburrido, luchando para no dormirme. Estiré los brazos por encima de la cabeza para despabilarme. Desafortunadamente, sin darme cuenta, el profesor – un tirano brutal – acababa de abroncar a la clase y acababa de gritar: “¿Quién de vosotros es un chico listo?” Mis brazos estirados me hicieron aparecer como voluntario. Supuso tres días de castigo.

La mayoría de nosotros ha tenido experiencias similares. Durante doce años de escuela, estuve aterrorizado de la autoridad arbitraria de los profesores y directores, con escasas posibilidades de recurso. Todos nosotros en la escuela estábamos decididos a que Sudbury Valley fuera diferente.

Y lo es.

Cuando la escuela abrió por primera vez, nadie sabía cómo hacer para establecer un sistema que mantuviera un orden justo. La única escuela que conocíamos que parecía tener un probado éxito era Summerhill de A.S. Neill donde resolvían los conflictos en reuniones comunitarias.

De modo que intentamos que la Asamblea Escolar se ocupara de ello. El segundo punto del orden del día, después de los anuncios, era el “del quejido”, donde se trataban los problemas.

Como era previsible, a medida que las semanas avanza-



ban, el “punto del quejido” se iba extendiendo. Pronto, se eclipsaron todos los otros asuntos. Nos encontramos con Asambleas Escolares que duraban tres y cuatro horas, dos o más veces en semana. La mayor parte del tiempo se dedicaba a escuchar las interminables colecciones de quejas sobre lo que este estudiante hizo, o aquellos habían hecho o ésa dijo que haría.

Lo peor del tiempo que perdimos fue nuestra sensación de frustración. Intentamos ser justos, pero ¿lo estábamos logrando? El momento de las quejas consistía en acusaciones y contraacusaciones a menudo con un gran contenido emocional, siempre pintorescas. Escasas veces teníamos la sensación de que estábamos llegando al fondo del asunto, a menos que utilizáramos una ingente cantidad de tiempo. El culmen llegó cuando la escuela sufrió su bautismo de fuego en el otoño de nuestro primer año. ¡Tuvimos una sesión de quejas que duró tres días consecutivos para poder aclarar las cosas!



Teníamos que hacer algo. Durante algún tiempo. Estuvimos buscando una pista que nos indicara cómo proceder. No había un modelo satisfactorio.

Finalmente, caímos en la cuenta de que nuestro problema era el mismo que el de la sociedad en su conjunto. Y la sociedad ha tardado miles de años y ha utilizado un poder cerebral sin medida para idear una solución. A lo largo de los siglos, diferentes culturas han desarrollado sistemas de jurisprudencia para garantizar la justicia en el manejo de los conflictos.

Observamos con atención nuestra tradición nacional y estudiamos sus características esenciales. Mucho después, encajamos los elementos del sistema jurídico de la escuela.

Brevemente, estos elementos son simples: debe haber una investigación profunda e imparcial de todas las acusaciones, cada una de las cuales debe estar relacionada con el quebranto de alguna regla; debe haber un juicio justo ante un jurado de iguales, con total protección por los derechos del acusado y respetando las reglas de evidencia; y tiene que haber un sistema justo de sentencia. Mediante todo ello, los derechos personales de los que disfruta cualquier ciudadano adulto de nuestro país son preservados en la escuela, a pesar de que el Tribunal Supremo sostiene que la Constitución de los Estados Unidos no extiende estos derechos a los menores.

El sistema judicial se estableció al principio del invierno de nuestro primer año. Está absolutamente bajo la supervisión de la Asamblea Escolar. Ha sufrido cambios y ajustes a lo largo de los años, pero las líneas generales han permanecido constantes.

Estamos orgullosos del sistema de justicia de Sudbury Valley y lo disfrutamos. Funciona tranquilamente, gestionando más de un centenar de quejas al año; a veces diez o veinte en una semana sin problemas. Pocas veces se han criticado sus decisiones por ningún miembro de la comunidad.

El corazón del sistema es el grupo que realiza la investigación. Lo llamamos Comité Judicial o “JC” para abreviar. Está formado por chicos de todas las edades, una muestra de la escuela, por sorteo, reunidos cada vez por un miembro del equi-

po elegido aleatoriamente y presidido por un Responsable Judicial elegido cuatro veces al año por la Asamblea Escolar.

El JC se reúne varias veces a la semana. Su trabajo empieza con una queja que alguien ha escrito, alegando que se ha quebrado una regla.

Utilizando cualquier camino viable, el JC investiga la queja. Convoca a los testigos, contrasta los diferentes testimonios, hasta que confecciona una lista de las versiones más cercanas a lo que ocurrió.

Puesto que todo el mundo forma parte del proceso, la justicia en Sudbury Valley pertenece a todo el mundo. Esto tiene consecuencias prácticas que pueden observarse cada día. La gente rara vez miente deliberadamente al JC, aunque puedan ofrecer versiones ampliamente distintas de lo que ocurrió. En su mayor parte, todos colaboran.

Lo más interesante es la manera en que los chicos han aprendido a distinguir entre las necesidades sociales y las cuestiones personales. Todo el mundo sabe que el funcionamiento de la escuela como institución depende del consentimiento general a las reglas aprobadas por la Asamblea Escolar. Es trabajo. Eso significa, para cada individuo, que todos tienen que ayudar a hacer cumplir las normas, juzgar justamente y no prestar falso testimonio, *incluso si en el asunto está involucrado un amigo*. Cuando el proceso judicial termina, la relación personal emerge de nuevo. La amistad se reanuda de nuevo, sin interrupción.

Una y otra vez, he visto amigos íntimos enfrentarse encarnizadamente en un asunto del JC, luego para salir de la reunión y jugar o trabajar juntos como si nada hubiera pasado. Para los estudiantes nuevos, especialmente para los que provienen de otras escuelas, ésta es la parte más difícil de comprender. Normalmente lo toman con la mentalidad escolar de "nosotros contra ellos", donde cualquiera que acuse a un amigo es considerado una "rata." Algunas veces, a los nuevos les cuesta un poco adaptarse, pero al final, prácticamente todos lo hacen. No podía ser de otra forma.

El hecho de quejarse por escrito al JC se llama, en nuestro dialecto escolar, "subir a alguien." Nadie recuerda por qué surgió esta frase, aunque hay montones de teorías. Algunos piensan que data de los días en que el JC se reunía siempre en el segundo piso y tenían que subir para presentarse ante él.

No hace mucho, un estudiante de cinco años le dijo a otro que era nuevo en la escuela: "Si no dejas de hacer eso, te subiré." "Entonces, bajaré inmediatamente," fue la inmediata respuesta.

Los analfabetos en la escuela tienen que conseguir un escriba para redactar sus quejas al dictado, una práctica lejos de estar extinguida en todo el mundo. Normalmente, los estudiantes mayores les ayudan, pero el equipo siempre está disponible para esos menesteres.

A veces, alguien trata de hacer un mal uso del aparato judicial con fines personales. Suelen hacerlo, poniendo una avalancha de quejas contra alguien – eso tiene un nombre: acoso. No le lleva mucho tiempo al JC darse cuenta de lo que está pasando. Sólo puede haber dos razones por las que un estudiante es "subido" reiteradamente: o se está metiendo en un montón de problemas o le están acosando. El JC es muy firme con los estudiantes que acosan a sus compañeros.

A veces, los chicos rellenan una queja bajo el calor de la pasión cuando ha habido algún tipo de discusión o juego de alta tensión. En el momento de la investigación, todo se ha enfriado. Y el JC media rápidamente o incluso la rechaza. Normalmente, el enfriamiento sucede antes de que se haya terminado de escribir la queja. Recuerdo una ocasión de éstas, que no suele ser atípica:

"CUANDO ERAS PEQUEÑO...."

Una historia real

"¿Me ayudas a poner una queja?"

Me sacaron de una ensoñación diurna mientras estaba sentado en el sofá de fuera de la ofici-

na. Ante mí, escudriñándome con vacilación, Avery (9 años) y Sharon (7). "Quizá deberíamos buscar a Marge."

Les miré por un instante. "¿Para qué?" pregunté. "Skip (13) y Michael (18) interrumpieron nuestra actividad en la sala tranquila," fue la respuesta. Preguntándome, despreocupadamente, si debía rellenar una queja contra ellos, respondí: "Vale," y fuimos hacia la oficina vacía.

Eran las 13.30. Prácticamente todo el equipo estaba en la recientemente restaurada sala de música, donde estaban reunidos con los estudiantes desde las 11.00 h. para decidir el uso que se le daría. La tarea que tenía entre manos parecía trivial en comparación. Sin embargo, me senté en la mesa de la oficina, bolígrafo en mano, mirando con tanta seriedad como podía. Avery se acercó a mi derecha, Sharon se apoyó en el borde de la mesa a mi izquierda, mirando, ambos, cada movimiento que hacía, cada palabra que escribía. Esta era una empresa muy seria.

La queja tomó forma ante mí, me volví hacia Avery y le dije: "Comienza por el principio. Por el principio principio."

"Quizá no debí haberles insultado," dijo Avery un poco preocupado. "Probablemente, eso fue un error."

"Empieza por el principio. ¿Qué ocurrió?"

"Jim (8) y yo estábamos jugando en el granero solos. Skip y Michael entraron y comenzaron a tomar el pelo a Dennis."

"¿Dennis estaba allí también?," pregunté.

"Él entró. Después entraron ellos. Les insulté para proteger a Dennis. Lo hice para ayudarle."

Preguntándome por qué Dennis necesitaba la ayuda de Avery, le pedí que continuara con la historia.

"Entonces nos persiguieron. Skip cogió mi gorra y salimos corriendo del granero. Daniel (7), Jim y yo escapamos."

"¿Daniel estaba allí también?," pregunté, reescribiendo la historia otra vez más.

"Dennis, Michael y Skip nos persiguieron. Yo me escapé y agarré mi gorra; después, Skip me cogió y me llevó a rastras hasta el granero, pero todos escapamos."

"Espera un momento," le interrumpí, sintiendo que había perdido toda sombra de comprensión de lo que había ocurrido. "¿Por qué Dennis también te perseguía, si le estabas protegiendo?"

"No lo sé," respondió Avery sonriendo. Sus palabras ya se derramaban en una excitada letanía. Sus ojos brillaban. No había quien le parara.

"Entonces, intentaron correr hacia el edificio principal y encerraron a Jim en el armario del material deportivo y Daniel corrió y me lo dijo y yo fui a rescatarle. Les hice creer que estaba ayudándoles a encerrarle, pero no era así y él escapó y yo me quedé encerrado pero salí."

En ese momento, Jim, feliz y tranquilo, entró en la oficina y se puso al lado de Sharon. Con toda seguridad, no me parecía alguien que hubiera soportado una experiencia angustiosa.

Avery parecía realmente interesado. Me volví hacia él y le pregunté: "¿Te lo pasaste bien?" Se rió con ganas. "Sí," dijo. "¿Y tú?," le pregunté a Jim. "Sí. Yo no quiero poner una queja."

"Pero ellos interrumpieron una actividad," protestó Avery.

"¿Qué actividad?" pregunté.

"El espectáculo de magia."

No sabía de ningún espectáculo de magia para aquel día. Sabiendo dónde me estaba metiendo, dije inocentemente: "¿Qué espectáculo de magia?"

"El de Sharon y Cindy (7)," respondió Avery.

Un alegre Daniel se había unido a nosotros para entonces. Sharon, que había estado observando silenciosamente todo el rato, se animó tras ser mencionada. "Intentamos sacarles de la habitación, pero no se iban," dijo con gran nerviosismo, "entonces, les empujamos." "Y yo traté de hacer que se fueran," replicó Avery. Daniel sonreía. Jim estaba serio.

"¿Puedo retirar la queja?" dijo Jim.

Sharon sonrió. Daniel, también. Le pregunté a Avery: "¿Qué pasaría si la queja continuara?"

"No lo harían más," respondió dando muestras de gran confianza en la eficacia del sistema judicial de la escuela.

"¿Quieres que no lo hagan más?" pregunté.

"No," respondió con una gran carcajada.

Jim retiró la queja. Satisfacción general. Entonces, Avery, se volvió hacia mí cuando estaba a punto de irse y, con una amplia sonrisa, me preguntó: "¿Cuándo eras pequeño, tenías estas aventuras?"

Desde que se estableció el sistema judicial, la Asamblea Escolar sólo ha expulsado a un estudiante por mal comportamiento. Ninguna estadística puede hablar con más elocuencia del éxito del sistema. El hecho es que todo el mundo recibe un trato justo en Sudbury Valley. Nadie está atemorizado por la autoridad, nadie teme a los adultos, ni a los profesores, ni a nadie. La gente se mira directamente a los ojos, como miembros iguales de la comunidad escolar. Todo el mundo deposita

su confianza en el conocimiento de que esa libertad está protegida aquí por un sistema de justicia imparcial a pesar de la edad, el sexo o el status. Nada me hace sentir más orgulloso de participar en esta escuela.

El meollo ³⁶ de la cuestión

Cuando todo ya está dicho y hecho, cuando ya se han leído todas las palabras y estudiado todas las imágenes: ¿A qué se parece Sudbury Valley? ¿Cómo se percibe? ¿Qué pasa allí en realidad?

A primera vista, incluso a los observadores más indiferentes les impactan muchas cosas. Esa es la impresión de “perpetuo recreo” sobre la que hemos oído tantas veces. Los chicos son libres, están activos, ruidosos, vivaces.

El entorno refuerza estas impresiones. La escuela está situada en los terrenos de una vieja mansión, construida poco después de la Guerra Civil. Una gran parte del edificio mantiene aún su construcción original. Las paredes son de granito, extraído de la cantera local de Framingham en Salem End Road, extinta hace ya mucho. Los edificios de granito son raros en esta zona y el efecto que produce es de una inusual solidez, un efecto que alcanza profundamente al espíritu de la escuela.

El césped, los árboles, los arbustos, las flores silvestres, el lago, la presa y el molino, el granero y los establos –todo contribuye a prestar un aura de rústica belleza. Framingham es, después de todo, una ciudad bulliciosa, atestada de industria pesada, comercio, enormes centros comerciales, proyectos de urbanizaciones, autovías y autopistas –todos los accesorios para la vida urbana y residencial. Esta realidad flota sobre la escuela, la rodea: pero la escuela misma anidó en un rincón de la ciudad cuidadosamente preservado para el deleite de la belleza natural. Un Parque Estatal linda con el campus, así como

un gran área de terrenos no urbanizables: todo ello se suma a la belleza natural inherente a la escuela.

No estamos, sin embargo, en un castillo inglés ni en una mansión de Newport. La nuestra no es una atmósfera de ostentoso bienestar, cuidadosamente preservado para perpetuar la elegancia de la fachada exterior. Nathaniel Bowditch, el famoso marinero de Massachussets cuyas tablas y manuales forman parte de la tradición marinera, fue un hombre común y corriente. Su propiedad era una granja en funcionamiento, no el retiro de un caballero. El lugar ha envejecido bien, pero como un trabajador normal y corriente, no como un Príncipe de la Sangre. Hay signos inevitables de deterioro: grietas en paredes y techos, pizarras maltratadas por el clima – nada que pida un mantenimiento más eficiente, de la misma forma que la piel arrugada por la edad no pide cremas y ungüentos. El edificio ha envejecido con dignidad; pero ha envejecido, y un espíritu de *utilidad*, de gente de verdad viviendo en el mundo real, lo impregna.

Este efecto es realizado por el mobiliario, todo lo básico como en un hogar: mesas, sillas, sofás, sillones, exactamente lo que esperarías en una casa. Y todo es usado, en gran parte comprado o recibido de segunda mano, una vez más mostrando señales de uso humano. Como resultado de todo ello, el entorno físico despierta en aquellos de nosotros que pasamos nuestros días en la escuela dos emociones diferentes, pero mutuamente complementarias: comodidad, porque estamos relajados en este entorno, que ha sido manejado como lo son los accesorios de la vida cotidiana; y cariño, porque vemos que nuestro continuo disfrute de ellos depende de la consideración con que les tratemos.

Comodidad y cariño, rasgos distintivos de Sudbury Valley. La gente se siente cómoda aquí, no malhumorada ni tensa ni ansiosa. Las frentes están relajadas, no fruncidas; las miradas son claras, no turbias. La gente rara vez evita una mirada di-



recta. Y todo el mundo es cariñoso. Cuidan de los demás -sus amigos, sus compañeros, el equipo, los padres, las visitas. No importa en qué te hayas metido, en caso de apuro todo el mundo está allí para ayudar. Cuidan de la escuela, para mantenerla viva y en funcionamiento, ayudándola a satisfacer sus necesidades.

Nadie que venga a la escuela puede perderse este sentimiento. Está por todas partes y te sorprende enseguida.

Sobre todas las cosas destaca la sensación de tiempo suspendido. La gente se escurre con la prisa del compromiso, pero nadie se apura. Hay pocos relojes, nada que recuerde el paso de las horas.

La gente entra y sale cuando quiere, temprano o tarde. Si desean venir cuando no hay nadie, pueden tomar la llave de la escuela, la llave del tesoro en que esta escuela se ha transformado para ellos. Nadie se asombra de la confianza que cada llave significa.



La confianza, también, está por doquier y puede verse por todos lados. Las pertenencias se dejan sin vigilancia, las puertas no están cerradas, los equipos sin protección y disponibles

para todos. ¡Qué lugar tan loco es nuestro Sudbury Valley! La admisión abierta -todo el mundo puede matricularse. Se cruza el umbral y, en un instante, se comienza a formar parte de la calidez y confianza de la escuela.

En muchos aspectos, la escuela es una comunidad, a pesar de que no es un internado ni el producto de un grupo unido. Se hacen amigos. Lentamente, en sus ratos de ocio, sin empujarles ni animarles por nuestra parte, los padres comienzan a conocerse y se forjan amistades. Los chicos se buscan unos a otros fuera de la escuela, forjando lazos, muchos de los cuales, durarán toda la vida.

La escuela es muy parecida a un pueblo -el pueblo del pasado y del futuro. Los vínculos se forman con total libertad, todo el mundo puede desplazarse donde le plazca, pero las raíces son profundas, para nutrirnos durante toda la vida. Los graduados regresan cinco, diez, quince años después, siempre a casa, siempre a la cálida acogida. Esperan seguir siendo parte de nosotros y nosotros lo esperamos de ellos. No hay nada raro o extraño en ello.

Pasado, presente y futuro se mezclan en la conciencia colectiva de los ciudadanos de la escuela. Los niños oyen historias de antiguas hazañas y un día el héroe nos visita y penetra en sus corazones. "¿Tú eras así y así, tal como nos cuenta Marge en tantas historias?" Se sientan juntos, intercambian recuerdos del pasado por cuentos del presente; después van moviéndose libremente en un flujo natural.

Pero, nada de la esencia de nadie tiene que cambiar para que forme parte de la escuela. No se exige lealtad, ni se pide conformidad, nada de rendir los sueños privados a las necesidades públicas. Sudbury Valley es la prueba viviente de que las personas libres, uniéndose libremente, se dan la oportunidad de alcanzar sus metas personales con el apoyo y el respeto de sus colegas y formarán lazos y lealtades y amistades tan fuertes como el hombre haya conocido. La receta es simple:

una parte de libertad, una parte de dignidad, una parte de responsabilidad, una parte de apoyo, mezclar todo y dejar reposar hasta que esté listo. Cualquier chef puede copiarlo con el mismo éxito.

¿Puedes ahora sentir mejor la escuela?

Epílogo **La prueba del nueve**

Para todos, con el tiempo, llega el momento de abandonar Sudbury Valley y salir a sumergirse en el mundo por sí mismos. Lo que la vida les depara después ofrece pistas sobre la eficiencia de su escolaridad.

Muchos estudiantes quieren tener un diploma en educación secundaria cuando, al final, se marchan. Un año después de inaugurar, descubrimos cómo conceder un diploma.

No podíamos basar un diploma en los criterios convencionales: clases, cursos, créditos, años de trabajo escolar satisfactorio. No pedíamos esta clase de "logros": ni la escuela ni los estudiantes concedían un particular valor a cualquier combinación de ellos.

La propia idea de un diploma nos parecía una contradicción con nuestros ideales. Un diploma es una certificación oficial expedida por la escuela. ¿No es eso una forma de evaluación, exactamente lo que estábamos evitando?

Finalmente, alumbramos una solución satisfactoria. La idea central era sencilla: nuestra meta principal era proporcionar al



mundo estudiantes capaces de afrontar su responsabilidad ante los desafíos de la vida en una sociedad libre. Con el diploma, institucionalizamos esta meta.

Los estudiantes buscaban una certificación formal de graduación para enfrentarse a la comunidad escolar y defender la tesis de que están preparados para comenzar a ser ciudadanos responsables en el conjunto de la comunidad. Deben hacer una presentación que sea razonable y convenza a sus compañeros y colegas. Cómo lo hagan les compete a ellos: pueden buscar cualquier tipo de ayuda que deseen para formular sus ideas.

Una vez que han hecho la presentación, están abiertos al desafío del auditorio que les ha escuchado. Estas discusiones pueden llegar a ser enérgicas. Cuando la sesión se acaba, si el estudiante cree que su presentación es válida, solicita un diploma.

La escuela debe votar su aprobación. ¿Es esto un tipo de evaluación? Por supuesto que lo es. Es una evaluación explícitamente solicitada por el estudiante, y descansa en un ámbito en el que estamos deseando actuar.

El trámite del diploma es duro. Después de los primeros, muchos miembros del equipo comentaban entre sí: "Me alegro de no haber tenido que pasar por esto." Algunos estudiantes se han presentado a este desafío a la temprana edad de dieciséis años, aunque la mayoría lo intenta a los diecisiete o dieciocho. En todos estos años, sólo una persona intentó tirarse un farol. La escuela no se lo tragó y le dejó sin diploma. Diez años después, nos agradeció que no le hubiéramos permitido engañarse a sí mismo.

Muchos estudiantes salen al mundo sin diploma. Para nosotros esto no es significativo. Lo que cuentan son los recursos internos que hayan atesorado durante su periodo escolar para prepararse para una vida plena de significado.

Ahora, la escuela tiene un buen historial de antiguos alumnos.

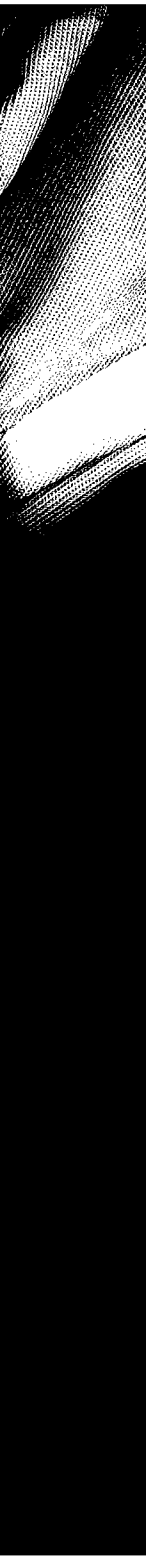
Muchos han ido a facultades y otros han realizado una formación avanzada. Ningún estudiante que deseaba ir a la universidad no lo ha logrado; la mayoría lo logra en la facultad de su primera elección. Como pensábamos que sucedería, la escolarización heterodoxa ha sido más una ventaja que una desventaja con relación a los responsables de admisiones de las facultades. Esto es tan cierto para los estudiantes que han recibido un diploma como para los que no.

Otros se han volcado a sus vocaciones directamente tras la escuela. Han ido a parar a todo tipo de actividades: ejecutivos, mecánicos de automóviles, músicos, artesanos, comerciales, técnicos, diseñadores, por nombrar sólo unos pocos. Los que han buscado una escolarización adicional también han entrado en una amplia variedad de profesiones. Nada nos sorprende.

Es una satisfacción llamar a un graduado cuya especialidad es la jardinería para que venga a trabajar en nuestras casas o en la escuela. O concertar una cita con un graduado que es quiropráctico. Quizá uno de estos días alguno de nosotros necesite los servicios de un funerario.

Un aspecto típico del legado de la escuela es la ausencia general de arrogancia entre los antiguos alumnos en la vida real. La escuela siempre ha sido muy cuidadosa en cuanto a evitar cualquier impresión de jerarquía de actividades. En esto no ofrecemos pistas, nadie dice que la preparación para la facultad es lo mejor, que la formación en un comercio está en un escalón inferior, que la formación profesional es para los fracasados. En esta escuela todo refuerza nuestra convicción de que cualquier interés humano es un objetivo valioso sólo si ha sido escogido libremente y perseguido desde un deseo interior auténtico. Distinguimos entre intereses superficiales y profundos, pero no entre intereses "valiosos" o "indignos".

Como consecuencia de esto, en la escuela, todo el mundo vive armoniosamente independientemente de lo que estén haciendo. Y esta actitud acompaña a nuestros estudiantes duran-



te toda su vida, de modo que se sienten cómodos con los demás, independientemente de cuáles hayan sido los caminos que hayan escogido.

Hay investigaciones realizadas sobre nuestros antiguos alumnos y habrá más a medida que pasen los años. Y demuestran que nuestros alumnos son, en general, personas independientes, integradas, con un sentido de sí mismos que proporciona sentido a sus vidas.

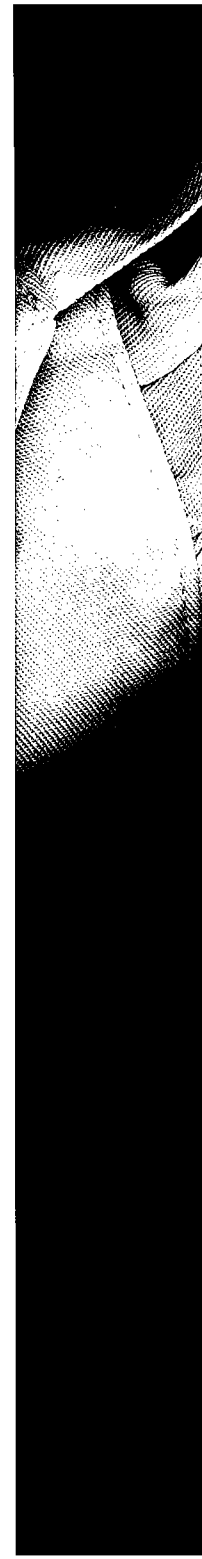
Pero el lazo común que les une a todos es la comprensión de que sus años de crecimiento no les han sido escamoteados. En Sudbury Valley, mantuvieron su infancia tanto tiempo como desearon, tejiendo los maravillosos patrones que sólo los niños son capaces de crear. El mejor regalo que pudimos hacerles fue dejarles ser ellos mismos. No robándoles lo que verdaderamente les pertenecía, hicimos más que todo un ejército de personas "serviciales" podría haber hecho.

Para los adultos que pasaron su juventud con nosotros, este es nuestro legado.



NOTA

Para proteger la privacidad de las personas mencionadas, todos los nombres de los estudiantes de Sudbury Valley han sido cambiados.



Este libro de Por fin, libres
se terminó de imprimir
en el obrador de
Avellà Gràfiques
en Agosto
de 2003

